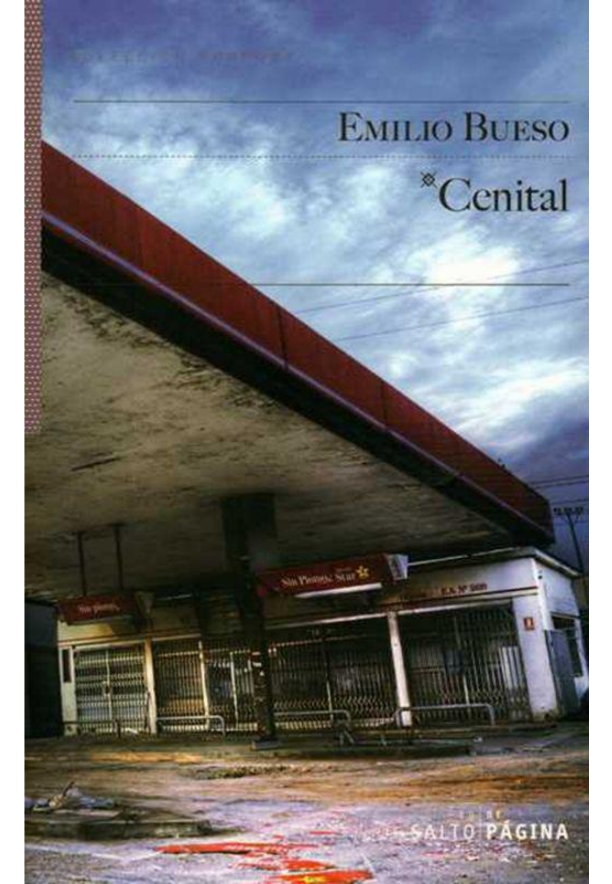


EMILIO BUESO
Cenital
SALTO PÁGINA

Annotation

«La mano invisible te ha robado la cartera y el futuro, y no se detendrá cuando algunos gobernantes dimitan. Esto no se arregla con unos años de ajuste ni inyectando capitales ni nacionalizando bancos. Esto no se va a quedar en los aeropuertos sin aviones, los trenes de alta velocidad sin pasajeros, la gente sin pisos y los pisos sin gente. Esto sólo acabará cuando un silencio sepulcral se enseñoree de todas las grandes ciudades, cuando el apagón se vuelva permanente y las bicicletas se desplieguen por las autopistas de peaje. Para entonces habrán muerto millones de personas.» Convencido de que la actual crisis económica es resultado del agotamiento del petróleo, un colectivo antisistema se reúne en torno a un líder profético para enfrentarse al colapso de la sociedad y así sobrevivir. Cenital cuenta la historia de una ecoaldea fortificada que se parapeta contra un mundo en el que las mascotas devienen comida y el progreso es sólo el antepasado de la destrucción, la ruina y la barbarie.

Emilio Bueso

CENITAL



Para Óscar,
interventor.

Despertar

Islas Canarias, 2007

Toda revolución comienza con el sueño de un hombre corriente. Todo hombre corriente despierta a menudo de una pesadilla.

Ésta es la historia de un hombre excepcional, de su sueño. De su pesadilla.

De su fortaleza.

Comienza con un despertar. Con el día en que Destral abre los ojos y descubre que la pesadilla es real.

De tanto darle la vara le dieron una beca. No una beca de estudios ni una beca de trabajo, sino una beca de las que se supone que no existen, en una institución gubernamental de nombre encubierto y programa clasificado, en un complejo que ni constaba en los directorios ni en el catastro.

Apenas hecho un ingeniero, le pusieron a los mandos de un ordenador que habían puesto a los mandos de un ingenio en órbita geoestacionaria. Con él vigilaban el globo. Curiosos tiempos estos, en los que ponen a un becario a manejar un satélite espía. La guerra la hace un

software que no se puede descargar; la política, unos tíos que no representan a nadie; y la inteligencia, lo mismo la lleva una panda de idiotas. Tras las cortinas del mundo están acechando unas sombras que nadie sabe a quién pertenecen, se frotan las manos que tendrían que estar moviendo los hilos. Con todo, nadie sigue el rastro del dinero hasta el final, nadie sabe quién es el hombre fuerte.

Lo mismo podría pasar que tras la cortina no hubiera absolutamente ningún hombre fuerte. Que, al otro lado de los hilos, no hubiera un titiritero. Que todos los ricos estuvieran en quiebra de tanto enriquecerse. Que, en este enorme Titanic en el que nos hemos montado, ya no anduviera nadie al timón; que los marineros y el capitán hubieran abandonado la nave hace tiempo, aprovechando la idiocia de esa masa de pasajeros apollardados que baila al son de una música enloquecida, mientras la inmensa y todopoderosa nave se hunde lenta pero inexorablemente.

Al protagonista de esta historia le dieron una beca de mil euros al mes y un nombre de usuario con su contraseña a juego. El nombre en clave fue «Destral», lo mismo que la clave de acceso. Le prohibieron emplear cualquier otro identificativo durante las operaciones tácticas. Luego le enseñaron a enfocar, encuadrar y rastrear con aquel satélite espía y los otros cuatro que le daban apoyo en órbitas distantes, para que pudiera cubrir visuales por todo el globo. Después, le dieron un poco de conversación de

ascensor, una palmada en la espalda, un café de máquina, una tarjeta magnética en blanco. Y se largaron.

Conque Destral se quedó a solas en un complejo sin líneas de telefonía fija ni cobertura de telefonía móvil ni personal administrativo, al frente de un ordenador carente de sistema operativo conocido, sin más buscaminas que un posicionador orbital ni más solitario que el usuario. Le dijeron que se quedara a la espera por si el mando estratégico europeo quisiera fotografiar algo a través del ojo que todo lo veía. Y hasta la vista.

Apenas trabajo, más allá de fotografiar un campamento en el desierto de Sudán, una caravana de vehículos de tracción integral yendo hacia ninguna parte al este de Kiev, unas naves industriales en las afueras de una ciudad de Afganistán, unas extrañas embarcaciones sin luces reuniéndose en medio del Atlántico Norte. Cuatro encargos en cuatro meses. Ni una explicación. Le dejaron con un horario cambiante y sin objetivos ni calendario. Simplemente, querían tenerle disponible y dispuesto en aquel emplazamiento estratégico, por si hiciera falta. Para las pocas veces en las que hacía falta, si es que la hacía alguna vez.

Se ve que no había mucho que ver en aquel sitio.

Y no habría mucho que ver, pero podía mirarse todo.

Así que Destral comenzó a apuntar al tuntún con un *hardware* valorado en cientos de millones de euros, desde

su atalaya privilegiada. Saltaba de telescopio en telescopio y de escena en escena. Ahora la terraza de la casa de su ex, ahora el *camping* de Teruel donde se infló a fumar porros en sus tiempos de estudiante, ahora el Triángulo de las Bermudas, ahora la Isla de Pascua, ahora el centro de Pyonyang.

El encaminador de satélites se convirtió en su juguete favorito. ¿Quién quiere una tele si puede enfocar el Santiago Bernabeu en un plano cenital capaz de encuadrar el cuero y calcular sus coordenadas GPS al milímetro? ¿Qué clase de imbécil abriría un navegador de Internet si pudiera abrir una ventana que le mostrara en tiempo real la situación de los tiroteos en Bagdad? ¿Qué clase de *voyeur* miraría porno pixelado pudiendo ver todas las playas nudistas del planeta con el ojo de Dios?

¿Y quién es el becario que vigila al vigilante, mientras se zampa las cajas de comida china a las tantas?

Destral se daba unos paseos alucinantes por la superficie terrestre, aquella máquina le hacía sentirse como un ángel. Una de sus capturas favoritas era el cielo continental despejado al poco de anochecer, a gran altitud. El zoom al mínimo. Panorámica casi curvada de la superficie del planeta, las largas puestas.

Las luces costeras de Europa y Norteamérica silueteaban los países mejor que el *software* de posicionamiento o el Atlas del National Geographie. Todo

el mundo ha visto fotos de la Tierra por la noche, con el contorno de los países desarrollados iluminados como constelaciones espesas y los océanos tan apagados y negros como África. El suelo, desde la inmensa distancia del satélite espía, se veía en el ordenador de Destral bien perfilado y definido, lo mismo que esas ciudades resplandecientes desde los miradores de montaña en los que se pegan el lote los adolescentes. Destral era un becario a los mandos del coche de su padre y, aunque estaba más solo que la una, a las dos podía estudiar las luces del mundo con ojos hambrientos. Eso de ahí es el litoral del Mediterráneo, eso otro tan lleno de oscuridad es el Mar Negro, bien contorneado gracias a los mil establecimientos costeros que lo circundan. Eso de allá es Moscú, una estrella de muchas puntas en el centro de la noche rusa.

El suelo miraba a las estrellas y Destral miraba las del suelo, desde el cielo. Tuyo es el reino, la gloria, el poder y sus planos cenitales. Las alturas guarden al hombre que todo lo ve, aunque sea el soldado raso de uno de nuestros ejércitos de becarios.

La pesadilla comenzó un día en que Destral enfocó Norteamérica y no hubo luces.

Comprobó que el satélite de aquella órbita hiciera *streaming* correctamente. Luego, que funcionara bien la red local y que el sistema de información geográfica que

encuadraba tuviera acceso a Internet. Luego, ya bastante mosqueado, comprobó, por ejemplo, que funcionara la web del *New York Times*.

Todo le dio un resultado correcto, pero el portal del *New York Times* estaba caído. Vaya, hombre.

Consideradas el resto de alternativas, una única idea se le metió de repente en la cabeza.

Es un apagón. Uno realmente gordo.

Pero... ¿Un apagón capaz de poner a Estados Unidos a la altura de Senegal en materia de contaminación lumínica?

Porque se veía alguna luz, en Norteamérica. Pero sus mayores ciudades estaban a oscuras.

Así que Destral dio un telefonazo a Washington. En rigor, teléfono tampoco es que tuviera, lo que tenía era una *hotline* de videoconferencias con sus homólogos, ya fueran del Centro de Satélites de la Unión Europea, ya fueran de otras agencias amigas. Desplegó una serie de enlaces donde respondían otros tíos de su condición, durante las operaciones de vigilancia o los momentos como aquél. Escogió al primero de sus contactos y lanzó la pregunta nada más le dieron audio:

—Nasnoches. ¿Va todo bien ahí, Horace?

—Pues claro —le respondió la voz de Horace, desde aquel sitio que aparecía tan negro en la pantalla de Destral —. ¿Por qué?

—Pues porque no veo ni una luz en todo tu país.

—Eso es que no has apartado bien las nubes, novato.

Novato y tonto del culo.

Era su primer mes de becario a los mandos del chisme aquel. Todavía se le olvidaban algunas cosas, especialmente tras una semana y media de cielos despejados... Pero qué tío más burro, se diría aquí. Aunque lo cierto es que nadie nace enseñado.

Horace se descojonaba al otro lado de la aplicación de voz sobre ip.

—¿Te pensabas que se habían acabado las pilas del planeta, so patán?

—A ver... Por un momento pensé que algo estaba fallando, sí.

—Tranquilo —le respondió Horace, antes de cortar la comunicación abruptamente—, no nos hemos quedado a oscuras... Todavía no ha llegado el día.

Hum.

¿Todavía no ha llegado el día?

O sea, que en alguna noche de éstas el espacio exterior nos mirará y no habrá ni una puta farola aquí abajo, ni un solo fanal que nos señale.

Con el tiempo, eso verán tus ojos, si sigues siendo el ángel geoestacionario cuando el mundo de los hombres se venga abajo.

Tal vez sea eso lo que haya al fondo de toda mirada

cenital. Tal vez llegue eso cuando nos hayamos ido o... tal vez nos vayamos cuando llegue eso.

Se dijo.

Y apagó el ordenador.

Un par de horas después se fue a dormir y soñó. Soñó y, con su sueño, dio comienzo su cruzada contra el mundo.

Soñó que movía sus satélites sobre el planeta y en el planeta no había más luces encendidas.

Salió de su pesadilla profiriendo alaridos. Después, en vez de dar gracias por haberse despertado, dio las luces de su cuarto. Corrió las cortinas hasta comprobar que afuera, en la calle, hubiera bares de copas y coches y estaciones de servicio y avenidas interminables y estadios de fútbol y anuncios y autopistas, alumbrándolo y encrespándolo todo.

Arrancó el portátil hasta que Google le respondió con un bostezo. El mundo estaba ahí, despierto a las tantas. La civilización era esa puta que no perdona ni una noche ni una calle.

Le preguntó a Google lo que pasaría cuando al mundo se le acabaran las pilas y Google le contestó.

Entonces, sólo entonces, comenzó la pesadilla de Destral. El apagón del fin del mundo.

Sin cambiar de ventana ni salir de la cama, compró un dominio en Internet. Abrió una bitácora en él. Publicó una primera entrada en cenital.net

Con ella empezó todo.

¿Y entonces qué?

Entonces las tiendas se quedarán sin comida. El agua dejará de salir de los grifos.

Los apagones nos parecerán un pequeño inconveniente comparados con el hambre y la sed. El despliegue de la oscuridad marcará el fin de nuestra civilización.

GUY MCPHERSON

Declaración

www.cenital.net, 2008

La humanidad es una bicicleta sin frenos sobre la que pedalea cuesta abajo un niño lelo.

Os han dicho que ésta es una crisis económica más y eso es lo que os habéis creído. Algunos ya estáis empezando a pensar que esto podría ser peor que la Gran Depresión, pero todos creéis que el lío se ha armado cuando algunos banqueros han pasado a prestarle dinero a gente que nunca podrá devolverlo; y ya está, eso es todo.

Pero... Un momento... ¿Bancos concediendo créditos hipotecarios a masivas cantidades de ciudadanos insolventes? ¿Eso tiene algún sentido? ¿Por qué iban a hacer algo así casi todas las entidades bancarias si su principal cometido es garantizar las ganancias? ¿No os resulta extraño? ¿Sospechoso, al menos?

Puede que os guste pensar que la tormenta pasará y todo volverá a ser como antes, o tal vez os cueste preguntaros qué es lo que podría esconderse tras esa cortina de humo. ¿Por qué habrán estado los bancos concediendo miles de hipotecas jugosas a sus peores clientes, a familias dotadas de empleos precarios? ¿Qué

hizo que se desprendieran tan irresponsable y alegremente de su dinero unos analistas de riesgos financieros cuyo cometido y cuyo talento consistía precisamente en valorar la solvencia de los ciudadanos?

Si lo pensáis por un momento, veréis enseguida que hay algo feo ahí. Puede que sea poco más que avaricia. Un intento de la banca por controlar el mundo, suponiendo que no lleve años haciéndolo.

O puede que sea otra cosa.

Aquí, en Internet, ya hay gente que dice que todo es por el petróleo. Tenemos, al fin y al cabo, lo que los economistas llaman "una economía basada en el petróleo". Se hicieron varias chapuzas como la guerra de Irak para mantener el flujo de petróleo que requiere nuestra economía y ahora que vemos que la cosa ya no da para más, el sistema se resiente.

El sistema se resiente tanto que empieza a desprenderse de su dinero sin miramientos y a un ritmo demencial. Total, para lo que va a servir cuando el petróleo barato se le termine...

Porque lo cierto es que el chollo de la energía barata se nos va a acabar. Se va a terminar muy pronto y, en cuanto eso suceda, se desatará el caos, dado que en nuestro modelo de desarrollo no existe, a corto plazo, una alternativa al empleo de combustibles fósiles.

Las energías renovables no son ni serán capaces de

competir pronto con el petróleo y sus amigos torpes, el gas natural y el carbón. Las centrales nucleares no son seguras. El mundo continúa globalizándose y creciendo sin querer saber nada en absoluto de la contención y del bajo consumo energético. China es ahora una potencia industrial repleta de ciudadanos que ya no quieren ir en bici, que sueñan con tener un coche como el vuestro. Y ya no trabajan en campos de arroz, sino en enormes fábricas repletas de maquinaria pesada que devora más y más petróleo. Lo mismo sucede en India y en Brasil, en las tres potencias emergentes. Todas reclaman carburantes fósiles, petróleo a espuertas. Y, tras setenta años quemándolo a todo tren, lo cierto es que ya no hay oro negro para todos.

Porque somos muchos, cada vez más.

Dentro de poco, de muy poco, cuando los combustibles baratos se nos terminen, cuando sus precios se disparen, cuando se nos agote la energía, nos encontraremos indefensos ante el mileurismo, el monstruoso endeudamiento a tipos de interés galopantes, la hiperinflación, el desempleo, la insolvencia de las entidades bancarias, la debilidad del dinero fiduciario. ... La economía pronto se habrá vuelto inoperante, pero eso nos dará igual, porque para entonces estaremos pendientes de la crisis hídrica que nos desertifica los campos, de la globalización de las

plagas que los asolan, de la contaminación de los acuíferos que los nutrían y del agotamiento de los fosfatos y los sustratos que los fertilizan. El sector primario también anda inmerso en una grave crisis de sostenibilidad, pero eso no se aborda en los medios, a nadie le interesa oír que el sector agrario agoniza mientras los bancos hagan otro tanto.

Pero el dinero no se come.

Pronto descubriremos hasta qué punto el petróleo es vital para la agricultura. Hablo del gasóleo necesario para hacer funcionar a todo nuestro sobredimensionado ejército de cosechadoras, sistemas de riego, trilladoras, arados mecánicos, tractores, segadoras, fumigadoras, sembradoras, recolectoras, envasadoras… Bastará con que empiecen a escasear los combustibles baratos para que nuestra infraestructura vital, nuestros recursos agrarios, tan exhaustos, se encarezcan de repente. Y lo que el apagón energético nos traerá entonces no serán unas horas de racionamiento del suministro eléctrico ni más multinacionales en quiebra, sino la hambruna más grande de la historia.

Debemos asumirlo: las desgracias nunca llegan solas. Todos los puntos de apoyo del sistema se nos van abajo al mismo tiempo. Se avecina una terrible catástrofe maltusiana. Los tiroteos y el hambre vuelven a Europa, y esta vez están muy cabreados.

Haz acopio de alimentos, quien quiera que seas. Compra latas de vegetales en conserva, harinas envasadas al vacío, semillas y agua. Mucha agua.

La vas a necesitar, te lo aseguro.

Alarma

Ecoaldea, 2014

Destral miraba el mensaje. El primero de sus alegatos en Internet. El *post* con el que empezó todo.

De un tiempo a aquel entonces, solía releer sus propias alocuciones, los comunicados que redactó, las soflamas que escribía al principio del crack, en los días en los que el ciudadano medio apenas podía imaginar la profundidad del problema.

Algunos de sus discursitos ya se los sabía de memoria: estaban plagados de la clase de frases lapidarias y sentenciosas que había estado repitiendo durante aquellos meses y que ahora ya solían oírse cada dos por tres en las bocas de la gente de la ecoaldea.

De la gente de *su* ecoaldea.

Desde la segunda planta de la cabaña de adobe en la que vivía, Destral dirigía el poblado, instalado en aquella suerte de torre de marfil postcenital. La suya era la vivienda más alta de todas. Desde su posición, se dominaban los techos de paja del resto de las barracas, tipis, chabolas, vivacs, toldos y chozas que componían el centro urbano de la ecoaldea, tan marrón. Bastaba asomarse a aquel balcón para alcanzar con la vista las murallas de piedra alrededor

de todo el conjunto de viviendas.

Predominaban los chamizos coronados con techumbres de paja, sobre ellos relucían en reposo los paneles solares y las deslumbrantes botellas de vidrio.

Botellas de vidrio llenas de agua. Botellas que los ciudadanos que tanto lo adoraban solían colocar sobre sus casas para que la acción inclemente del sol las calentara a cincuenta grados durante una mañana entera, hasta potabilizar su contenido.

Comprobó apenado que apenas quedaban unos pocos minutos de energía en la batería de su equipo, de modo que no tuvo otro remedio que resignarse y apagar la máquina tras comprobar que no tenía nuevo correo electrónico y echar un vistazo melancólico a su lector de noticias.

Se sintió como el rey de los capullos al levantarse de aquella silla desvencijada. Apagó todo el sistema: ordenador, enrutador, conexión vía satélite, radio multibanda. Con suerte, aquella mañana que comenzaba traería mucho sol, o tal vez fuertes vientos para los aerogeneradores y los molinos de la aldea. Quizás podría volver a conectarse a lo que quedaba de Internet antes del domingo.

Se desperezó y se vistió, dispuesto a pedalear hasta el río para asearse. Sin apenas coger nada más que su radioteléfono, su inseparable cinturón de obrero (del que colgaban cascabeleando todo tipo de herramientas y

utensilios), su sombrero panamá y unas gafas de sol, cruzó la sencilla cortina de cuerda que hacía las veces de puerta de su casa. Afuera, en la calle, se desplegaba su mundo, plagado de moscas y gatos, amurallado con paredes de adobe y tabiques de cartón, atufado de estiércol y compost.

La ventolera caliente habitual le dio los buenos días. Las guijas de grava de la calle bajo sus pies descalzos hicieron otro tanto. Ya se oían el sonido de los morteros de madera machacando maíz en algunas chabolas y la algarabía de los niños en la escuela que habían improvisado junto al corral de las gallinas.

Los niños. Todos aquellos niños.

Una carga pesada para un pueblo que lucha por no pasar hambre. Un rayo de esperanza. Y un resultado del agotamiento de los recursos. Otro más.

Porque sin petróleo barato se paralizan los transportes, conque no hay nadie que importe látex desde América del Sur, y sin látex no hay preservativos. Aunque en la ecoaldea algunos soñaban con confeccionar condones empleando intestinos de cerdo, lo cierto es que tampoco había cosecha o deshechos ni como para alimentar a muchos cerdos. Las gallinas ya eran vistas como un lujo por muchos de los aldeanos y eso que apenas las alimentaban con insectos y grano estropeado. Mucha gente apenas recordaba ya el sabor de la carne roja.

Destral llegó caminando perezosamente hasta la

improvisada cochera en la que se hacinaban las destartaladas bicicletas comunales. Tomó una de ellas y se dispuso a enfilar la cuesta abajo hacia el cauce del río.

En su descenso, atravesó las dos o tres callejas principales de la aldea, todas flanqueadas por *mobil homes*, casas desmontables de madera y PVC, furgonetas convertidas en viviendas, secciones de caños de alcantarillado industrial que ahora eran auténticas madrigueras habitadas por gente; en su interior se adivinaban, acaracolados, gatos, sacos de dormir y enseres diversos. Una cabina de hidromasaje o de teléfonos, ahora convertida en un depósito de agua verde, junto al enorme contenedor cubierto que era la vivienda de la novia de Interventor. A su lado, el enorme tipi de Interventor, entre cónico y amorfo, gracias a las cuatro torcidas farolas con las que se había improvisado su construcción, hacía pocos días. Al fondo, destacaba la casa de Simsim, una bioconstrucción hecha con balas de paja.

Destral puso un piñón más grande, cambió el plato y cruzó la vía principal. Las rastas de su cabello se bambolearon al ritmo de los baches, pero el sombrero aguantó firmemente encajado. Pasó pedaleando a buen ritmo junto a los bidones oxidados en los que solían quemarse trastos inútiles cada vez que refrescaba la inclemente temperatura nocturna. Aquí lo que quedaba de un viejo mueble zapatero, allí trozos de un escritorio, al

fondo lo que solía ser un sofá de Ikea. En aquella explanada llena de muebles a medio desarmar que era la plaza principal del poblado, los gatos campaban por doquier.

Los gatos, benditos animales; algunos se revolcaron al sol, otros ni se inmutaron y los que estaban por medio se apartaron perezosamente al paso de la bicicleta. Aquel año se estaban portando especialmente bien, los mininos. No sólo estaban consiguiendo mantener a raya a las ratas y salvar todos los campos de cereales del acoso de los pájaros, sino que su población no paraba de aumentar. Cazaban mucho mejor que los aldeanos y eran mucho más prolíficos que ellos. Y eso significaba más sucedáneo de carne de conejo en los pucheros de la gente del pueblo.

Vio preñada a reventar a la enorme gata siamesa de Iriña y pensó complacido que pronto tendría que incluir a algún otro macho musculoso en los pucheros comunales. Y al pasar junto al viejo autobús en el que vivía, saludó a la buena de Iriña.

Iriña. Simsim. Agro. Sapote. Teo. Crestas. Braqui. Saig'o. Interventor. M1guel. Destral.

Nicknames. Apodos. Los nombres en clave con los que se habían conocido en Internet, cuando Destral comenzó a reclutarlos, antes del Hundimiento. En los meses en los que se veía claro el inminente colapso de la economía y, con ella, de la civilización occidental. Casi nadie sabía el apellido de nadie en la ecoaldea.

Había muchas cosas que ya no importaban. Que habían sido dejadas atrás, como los empleos, los relojes de pulsera, las cuentas bancarias, la publicidad, la contracepción, los fines de semana y las alergias.

Ahora sólo parecía importar el poblado, las tierras y el río. El río que le daba vida a todo.

El río, cuando bajaba pleno, era todo un hervidero de actividad pública y una especie de ágora de la vida social de la comunidad, lo mismo que otrora fueron sus bulliciosos foros de Internet, en los tiempos previos al cénit. Las gentes de la ecoaldea solían reunirse junto al río para todo. Aquella mañana había ciudadanos aseándose con su propio jabón de glicerina, hombres y mujeres filtrando agua con zeolitas para lavar la ropa, dos muchachos despiojándose con vinagre, gente rellenando recipientes de barro o hidratando sus semillas para obtener brotes de soja, girasol, fenogreco...

Destral reparó en la montaña de bicicletas derribadas a la entrada del lugar, en un improvisado aparcamiento colectivo junto a un Porsche Cayenne del 2007 a medio desguazar. Dejó caer con suavidad la máquina que conducía junto a las demás y se aproximó al cauce. Con cada paso que dio hasta alcanzar al grupo, se le fue abriendo una enorme sonrisa en los labios.

En el fondo le gustaba.

Le gustaba su nueva vida social.

Que le palmearan la espalda, lo recibieran todos los días como a un mesías postcenital y le sonrieran junto al río en cada amanecer. Sumergirse en el baño matutino sabiendo que le querían. Que lo necesitaban, que lo apoyaban.

Nadar. Bucear hacia el fondo plagado de guijarros y cantos rodados sintiéndose libre e integrado. Destral se hundió y braceó para despejarse.

En la superficie, medio centenar de ojos le miraban. Dos docenas de amigos.

En sus tiempos de ingeniero apenas tenía amigos. Tenía contactos. Contactos en el teléfono móvil, en el mercado laboral, en su gestor de correo electrónico y en su sistema de mensajería electrónica instantánea. Doscientos treinta y cinco contactos, mil caras en el Facebook, cero amigos. Su entonces novia y un puñado de cordiales compañeros de oficina eran toda la compañía que había conseguido procurarse. Ahora, en 2014, era el líder de una sociedad convertida forzosa y espontáneamente en una especie de comuna *hippie* que pugnaba por subsistir ante un escenario de agotamiento general de los recursos primarios.

Porque lo único bueno que podía depararles el día a día a los aldeanos era aquello. El frío del río, el calor de la gente. La vida sencilla, la vida social. El retorno al grupo bien avenido sí o sí. La gente postcenital no estaba para

hostias. Eran un colectivo inmerso en la lucha contra el medio, así que no había ni ganas ni capacidad para el enfrentamiento interpersonal... Los problemas venían de frente, la sociedad estaba detrás, respaldando al individuo, al francotirador.

Y los problemas eran legión: el agotamiento de los suelos y los substratos, de los fosfatos y las buenas semillas autóctonas, la globalización de las plagas, el agotamiento, contaminación y nitrificación de los pozos, la escasez de lluvias y el río convertido durante los meses duros en apenas un nimio regato. Después, las inundaciones. Más problemas. El calor todo el día, el frío toda la noche. La falta de formación agraria del colectivo, la falta de pesticidas eficientes... Los problemas eran legión. Demasiados problemas y todos atacaban al estómago.

El estómago era importante.

Vaya si lo era.

No lo parecía, antes del Hundimiento. Pero ahora era el protagonista de todo.

Junto con las pulgas, chinches, garrapatas, tábanos, moscas, mosquitos, piojos, avispas, ladillas. Cuando la gente se hacina en el campo y no siempre tiene agua como para asearse, todo azote natural es posible.

Los aldeanos habían cerrado filas en torno a Destral, hacían piña y llegaban a funcionar como un pequeño

hormiguero bien coordinado, un equipo de apenas un centenar de ciudadanos muy concienciados y bastante solidarios. De repente todos aquellos supervivientes habían dejado de ser individualistas y competitivos recursos humanos para convertirse en personas verdaderamente conscientes de cuánto y de cómo necesitaban al resto de sus semejantes. La colaboración emergió en sus vidas alzándose sobre el cadáver de la competición. De repente, todos aprendieron y comprendieron lo que verdaderamente era el trabajo en equipo. Nada como la vida tribal y la economía de subsistencia para recuperar el contacto con la realidad humana.

M1guel ya no era el consultor eternamente cabreado, ahora era el amable alfarero al que no le temblaba el pulso a la hora de ponerse a elaborar tiestos, botijos, palanganas y orinales para todo el que se lo solicitara a cambio de nada. Agro llevaba los cultivos, era el «jefe de producción». Ya no era un introvertido y esquivo estudiante de ingeniería agronómica, ahora era la fuente de la sabiduría cuando se trataba de aprender a combatir a la mosca blanca o a la araña roja que atacaba los girasoles. Iriña ya no era una administrativa comercial protocolaria y correcta, ahora era natural y directa en el trato. Se ocupaba de diseñar, reparar y mantener los paneles solares, los aerogeneradores y el tendido eléctrico de doce voltios y lámparas de bajo consumo.

Porque habían tenido tiempo para montar la ecoaldea. La clave de su éxito había sido que el Hundimiento nunca les cogió por sorpresa. Destral comenzó a levantar y a fortificar aquel refugio cuando todavía no habían quebrado las primeras megacorporaciones norteamericanas, antes de lo de Lehman, Fanny Mae y Freddie Mac, antes de que se derrumbara el castillo de naipes de Wall Street, antes de que el 15M pusiera en evidencia la fractura social, antes de que la banca española suspendiera todas las transacciones. Así que habían conseguido procurarse a buen precio algunas infraestructuras de vital importancia: sistemas de riego por goteo eficientes y sostenibles, bombas mecánicas de agua, compostadoras, un par de grupos electrógenos que apenas se empleaban desde que la tierra había empezado a tacañearles el aceite, tornos de alfarería, molinillos, aperos agrícolas, un arado, grandes reservas de sal yodada, algunas semillas, bicicletas...

Y gente, demasiada gente.

El bullicio de la gente preparando la jornada de trabajo volvió de golpe a los oídos de Destral nada más salir del agua, emergiendo de sus propios pensamientos. Se secó y se vistió mientras escuchaba como Gor0 explicaba a su hermana cuál era la forma más eficaz de remendar su vieja y raída camisa.

De un tiempo a aquella parte, Gor0 estaba convirtiendo en la costurera del pueblo, otra superviviente

autodidacta improvisada al que acudir forzosamente. Todos habían asumido roles útiles. Nadie se acordaba ya de cómo se programaba un climatizador, de cómo se aparcaba un utilitario o de cómo había que pedir una pizza a domicilio, pero todos sabían reconocer los arbustos comestibles, amasar pan, mantener a raya a las garrapatas, limpiarse el culo con hojas de col, derribar gorriones con un tirachinas y luego desplumarlos para la cena.

Y todos adoraban al especialista. Al pocero, al apicultor, al cocinero, al callista, al alfarero, al afilador, al que te arranca bien los dientes podridos.

Alguien cercano al horno solar tendió a Destral una infusión humeante. Se intercambiaron sonrisas, buenos días y buenas palabras. Se hicieron preguntas acerca de las tareas del día y entonces sonó el radioteléfono.

Sonó el radioteléfono y no la trompeta shofar que solían emplear los ciudadanos para dar la voz de alerta ante las emergencias.

Se estaban agotando las pilas recargables. Apenas quedaban ya un par de docenas de ellas en toda la ecoaldea y su vida útil decrecía a pasos agigantados. Emplear los *walkie-talkies* se estaba convirtiendo en algo que ya sólo se hacía en situaciones especiales. El zumbido del aparato de onda corta que Destral llevaba a todas partes había pasado de ser poco más que el reemplazo del tono de llamada de su iPhone a convertirse en una auténtica señal

de alarma.

Al otro lado del equipo le llamaba Agro, desde los campos de cultivo.

Aquello sí que era una alarma.

Desde la Agencia Internacional de la Energía hasta los grandes productores mundiales [...] *aceptan que el cénit del petróleo llegará y sólo varían ligeramente en sus fechas previstas. Pero, si todas ellas están entre hoy y el 2030, el problemón para la Humanidad es* [...] *el mismo, porque eso es, hablando en términos históricos, MAÑANA.*

Deberían estar corriendo a buscar sustitutos [*al uso de combustibles fósiles*] *o proponiendo cambios de modelo. Y sólo veo eso de forma extremadamente tímida y a regañadientes, justo cuando el mundo financiero empieza a caerse a cachos.*

Pedro A. Prieto

29-09-2008

Crudo

www.cenital.net, *2008*

Os dicen a menudo que hay reservas de crudo hasta el 2050. Lo que nunca os dicen es que el volumen de esas reservas declaradas no ha variado desde 1993, *mientras que el ritmo de extracción no ha parado de crecer exponencialmente. Tampoco os dicen que apenas hemos encontrado yacimientos grandes desde 1964*, *ni que en 1980 la OPEP duplicó misteriosamente las cifras relativas a sus reservas petrolíferas sin explicar por qué. Casi nadie sabe que en muchos de los países exportadores de petróleo el Estado es superavitario y eso hace que gran parte de la ciudadanía perciba prebendas o ingresos periódicos que menguan al ritmo de las reservas declaradas disponibles*, *por lo que las razones políticas para exagerar las existencias de crudo son muchas y contundentes.*

También suelen deciros que las energías renovables pueden competir con los combustibles fósiles. Eso es porque existen las mentiras, *las putas mentiras y el pufo en el que nos van a meter las renovables a corto plazo*: *la tasa de retorno energético de las energías eólica*, *fotovoltaica*, *mareomotriz*,

hidroeléctrica... resulta ridícula comparada con La del petróleo. Producir los megavatios que generan las centrales termoeléctricas empleando células fotovoltaicas modernas implicaría enterrar en paneles solares provincias enteras, y mucho más suelo necesitaríamos para pasarnos a los biocombustibles.

Oh, y parar el país cuando no sopla el viento y no luce sol no es que sea ridículo: es que es imposible.

El rendimiento de las renovables seguirá siendo poco más que ése dentro de cincuenta años, a este ritmo de investigación y desarrollo.

La fisión nuclear es muy peligrosa y depende del uranio, que también se está agotando. La fusión nuclear es ciencia ficción. El carbón es un combustible demasiado contaminante para abastecer la demanda actual. Y el hidrógeno no es una fuente de energía, sino un vector energético. Podéis preguntarle a cualquier especialista y veréis que la crisis energética que se avecina podría perfectamente devolvernos a las cavernas. Algunos estamos convencidos de ello.

¿Y por qué vosotros nunca habíais oído hablar de todo esto en estos términos?

Pues porque en estos momentos, el petróleo es mucho más que un valor estratégico, es más del ochenta por ciento de nuestro consumo energético, y la energía no es un suministro como los demás, sino la base de toda

producción de bienes y servicios. Hacer pública la cantidad exacta de reservas de crudo en un mundo adicto a él es mostrar los límites de la solvencia de un país exportador. Es preferible silenciar o falsear toda información relativa a las existencias restantes, es preferible mostrar fortaleza; por eso los estados y sus corporaciones lo hacen... Y al mismo tiempo nos hablan de renovables, como si los vatios que producen todos esos aerogeneradores pudieran alimentar a una sola fábrica pesada. Nada puede competir con el petróleo en densidad energética por volumen.

Y eso que lo cierto es que el petróleo tampoco se va a acabar mañana. De hecho, siempre habrá petróleo. Está impregnando las rocas porosas del subsuelo, a espuertas. También es cierto que a medida que los yacimientos fáciles de explotar se vayan agotando habrá que echar mano de los menos rentables, tales como pizarras bituminosas, arenas asfálticas o pozos subacuáticos de gran profundidad que no podemos perforar con la tecnología disponible sin que la cosa termine en una catástrofe medioambiental sin parangón. A medida que vayan sucediéndose las extracciones desesperadas y suicidas, se irá incrementando vertiginosamente el precio del barril de crudo. Algunas veces lo hará de manera progresiva, otras de forma brusca.

Y para cuando alcance los doscientos o trescientos dólares por barril, el estilo de vida occidental estará condenado.

Su estilo de vida; y su vida también. Porque la población mundial se mantiene a base de petróleo.

El precio de un kilo de buen arroz blanco envasado al vacío va a la par que el de un litro de gasolina súper. Ha sido así desde los años ochenta, más o menos. Y, qué curioso, lo mismo suele pasar con un paquete de quinientos gramos de soja verde.

Es porque comemos petróleo. Toda nuestra infraestructura agraria lo hace. Nuestros campos de cultivo están tan industrializados y mecanizados que ya dependen íntegramente del gasóleo. Son fábricas de comida robotizadas, no explotaciones agrícolas naturales. Y mejor ni hablar de la cantidad de petróleo que necesitamos para elaborar los fertilizantes y los pesticidas químicos más sencillos.

Con todo, si no hay combustible barato para nuestra actual industria agro alimentaria, no habrá forma de alimentar a toda nuestra superpoblación.

Así que para cuando el litro de combustible esté a tres o cuatro euros, el kilo de grano andará a la par, más o menos. Eso hará que todos los mileuristas tengan dificultades para comer, independientemente del tamaño de su estómago, de su subsidio de desempleo y de la

letra de su hipoteca.

Cuando las cuentas dejen de salirle al mercado global, los países tan dependientes del exterior como el nuestro se verán incapaces de importar suficiente crudo y nosotros nos levantaremos un día y no habrá comida en el Mercadona, no habrá fármacos en el Hospital, no habrá dinero en el Santander, no saldrá agua del Grifo. Es Lo que pasa cuando vives en un sitio incapaz de procurarse sus propios medios de subsistencia: las ciudades son los primeros enclaves geográficos en quedarse sin suministros ante un hipotético escenario de desabastecimiento.

El derrumbamiento ya es inevitable. Ahora que comienza, resulta gradual, sutil y paulatino, pero en sus últimas fases será abrupto, grosero y violento. Sólo falta averiguar si la debacle arrancará dentro de cincuenta años o dentro de cincuenta días. No podemos saberlo, lo que sí que podemos hacer es comenzar a movernos.

Mi nombre no importa. El tuyo tampoco. No nos conocemos, pero podemos entablar contacto si estás interesado en organizar conmigo una comunidad de bienes con la que protegernos de la crisis, cuando arrecie.

Porque esto no ha hecho más que empezar. Esto no se detendrá cuando algunos gobernantes y banqueros dimitan. Esto no se arregla con unos años de "ajuste" ni

inyectando capitales ni nacionalizando bancos ni reuniendo al G-20.

Esto sólo amainará cuando las bicicletas se desplieguen por las autopistas de peaje. Para entonces habrán muerto millones de personas.

Escríbeme. Sal de ahí.

Deja tu empleo. Deja de comprar basura. Vende tu casa. Vende tu coche. Huyamos. Juntos podríamos llegar muy lejos. Podríamos sobrevivir.

La era del petróleo barato creó una burbuja artificial de plenitud, durante un periodo no mucho mayor que el de una vida humana: alrededor de 100 años... Por ello, me aventuro a declarar que en cuanto el petróleo deje de ser barato y las reservas mundiales se dirijan hacia el agotamiento, quedaremos repentinamente con un enorme exceso de población que la ecología de la tierra no podrá soportar. No habrá programas de control de natalidad que sirvan de algo, las personas ya están aquí. El viaje de vuelta homeostático a una población sin petróleo no será agradable. Descubriremos de forma abrupta que el gigantesco crecimiento de la población fue un simple efecto secundario de la era del petróleo. Fue una circunstancia, no un problema con una solución. Eso es lo que sucedió y estamos atrapados en ello.

Dieta

Ecoaldea, *2014*

Destral pedaleó hasta los campos de maíz. Cruzó las huertas, dejando atrás varias hectáreas de hortalizas y el río a la derecha. Los campos de arroz y los maizales se extendían más allá de los interminables huertos de rábanos.

En la ecoaldea a nadie le gustaban los rábanos, pero podían asociarse amablemente con todo tipo de hortalizas sin agotar los suelos, cultivarse todo el año, cosecharse en siete semanas... Además, se aprovechaba todo de ellos, hasta las hojas. Porque éstas eran un buen sucedáneo de las espinacas. Los rábanos eran, en conjunto, un buen cultivo de supervivencia. Y resistían bien las temperaturas tan inclementes de aquellos años.

Tras los rábanos, el maizal. Sobre el maíz, los aerogeneradores. Dos docenas de molinetes desplegados estratégicamente hasta conformar un parque eólico de doce voltios. Generaban electricidad como para poder moler el grano y espantaban a los pájaros, poco más. Nada menos.

Junto al pozo que abastecía el gigantesco maizal, le esperaba Agro, visiblemente nervioso. Los brazos en jarra, la azada al hombro, la brizna de albahaca en flor colgando de la comisura inferior del labio, el pendiente de oro

perforándole la ceja, los guantes de podar bien ajustados a las muñecas, el tosco sombrero de paja sobre la cabeza, el cable blanco del iPod mil veces remendado colgando de los oídos, la piel del rostro tostada al sol.

El sol pesándole en el cuello. La ecoaldea pesándole en los hombros.

Cuánto había cambiado Agro. Y cómo le agradaba su estampa de nuevo hombre de campo postcenital. Se mataba a trabajar. Se le estaba yendo poco a poco el acné, desde que dejó las alergias de la vida en la ciudad. Se había confeccionado toda una amalgama de ponchos a fuerza de agujerear distintas telas, luego se los sujetaba a la cintura empleando un cordel de cáñamo. El atuendo le confería el porte del hombre primitivo y sencillo en que se estaba convirtiendo a pasos agigantados.

—Hola.

—Hola, Agro —respondió Destral desmontando de su bicicleta y dejándola caer suavemente sobre la grava del camino—. ¿Qué es eso tan importante que no puedes decirme por radio y que no hace que toques el shofar?

Agro echó un vistazo en derredor para cerciorarse de que nadie les oía, luego llevó la mirada al frente.

—Tío. Quédate con cómo están mis pequeños hermanos de otra madre ahí delante.

—¿Tus hermanos de otra madre?

—Ajá. Los campos de maíz frente a ti.

Destral abrió bien los ojos y barrió con ellos a un lado y al otro.

—Hermosos. Como debe ser.

—Hermosos de cojones. Dan ganas de hacer palomitas sólo con verlos, a mis pequeños.

—¿Y entonces?

—Ahora mira los campos que hay al otro lado del río.

Destral se volvió en redondo.

—Sus parcelas todavía están en barbecho —le dijo, encogiéndose de hombros—. ¿No?

—No, no lo están. Eso es un sembrado, fíjate bien. Ahí ya hace semanas que hemos plantado trigo de invierno.

—¿Y qué?

—Pues que no ha funcionado. No hay ni una puta brizna brotando del sustrato. Ni un alma verde está respirando en todas esas fanegadas.

—¿Por qué?

Agro tomó aire profundamente y luego suspiró sin amagar un gesto de dolor.

—Porque hemos empleado para la siembra el grano que cosechamos el invierno pasado.

—No entiendo nada.

—Destral, ese grano lo compraste por Internet poco antes de abandonar tu empleo y fundar la ecoaldea. Pensábamos inocentemente que era una variedad invernal resistente obtenida mediante selección genética. Y nos

equivocamos. No era eso.

—¿Qué era, entonces? ¡Yo recuerdo que aquel trigo hacía un pan estupendo!

—Era trigo transgénico, Destral. Semillas modificadas para resistir a las plagas y crecer en invierno. Para todo eso y para algo más.

Destral empezó a poner cara de pánico. Alzó sus cejas por toda respuesta.

—Para autodestruirse.

—Autodestruirse.

—Era un gen al que llamaban «terminator» —continuó diciéndole—. Recuerdo que en el 2006 trataron de insertarlo masivamente en todos los cultivos transgénicos para evitar la piratería.

—¿Piratería...? ¿Qué piratería ni qué demonios?

—Piratería, gran jefe. Piratería de transgénicos era pagarle una vez a la multinacional por sus semillas y luego emplearlas para obtener nuevas... sin tener que comprarlas en la siguiente cosecha. Los *autores* protegieron sus *diseños* mediante un gen exterminador que hacía que la segunda generación de embriones fuera estéril —contestó Agro, llevándose las manos a la cabeza—. Hemos sembrado grano, pero no simiente. Así que no habrá cosecha.

Destral se miró los dedos de los pies y los curvó sobre la grava. Apretó los labios y los puños.

—¿Tú, esto, lo sabías?

—¡Yo no podía saberlo! —respondió Agro, sintiéndose violentado y tal vez responsable de todo aquello—. ¡Se supone que los genes del «grupo de tecnologías de restricción al uso» no se podían emplear en Europa! ¡Lo que pasa es que comprar semillas a través de eBay a un desconocido que vive al otro extremo del globo puede resultar en *esto*!

Y *esto* fue un feo gesto de rechazo en dirección al campo yermo en el que se suponía que iba a arraigar un nuevo y prometedor cultivo.

Destral azuzó a sus ojos como el que suelta a dos perros policía en un control de aduanas. Los movió frenéticamente a lo largo de todo aquel latifundio mientras rebuscaba en su cabeza, preguntándose...

—¿Y ahora qué? —Agro le miraba suplicando tácitamente que hubiera alguna respuesta de consuelo esperándole.

Destral se tomó su tiempo, mientras negaba con la cabeza.

—Ahora nada, amigo mío. Apenas nos quedan conservas, sal yodada, harina, antibióticos o comida deshidratada. Se nos agotará el grano seco. Y no creo que podamos echar mano de ningún cultivo alternativo, porque no disponemos de otro cereal de invierno y ya estamos comiendo demasiada patata. Podemos reemplazar todo tipo

de frutas y verduras, pero el grano no. Necesitamos cereales, la base de nuestra dieta según cualquier esquema alimentario, y tenemos que obtener toda esa fibra con muy poca agua. Lo mejor ante un escenario como ése sería introducir en nuestras tierras siembras de trigo, o... ¿quizás farro, escaña, o alforfón? Hum... Eso o tendremos severos problemas de estructura alimentaria en muy pocas temporadas.

—Te dije que teníamos que conseguir semillas de cebada, de avena y de centeno —respondió Agro, pisoteando el suelo con saña—. Te dije que plantáramos otros tubérculos. En agricultura, no se pueden poner todos los huevos en una misma cesta. Y, en permacultura, no se pueden hacer monocultivos. Esto ha sido un error, un error de base.

—Esta posibilidad estaba calculada, Agro —dijo Destral, esta vez hablando en calidad de ingeniero—. Lo que no contábamos era con tantas bocas que alimentar para estas alturas de nuestro periplo. Hemos ido acogiendo a todos los desgraciados que nos ha ido enviando la ciudad en su agonía y no paramos de traer críos a este mundo. Vamos a tener que redimensionar nuestra infraestructura.

—Claro, tío —le contestó Agro, con sorna—. Ahora mismo contratamos por *renting* maquinaria nueva y escrituramos más terrenos. Como si esto fuera una plantación comercial de la era del petróleo barato. ¿No te

jode?

Destral seguía siendo el líder porque a menudo conseguía que en su cabeza se unieran lo viejo y lo nuevo: la forma de pensar del hombre de principios de siglo y la forma de pensar del hombre superviviente al Hundimiento.

—Agro, en serio. Tenemos que crecer. Necesitamos nuevos cultivos y, si no hay semillas para sembrarlos —dijo Destral, recogiendo su bicicleta del suelo—, habrá que ir a buscarlas.

—¿Salir de la ecoaldea, Destral? ¿Al exterior? ¿Es que te has vuelto loco del todo? ¿Has estado dándole a las setas, o algo?

—Agro, hemos estado encerrados aquí muchas estaciones ya, pronto llevaremos siete años siendo autosuficientes por completo. Ya va siendo hora de echar un vistazo ahí afuera y de ver si podemos desplazarnos por nuestros propios medios para comerciar con las otras ecoaldeas. Eso o tratar de robarle algo al Estado sin que el ejército nos haga pedazos en el intento. Me temo que no hay otra manera de...

Sonó la trompeta shofar, a lo lejos.

Tres soplos medianos, o sea, *shevarim*, *y* el timbre era el del cuerno de Saig'o.

¿Invasión? ¿Código de invasión?

—Tío. ¿Nos atacan? —preguntó Agro, visiblemente asustado—. Pero si...

El zumbido del radioteléfono interrumpió la conversación nuevamente.

—Saig'o a Destral. Cambio.

Saig'o, el vigilante armado, comunicándose por radio desde la muralla perimetral de la ecoaldea. Si se oía su voz era porque se aproximaba alguien, desde el mundo exterior.

Destral descolgó de su correa el radioteléfono, visiblemente nervioso.

—Aquí Destral. Reporta, Saig'o.

—Destral, se acerca un coche. Un Ford Escort.

—¿Un coche normal? —preguntó, con asombro.

Nadie había visto un coche a gasolina desde los tiempos previos al Hundimiento. La gente dejó de usarlos al poco de empezar los disturbios.

Hubo un momento de tensión en el que sólo se escuchó la estática de la radio mientras Saig'o afinaba con sus prismáticos.

—Es un Ford Escort. Estoy seguro. Yo conducía uno de ésos. Cambio.

—¿Seguro que no es el Chevrolet Volt de los de la ecoaldea de Teruel, Saig'o?

—No, Destral. No es un coche eléctrico. Cambio.

—¿Pero, qué...?

Seguridad

www.xenital.net, *2008*

Las personas solemos definirnos y agruparnos por nuestras motivaciones; y nuestras motivaciones se distribuyen apilándose en una jerarquía piramidal muy cabrona. Según la pirámide de Maslow, lo primero que nos motiva, tras las necesidades fisiológicas, es la seguridad.

Queremos sentirnos a salvo, cómodos, tranquilos. Especiales.

El problema hoy día es que la seguridad se ha convertido en un espejismo, en una alucinación colectiva. La fragilidad de todo acecha tras una cortina de humo que pronto se disipará. El omnipresente abaratamiento de costes nos ha sumido en una precariedad general que amenaza con enviarnos a todos al infierno. Cualquier día de éstos aparecerá un Huracán Katrina que arrasará hasta el último pueblo del planeta mientras el ciudadano medio se pregunta desde el epicentro del cataclismo cómo demonios ha podido fraguarse un horror de semejante envergadura sin que nadie pudiera verlo venir ni resolverlo a tiempo.

Mientras tanto vosotros sois reos del sistema a

cambio de falsa seguridad, adictos a la tranquilidad barata y resultona, a la sensación de control, paz y estabilidad. Os gusta dormir pensando que siempre habrá dinero en el banco y que, si se produce un atraco justo el día en que vais a sacarlo de allí, el vigilante jurado os defenderá de los malos. Como si no supierais que en el triste negocio de la seguridad privada un vigilante de sucursal bancaria cobra menos de mil euros al mes, y que por ese dinero nadie se juega el cuello. Como si no supierais que vuestros bancos hace ya tiempo que se han quedado sin efectivo real. Como si no supierais que, cuando todo el mundo trate de sacar su dinero a la vez, los bancos quebrarán y millones de personas perderán sus ahorros. Como si la España de estos tiempos no os estuviera recordando cada día más a la Argentina del "corralito".

Vosotros no queréis realidad, queréis tranquilidad. Ilusión de seguridad. Buen rollo y mucha fiesta. Que alguien se ocupe de que no sucedan cosas malas. Que os defiendan. Y que pongan fútbol, toros, cotilleos.

Queréis eso y vuelos de bajo coste que os hagan cruzar el charco a gran altitud y a más de trescientos kilómetros por hora. En el fondo sabéis que ni los ángeles os salvarían si se produjera un accidente en pleno crucero, pero os gusta que antes de despegar una azafata sueca os explique en cuatro idiomas dónde están

las salidas de emergencia y cuál es la forma de proceder en caso de accidente. Y que os metan mascarillas de oxígeno y chalecos salvavidas bajo los asientos, como si os fueran a servir de algo. Ni tan siquiera os habéis dado cuenta de que la mayoría de esos chismes ni siquiera funciona como cabría esperar. Comprobadlos y veréis. Parecen salidos de uno de esos bazares chinos en los que todo vale un euro. Son puro atrezo.

Queréis triple airbag en vuestro próximo coche de plástico coreano, pero nada de pensar en que eso no sirve de mucho yendo a la velocidad a la que os ponéis en cuanto os sueltan por la autopista. Queréis una póliza de seguros para la casa, otra a todo riesgo para el coche, otra para la salud y otra para que os sigan pagando cuando os quedéis sin empleo; pero lo cierto es que luego nunca hacéis todo lo necesario para mantener a buen recaudo el trabajo, el coche y la salud. Queréis la comida bien esterilizada y os estáis hinchando a comer carne mutante y verduras infestadas de pesticidas tóxicos que se acumulan en vuestro cuerpo. Queréis asumir riesgos y que las aseguradoras corran con ellos porque para eso estáis pagando. Pero no os gusta pensar que las reclamaciones no resucitan a los muertos, no arreglan las vidas.

Os gusta creer que si algún día sucede algo malo y tenéis que llamar a la policía o pedir una ambulancia

tendréis a mano el móvil, bien cargada la batería, buena cobertura, mucho saldo para efectuar llamadas, buen nivel de ruido ambiental para sostener la conversación, la línea despejada y atención inmediata y diligente por parte de todos esos funcionarios que conducen bajo las sirenas. Basta con poner a prueba a cualquier número de emergencias, pongamos llamando a la policía durante un sábado por la noche, pongamos pidiendo una ambulancia desde el corazón de un atasco de tráfico. Basta con poner un poco a prueba a los servicios de emergencias y se constata la grosera incapacidad del sistema para garantizar vuestra seguridad ante escenarios de lo más habitual en vuestras vidas.

Todo es una ilusión de seguridad en vuestro mundo. Verificadlo. Echad cuentas. Aceptadlo. Id pensando en cómo van a sobrevivir los ciento veinte mil habitantes de la isla de Lanzarote cuando la desaladora que les da de beber deje de recibir puntual el petrolero y medio que necesita para mantenerse en funcionamiento cada mes. Sumad todo el combustible que contienen los depósitos de los doscientos cincuenta millones de vehículos que componen el parque automovilístico norteamericano, os dará algo así como ochenta millones de barriles de petróleo en circulación. Teniendo en cuenta que la reserva estratégica de Estados Unidos es de apenas noventa millones de barriles de crudo, bastaría con

cortarle accidentalmente al Tío Sam el suministro de combustibles durante una semana para inmovilizar su flota de transporte y paralizar en el acto toda su economía, su producción y su ejército. Así de precario es todo, en estos tiempos que corren, porque lo cierto es que la mayor reserva estratégica de crudo, la de Estados Unidos, está al quince por ciento de su capacidad. Fue diseñada para garantizar la estabilidad del país, pero ahora está en su mínimo histórico, lo mismo que los depósitos de oro de Fort Knox. ¿Eso no huele?

Os gusta pensar que por mucho que las cosas se pongan realmente feas, siempre habrá dinero para alguien dispuesto a trabajar, dinero que siempre tendrá valor para alguien dispuesto a vender, y que siempre habrá comida para comprar; en definitiva, que las cosas irán bien.

Ya no recordáis cómo iban de bien las cosas cuando los hombres eran hombres, las personas confiaban en sí mismas y se labraban su propia seguridad y su propio porvenir por sus propios medios.

Todavía podéis bajaros del mundo. Podéis ser autosuficientes, cultivar vuestra propia comida, construir vuestra propia casa, hacer vuestro propio jabón, pan, ropa, riqueza. Podéis dejaros de pajas mentales y de teles de plasma que os tratan como si ya no os funcionara el cerebro, de interminables torres de

oficinas en los que os jodéis la vida reordenando abstracciones ajenas, de terrorismos terroríficos que no hacen ni la mitad de muertos al año que vuestras queridas carreteras, de atentados supuestamente perpetrados por unos personajes sobre los que no entendéis nada. Podéis rechazar un mundo que pasa sus días pidiendo prestado para adquirir los valiosos recursos naturales y materias primas con los que luego produce ingentes montañas de basura. Mascotas electrónicas. Interiorismo impersonal. Sexo virtual. Cheques regalo. Realities irreales. Comida con la que enfermar.

Podéis retiraros a las montañas, volver a la tierra, abandonarlo todo antes de que sea demasiado tarde.

Nosotros somos apenas media docena de individuos libres, quizás pronto seamos los primeros hombres libres de la era postindustrial. Estamos preparándonos para constituir nuestra propia comunidad al margen de la economía de mercado, al margen de la dinámica energética actual.

Tú puedes unirte a nosotros. No nos importa si no tienes dinero o si eres absolutamente incapaz de valerte por ti mismo. Nos basta con que apuestes por nosotros. Pulsa aquí para hacerlo. Te estamos esperando.

Coche

Ecoaldea, 2014

El utilitario avanzó como un insulto torpe por la descuidada carretera de grava que moría fusilada contra las murallas de la ecoaldea. Un decrépito Ford Escort modelo ranchera, del mismo color que una señal de stop.

Traqueteó en los baches, sorteó los matorrales y la enorme alambrada de espinos de acero, salpicó en los charcos, derrapó hasta lanzar guijas de piedra tras de sí, bajó y luego trepó un badén... Y con la parsimonia de una broma puñetera, se plantó frente a la pasmada multitud que se había apiñado sobre los andamios desvencijados que hacían las veces de almenas.

Las murallas estaban acribilladas, repletas de abolladuras ennegrecidas y desconchados que las perforaban por varios puntos, algunos de ellos de dudosa solidez. Destral decidió fortificar el acceso norte a la ecoaldea con hormigón *y* vigas de acero durante los meses de asentamiento del poblado, visto que el resto de los accesos estaban fuertemente guardados por las laderas de sendas montañas de roca lisa, gran alzado y formidable pendiente. Con todo, resultaba inabordable alcanzar el poblado por tierra sin tener que vadear el cauce del río y

sin tener que derribar aquel monstruoso muro. Y, en un mundo en el que ya casi nadie consigue usar un vehículo que no funcione a pedales, eso es mucho.

Se determinó alzar aquellas murallas para defender el pueblo y sus cultivos de los saqueadores, de los bandidos organizados, del pillaje, de una cuadrilla de parados de larga duración que se habían convertido en bandoleros a caballo. Lo que nadie esperaba fue que aquella construcción pudiera resistir el asedio de lo que quedaba del Ejército de Tierra del país.

Las tropas de asalto tampoco es que sean mucho más eficaces que un agricultor atrincherado cuando se les termina el petróleo y parte de la munición. Sin apenas media docena de bajas, aquella ecoaldea fortificada había hecho retroceder a un batallón de soldados regulares postcenitales en una batalla de dos días en la que quedó probado que la humanidad había vuelto a la Edad Media en muchos aspectos.

Así que los aldeanos vivían tranquilos, ahora. Tenían escopetas, un par de vigías, su propio suministro de agua potable, víveres y aquellos muros. Un Ford Escort con matrícula de Castellón no los asustaba.

Y menos si se detenía juguetonamente frente a los portones y salía una pareja joven de su interior.

Zapatos. Llevaban zapatos. Destral apenas había visto calzado en varias estaciones, pero aquellos dos llevaban

zapatos. Ella salió del asiento del conductor, vestida como una joven universitaria de las de antes de que las universidades dejaran de existir. Él, poco más o menos de su misma edad, salió del asiento del acompañante para decir a voz en grito:

—¡Ah del Castillo!

A lo que ella respondió doblándose de la risa. La carcajada se le contagió a él, para mayor asombro de las gentes de la ecoaldea.

—¡No seas tonto! —le dijo ella llevándose las manos al vientre para calmarse, pero apenas podía hablar—. ¿Tú crees que ésa es manera de presentarse?

—Joder, nena, siempre he querido decir eso.

Tras las murallas no se reía nadie.

Ni un chascarrillo, ni una sonrisa. Nada.

Destral bufó y cogió el fusil de Saig'o. En apenas un par de segundos, le quitó el seguro, lo amartilló, apuntó sobre la cosa más tonta de aquella escena y disparó sin titubear ni un instante.

El espejo retrovisor reflejó el puntero láser y luego saltó hecho pedazos.

—¡Hey! ¡Eh! —dijo el muchacho, abriendo los brazos en un gesto de protesta. Como si los espejos retrovisores tuvieran algún sentido en un mundo sin tráfico.

—¡No disparen, por favor, no disparen! —exclamó ella, al tiempo que alzaba las manos en alto; ni que aquello

fuera un atraco—. ¡Somos buena gente! ¡Venimos en son de paz!

—¡Y, de no ser así, ya estaríais muertos los dos! —respondió Destral, a voz en grito.

Y luego le tendió el arma a Saig'o para volverse a Marko después y decirle:

—Abre los portones, anda, que voy a bajar a hablar con ellos.

—¿Y qué les vas a contarrr? —le preguntó Marko, repudiando la idea con su acento alemán y un gesto de enfado.

Destral se encogió de hombros, puso la cara de la curiosidad que mató al gato. Luego adoptó un tono cordial y conciliador.

—No sé. No lo sé. De momento, vamos a ver qué se han creído esos dos payasos y de qué clase de agujero han salido. ¿Hace?

Fe

www.cenital.net, 2008

Cuando un sueldo son mil euros, una hipoteca son mil euros, una tele gigante son mil euros y una tonelada de arroz son mil euros te das cuenta de que el sistema ha fracasado.

Hay cosas que no tendrían que ponerse al mismo nivel tan alegremente, digan lo que digan las leyes de la oferta y la demanda; diga lo que diga la libertad del mercado, diga lo que diga su mano invisible, ésa que todo lo arregla salvo las nacionalizaciones de los grandes bancos norteamericanos. La misma mano invisible que te ha vaciado los bolsillos.

Este mes han quebrado varias corporaciones titánicamente grandes y ahora el gobierno del Tío Sam va a intervenirlas y a nacionalizarlas para que no quiebren. Si eso no evidencia de una vez por todas y para siempre que la economía neoliberal es peor que el timo de la estampita, yo no sé qué es lo que os queréis creer.

¿Queréis creer en el capitalismo? ¿Queréis creer, pongamos, en el paradigma de la igualdad entre los ciudadanos? ¿Son iguales ante la ley dos fulanos que no

pueden pagarse el mismo bufete de abogados? ¿Son iguales ante el mercado laboral dos trabajadores que provienen de sistemas educativos diametralmente opuestos? ¿Son iguales ante el doctor los enfermos independientemente del Centro de Salud del que provengan? ¿Si todos tenemos las mismas oportunidades, cómo es que los hijos de los ricos siguen siendo ricos? ¿Cómo es que todos los ciudadanos sueñan con llegar lejos en esta vida si luego lo cierto es que la fama y el poder son inalcanzables para la práctica totalidad de las personas de este mundo? ¿Cabe entonces hablar del sueño americano? ¿Tiene algún sentido hablar de igualdad de oportunidades cuando el dinero domina nuestras vidas y el dinero se hereda? ¿Puedes soñar con salir de la miseria mientras los bancos te cobran intereses por tus deudas y les pagan réditos a tus jefes por sus depósitos? ¿Estás tú remunerando a tu banco y alimentando a un empresario? ¿Y cómo has hecho para meterte en semejante estafa?

Estamos montados en una bala y vamos directos al infierno. Tenemos el peor y el único sistema económico posible, solemos decirnos. Como si hubiéramos probado cientos de ellos.

Esta mierda del capitalismo nos tiene más absortos que una novia puta. Su funcionamiento es muy simple,

consiste en crearte deseos absurdos e inalcanzables para que tú te desesperes tratando de satisfacerlos.

La alternativa a todo eso a corto plazo es la economía de subsistencia. Plantas patatas en invierno, las defiendes de las plagas en primavera, las riegas en verano, las recoges en otoño.

Es así de simple.

Haz como nosotros, apuesta por la simplicidad voluntaria.

Hemos creado un sistema para el crecimiento que depende de que construyamos más y más tiendas para vender más y más cosas hechas en más y más fábricas de China, alimentadas por más y más carbón que causaría más y más cambio climático pero harían ganar a China más y más dólares de manera que los Estados Unidos tendrían más y más dinero para construir más y más tiendas y vender más y más cosas que emplearían a más y más chinos…

Salgámonos hoy de los límites normales del análisis de nuestra crisis económica y hagámonos una pregunta radical: ¿qué sucedería si la crisis de 2008 representa algo mucho más fundamental que una profunda recesión? ¿Qué pasaría si nos está diciendo que todo el modelo de crecimiento que hemos creado en los últimos cincuenta años es simplemente insostenible económicamente y ecológicamente y que 2008 fue el año

en el que topamos con una pared, *cuando tanto el mercado como la Madre Naturaleza dijeron basta*?

THOMAS FRIEDMAN

08-03-2009

Picoteros

Ecoaldea, *2014*

Marko y Gor0 se afanaron a tirar con brío del cable de acero que recorría el polipasto del portón principal; para algo eran los grandullones de la aldea y los habituales a la hora de tales menesteres. Sincronizaron sus esfuerzos con gruñidos y leves movimientos de cuello y cabeza. A cada tirón que daban, la monstruosa guillotina se alzaba un poco más. Tonelada y media de blindaje que levantar en cada ocasión; muy de tanto en tanto, por fortuna.

Marko solía ocuparse de la forja y de la cantera, por lo que se había habituado a golpear cosas todo el santo día. Gor0 tiraba del arado durante la mayor parte de las mañanas en las que era más necesario como burro de carga que en calidad de sastre. Juntos hacían un trabajo físico formidable, si se terciaba la ocasión.

La gigantesca plancha de acero y cemento fue ascendiendo palmo a palmo hasta que el cable del polipasto llegó a la mitad de su recorrido, para dar lugar a una apertura de un metro de alto por la que, al otro lado de la muralla de la aldea, se asomaban a ras de suelo las ruedas de la ranchera de aquella pareja de recién llegados.

Una jauría de gatos escuálidos aprovechó la ocasión

para escapar de la ciudad sin despedirse. Se derramaron como un ramal de lodo de color indefinido, dejando tras de sí un ingente rastro de pisadas y una importante lección acerca de la libertad.

Destral indicó con una señal de conformidad que ya era suficiente. Gor0 soltó el cable y Marko lo trabó con un mosquetón tras emplearlo para voltear el polipasto y protestar en alemán. Gor0 asintió con aprobación y el trabajo quedó terminado. La puerta levadiza estaba ahora oficialmente entreabierta. Apenas un metro bastaba.

Fue dejar de moverse la enorme puerta y una nueva avanzadilla de gatos, mucho menos numerosa, se envalentonó y desertó de la ecoaldea.

Y, tras ellos, Destral. Se echó el sombrero panamá a la nuca, se puso en cuclillas y gateó sobre el barro hasta atravesar la compuerta. Las herramientas de su cinturón (navaja, hoz, shofar, tijeras plegables, formón, lente de aumento, tajadera, radioteléfono) pendieron precariamente y rastrillaron el suelo por un momento fugaz. Las rastas de sus cabellos hicieron otro tanto, sólo que sin tintinear.

Un cuantioso grupo de aldeanos, reunidos en un aparatoso semicírculo a su alrededor, lo observó mientras cruzaba el umbral. Otro grupo mucho más numeroso y siniestro se hacinaba en los andamios de la muralla, dominando la escena desde arriba como becarios, sin apartar la vista de las miras de sus armas y los punteros

láser.

Media aldea estaba alerta, tampoco es que se les pudiera reprochar por ello. Al fin y al cabo, la vida en aquel lugar era de todo menos emocionante, por lo que ver al hombre fuerte del poblado atravesando la puerta principal no era fisgonear; y, que tuviera que hacerlo a cuatro patas, no era algo impropio de su cargo.

Cuando eres el jefe de un poblado asolado por la miseria, el agostamiento fluvial, los piojos y la destrucción no necesitas recalcar tu dignidad en cada puesta en escena ni hacerle concesiones a tu autoestima cada vez que te toca arrastrarte por el suelo o mostrarle al mundo tu rostro lleno de barro, tus manos llenas de callos, tus labios resecos y tu sonrisa mellada.

Si algo tenía Destral en común con la mayoría de los líderes tribales de la yerma sociedad postcenital, era aquella demoledora humildad: uno no puede abrirse paso a través de la ignominia y desayunarse un bol de grillos con miel para luego ir paseando ínfulas de grandeza ante su pueblo.

Sobre todo, cuando *su pueblo* es, básicamente, *sus amigos*.

Los aldeanos habían dejado atrás toda una civilización agónica para seguir a Destral. Ahora que todos sus familiares habían muerto, la tribu hacía las veces de familia. El honor y el orgullo se mostraban al sobrevivir.

Desafortunadamente, al otro lado del muro, había un par de jóvenes que no lo entendían así.

En rigor, no entendían nada de nada.

Para ellos era todo un oprobio lo de reptar sobre el fango para recibir a las visitas.

A los inversores.

—¿Esto...? —preguntó la muchacha, visiblemente consternada e incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos y señalaban sus dos dedos índices—. ¿Esto es Cenital?

Destral se incorporó frente a ellos y les mostró la dureza de su semblante y una mirada fría y condescendiente al tiempo que se ponía el sombrero con garbo.

—Los asentamientos tenían nombres cuando podías recorrerlos —les respondió, sonriendo con desdén—. Ahora que apenas quedan en pie docena y media de poblaciones sedentarias en toda la península, algunos creemos que ponerles nombres está de sobra.

—¿Eso quiere decir que hemos llegado? ¿Estamos en Cenital? —preguntó él, tan pasmado como indiferente al discurso inaugural de Destral.

—Cenital, sí. Aunque nosotros lo llamamos simplemente el pueblo o la ecoaldea. Cenital era el nombre que le puse a la cooperativa agraria cuando la inscribí en registro tras comprar estas tierras, hará unos cinco inviernos. Desde entonces la especie humana se ha convertido en fauna protegida... Aunque si juzgamos por

vuestro aspecto nadie lo diría.

—Entonces tú debes de ser Destral —dijo ella, mostrando una sonrisa limpia y bien blanqueada que dejó muy claro que todavía empleaba dentífrico industrial.

Destral la miró tender la mano y se cruzó de brazos.

—Mi nombre no importa. Tú y yo no nos conocemos. Tenemos bien poco que tratar, a no ser que vayas a explicarme de qué clase de túnel del tiempo os habéis escapado tú y tu amigo.

—Oh, nosotros es que hemos pasado los últimos años a cubierto, en un refugio que construí especialmente para sobrevivir al colapso. Hemos esperado a agotar nuestros suministros para salir *y* lo primero que hemos hecho nada más arrancar este viejo trasto de ranchera ha sido venir a buscaros —le respondió la chica, sonriendo de nuevo.

—Vale. Yo que creía que lo había visto todo —contestó Destral, resollando—, y ahora resulta que todavía quedan imbéciles vivos en el planeta.

Dicho lo cual les dio la espalda y se volvió hacia el portón de la muralla, dispuesto a regresar a sus quehaceres en la ecoaldea.

—¡No, espera! ¡Espera! —estalló ella, poniendo sus manos sobre los hombros de Destral. Pero Destral no se dio la vuelta, sólo se detuvo y aguardó.

—¡No puedes dejarnos aquí! —continuó diciendo ella —. No puedes hacernos eso.

—Chica, no vuelvas a decirme qué es lo que puedo hacer y lo que no.

—Tenemos dinero —dijo él—. Onzas de oro de veinticuatro quilates. ¿Quieres verlo?

Destral se volvió con las cejas muy arqueadas. Un rumor sordo se desplegó por lo alto de la muralla cuando algunos aldeanos esbozaron una sonrisa. Se escuchó hasta una breve carcajada, después se hizo un silencio tenso.

Muy tenso. Destral se volvió hacia el muchacho.

—Oro. Me ofreces oro.

—De novecientas noventa y nueve milésimas —respondió el joven, hablando con aplomo—. Dólares norteamericanos, soberanos británicos y krugerrands sudafricanos. Moneda de inversión.

—Queremos compraros una participación, formar parte de vuestro proyecto —añadió ella, remachando el discurso con otra de sus sonrisas comerciales—. A eso hemos venido.

—¿Y dónde estabais vosotros mientras mi gente defendía las murallas de las hordas hambrientas? ¿Dónde, mientras arábamos la tierra empleando azadones y picos? ¿Dónde, mientras yo me desgañitaba en arengas por toda Internet tratando de captar capital humano para mi causa? ¿Estabais retozando en un refugio nuclear?

—Pero...

—¡El tiempo en el que reclutábamos voluntarios ya

pasó, idiotas! —siguió diciendo Destral, cada vez más enfadado y visiblemente dispuesto a zanjar aquello—. ¡Ahora tengo casi cien bocas que piden comida y apenas unas pocas hectáreas de regadío fértil que ofrecerles! ¡Llevamos tres años sin obtener excedentes agrarios de ningún tipo, estamos forzando la entomofagia y la dieta al máximo y ya se nos han muerto de hambre varias aves de corral! ¡No hay sitio para vosotros en nuestra aldea! ¡Apenas hay para los que somos ahora!

—Trabajaremos —contestó la muchacha, lanzándole a su compañero una mirada que pretendía encontrar su aprobación—, plantaremos nuestros patatales lejos de los muros de la aldea, aquí donde estoy pisando ahora mismo si es preciso. No hemos venido a vivir de las rentas, estamos dispuestos a esforzarnos, y así lo haremos.

—¡Eso por descontado, maldita sea! ¡Aquí todo el mundo se deja la piel dieciséis horas al día y siete días a la semana! —bramó Agro desgarrándose la voz desde lo alto del muro. Gor0 remachó el desplante lanzando un escupitajo que aterrizó sobre la luna del coche. Iriña les arrojó un gato. No sirvió de mucho, más allá del consabido marramao encabronado y el simultáneo aterrizaje entre felino y forzoso.

—Pues nosotros dos también lo haremos —dijo la joven mirando al tendido y señalándose el pecho con el pulgar y a su compañero con la otra mano; ahora ya no

sonreía—. Trabajaremos como el que más. Tenéis nuestra palabra.

—Lo que pasa —le contestó Destral, negando con la cabeza— es que vosotros no sabríais ni por dónde empezar. Apuesto a que no traéis con vosotros ninguna habilidad que pueda sernos útil. La última gente que consiguió cruzar esa puerta introdujo en nuestro grupo oficios y artesanías que nos han ayudado mucho —añadió barriendo la cima del muro con la vista—. Vosotros, sin embargo, traéis oro y nada más. En nuestro poblado sois tan pobres que sólo tenéis dinero.

—También tenemos esto —dijo él sacando una ballesta de pistolete y apuntando con ella a Destral.

Básicamente, el arma era una pistola sobre la que se montaba un arco horizontal pequeño, pero capaz de disparar saetas de ochenta libras. Proyectiles con un alcance y capacidad de penetración que harían palidecer a muchas armas de fuego.

—*Mad Max* fue sólo una película, mandril —le dijo Saig'o desde su atalaya en la cúspide del muro al tiempo que le ponía sobre el tórax el puntero láser de su fusil.

El resto de los aldeanos hizo otro tanto. En unos pocos segundos, un enjambre de puntos de luz se posó sobre el cuerpo del recién llegado.

—Chico, baja ese juguete —zanjó Destral, en un tono de hastío que no dejaba entrever ni un ápice de miedo—.

No me encañones con eso, anda. Tengo ahí arriba docena y media de personas apuntándote con armas que ya han matado a varios hombres mejores que tú en lo que va de temporada. Mi gente ha hecho retroceder a soldados profesionales y contigo no tiene ni para empezar. Además, amenazarme no creo que te lleve muy lejos si lo que realmente pretendes es unirte a los míos.

—¡Deja eso, Raúl! —explotó ella, azorada—. Por favor, no le hagas caso a mi amigo. Hemos estado encerrados en una casa de campo durante demasiados meses sin más compañía que una emisora de onda corta que no transmite bien y un perro que murió al poco de empezar el conflicto. No sabemos cómo hay que gestionar esto. Sabemos que sois nuestra única oportunidad y estamos dispuestos a cualquier cosa con tal de que nos hagáis un sitio.

Raúl. Un ojo marrón, el otro azul. Raúl bajó la ballesta.

—Los picoleros[1] que compraban latas de atún en aceite, armas primitivas, *gadgets* solares y onzas de oro fueron pasto del hambre como todos los demás, llegado el momento —dijo Destral sin quitarle la vista de encima al joven—. No sirve de mucho estar bien informado si luego os cuesta horrores aprender autosuficiencia y permacultura.

—Ya no nos quedan más latas de atún, pero tenemos

el maletero repleto de comida, fármacos, productos químicos y utensilios de todo tipo —respondió el maromo, dispuesto a comerciar por su vida hasta el final—. ¿Os interesan dos enormes sacos de arroz vaporizado? ¿Sesos de cerdo en conserva? ¿Miel de cultivo ecológico? ¿Complementos dietéticos? ¿Jabón de coco? ¿La emisora de banda ciudadana de la ranchera? ¿Nitrosulfato amónico? ¿Tintura de iodina? ¿Carne de buey? ¿Vinagre de...?

—¿Tenéis prrreserrrvativos, chico? —preguntó a lo lejos el vozarrón teutón de Marko, sin cortarse.

Marko es que no perdonaba una.

El joven puso cara de póquer y asintió. Luego dejó caer la ballesta e hizo un parsimonioso gesto de abundancia al juntar varias veces los dedos de ambas manos. Corrió el telón de su cara y plantó ante el público una espectacular sonrisa cabrona.

Se hizo un instante de silencio que terminó rompiéndose cuando la monstruosa puerta de acero que bloqueaba el muro se levanto palmo y medio.

Marko lo tenía claro.

El polipasto también.

Destral miró a la muralla de la ciudad y sonrió mientras el portalón levadizo se estiraba de par en par.

Acto seguido, suspiró profundamente al comprobar que nadie en toda la multitud presente parecía oponerse a aquello. Se quitó el sombrero, negando con la cabeza, y

finalmente les dijo:

—Muy bien, Raúl. Sed bienvenidos al tercer mundo, donde follar como conejos parece ser mucho más importante que llenar la panza.

¿Cuándo podemos afirmar que un área determinada está sobrepoblada?

Cuando su población no puede mantenerse sin agotar rápidamente los recursos no renovables a su alcance.

Según esa definición, el planeta entero y prácticamente todos y cada uno de sus países ya están severamente sobrepoblados.

PAUL R. EHRLICH

Simsim

Historia de la ecoaldea, 2009 — 2013

Éste es Simsim. Simsim, saluda.

Simsim. Veinticinco años. Antes conocido como Ahmed Ibn Mansur. Sonrisa más grande que la boca, boca más pequeña que el corazón. Corazón más grande que las manos, aunque no lo parezca. Su cuerpo es un amasijo de fibra morena a medio vestir y en constante agitación, su trabajo es un apaño de excelente factura, pero que siempre está a medio terminar. Porque Simsim es un proyecto. Simsim es el constructor de Cenital.

Hace las veces de albañil y de pocero. Se ocupa de obrar, nada más y nada menos; de las compostadoras que convierten la basura en abono, de las estructuras que acequian el agua. La agricultura es agua y basura, Simsim. «Simsim», en árabe, quiere decir sésamo, la planta de la vitalidad, la que puede cultivarse en el desierto. Simsim es un muchacho modesto y humilde, no se atreve a decirle a Agro cómo tendría que tratar la tierra, aunque lo cierto es que, algunas veces, quizás debería.

Porque Simsim era temporero, antes del Hundimiento. Hacía los mejores papeles de jornalero que podían contratarse, sin papeles. Simsim vivía entre

barracones de PVC y pisos patera. Comía cosechas pasadas y ahorraba para que le robaran. No enviaba dinero a casa porque no tenía casa, en Marruecos: Simsim creció en un barrio de chabolas de Agadir. Su familia nunca tuvo ni teléfono ni buzón ni cuentas corrientes ni agua potable ni integrantes fijos. Cuando Simsim decidió cruzar el estrecho comprendió enseguida que su familia a partir de aquel momento iba a ser poco más que un proyecto. Como él.

Aprendió castellano y horticultura al mismo nivel, y en dos temporadas.

Hacer chabolas ya sabía. Correr también. Esas eran cosas que se aprendían deprisa en el barrio en el que creció Simsim. Así que cuando los bancos se quedaron sin dinero, las tiendas se quedaron sin comida, los campos se quedaron sin plantas, las calles se llenaron de hombres sin planes y empezó a desmoronarse todo alrededor de Simsim, Simsim hizo lo primero que sabía hacer: correr. Corrió y corrió hasta llegar a Cenital. Y entonces hizo lo segundo que sabía hacer: adobe.

Simsim levantó un *slum*. Una choza de barro, paja y cartón; en tarde y media. Se suponía que sólo iba a quedarse a ayudar a la gente de la ecoaldea con la temporada. Agro lo fichó como recolector y le dijo claro que tendría que marcharse en cuanto llegara el invierno. Así que Simsim hizo lo mismo que los demás, poner un techo sobre su

cabeza... Sólo que él lo hizo mejor que nadie en vez de hacerlo en precario. Y luego cavó un pozo y una letrina que compostaba mejor que las máquinas para compostar de Agro. Y se puso a trazar y a nivelar canales de barro cocido por toda la huerta hasta enrasar una pequeña acequia. Y Destral empezó a babear con el proyecto de Simsim y a hablar de bioconstrucción cada vez que señalaba a su choza. Un día Iriña, Agro, Saig'o y Gor0 le dieron a Simsim un papel.

Simsim, el hombre sin papeles, ahora tenía un papel. Nunca antes había tenido un papel que no fuera rojo, de diez euros, como los billetes arrugados de sus jornales.

No supo qué hacer ni qué decir en castellano. Simsim no sabía de papeles, no sabía leer. Simsim no era más que un proyecto de persona, para Simsim.

Destral le explicó que en Cenital habían decidido contar con él. Que querían que formara parte de la ecoaldea. Que aquel papel era una acción que le convertía en miembro y copropietario de aquella comunidad de bienes, en parte de una cooperativa agraria, lo mismo que los demás. Que, aunque no supiera leer, ahora ya no era un «sin papeles» con techo. Ahora era Simsim, parte importante de un proyecto colectivo.

Así que aquella noche Simsim dejó de ser un proyecto para convertirse en una parte de otro. En una parte de una familia.

Supo que tenía amigos pocas semanas después, cuando Destral lo sentó frente a la radio multibanda. Las emisoras de todo el mundo estaban siendo silenciadas, por todas las frecuencias internacionales. Desde Cenital ya sólo se oía una. Una en la que vociferaba y maldecía en árabe un hombre desesperado durante doce horas al día. Las demás cadenas de radio habían enmudecido a medida que la humanidad hecha estampida era engullida por el precipicio de la industrialización, bramando y en manada.

—¿Entiendes lo que dicen, Simsim? —le preguntó Destral.

Simsim asintió. Hacía tiempo que no escuchaba a nadie hablar en dialecto argelino, así que se le escaparon muchas palabras, pero se ve que algunas cosas nunca se olvidan del todo. Y que el árabe es árabe.

—Entiendo parte pequeña.

—¿Y qué dicen?

—Yo no quiero que tú sepas, Destral. Mejor que no sepas.

—Tienes que contármelo.

—¿Recuerdas cuando esposa de M1guel murió en noche de disparos...?

—Sí.

—¿Tú recuerdas cuando soldados vinieron con armas y esposa de M1guel cayó al suelo y Sapote fue a curar pero entonces vio agujero grande en cabeza de esposa de

M1guel?

—Sí.

—Pues lo que dice hombre en radio es agujero en cabeza. Y Simsim es como Sapote. Simsim cuida. Simsim quiere que tú no preocupes y que cierres ojos y que no sepas que hay agujero grande en cabeza de mundo. Y que dejes mundo seguir adelante. Mejor no saber. Mejor mundo dormir. Dormir. Vamos a dormir.

Destral se miró los pies descalzos y dejó caer sus párpados al suelo. Apagó la radio y sostuvo los ojos marrones de Simsim con firmeza.

—Es muy noche. Simsim quiere ir a dormir. Destral también dormir.

—¿Tú no quieres volver a tu mundo, a tu casa, Simsim? —le preguntó, señalando su ordenador portátil con el dedo—. Nosotros te queremos aquí y hemos aprendido mucho contigo, pero en Internet hay gente que dice que en tu país la gente podría estar viviendo mejor que aquí. Que no puede haber tanta crisis, en Marruecos.

—Allí crisis. Siempre.

—¿Y tu familia, Simsim?

—Aquí.

Pregunte a cualquiera que recuerde la crisis de los años 80... En 1980, el problema era la distribución; el petróleo estaba allí, pero no se podía adquirir en la gasolinera de la esquina. En 2008, el petróleo no estará allí. El hecho de darse cuenta de que los cambios serán permanentes puede ser tan devastador como la escasez en sí misma.

KENNETH S. DEFFEYES

2003

Mesiánico

www.cenital.net, 2008

Imagina cómo sería tu vida si pudieras bajarte de ella.

Imagina que tu lucha diaria se redujera a obtener comida, porque tal vez eso sea mucho mejor que lo que te espera en la calle cada vez que sales de casa.

Algunas veces te levantas de la cama y ya no sabes por qué estás luchando. ¿Estás luchando día a día para que retrocedan tus alergias y tu riesgo de cáncer? ¿Pagas un carísimo seguro médico con el dinero que te dan por dejarte la salud trabajando? ¿Haces más horas que el reloj para pagar la tele de plasma y así no puedes ver la tele de plasma porque haces más horas que el reloj? ¿Trabajas para pagar el coche que te compraste para ir a trabajar? ¿Estás luchando por los tuyos cada vez que los metes en un asilo o en una guardería, pagas para que a tus seres queridos los cuiden los demás mientras tú ganas dinero cuidando de otros demás, a los que no soportas? ¿Pierdes el tiempo con los amigos o pierdes a los amigos con el tiempo? ¿Conseguirás con tu trabajo que tus hijos vivan en un mundo mejor que el que tus padres te dejaron a ti? ¿Quién crees que pagará

tu pensión y tu asilo cuando te jubiles? ¿Es que no puedes ver el final del túnel, no te das cuenta de que tu civilización está perdiendo la partida?

¿Sabías que el exceso de demanda hará que pronto nos quedemos sin reservas de helio, de galio, de selenio, de mercurio, de hafnio, de oro, de cobre y de zinc? ¿Que a España apenas le queda costa virgen? ¿Que muchos de los cítricos que consumes apenas contienen vitamina C desde que pierden el verde en cámaras de maduración en vez de en los árboles? ¿Que nos resulta imposible fabricar un aerogenerador con la energía que produce un aerogenerador? ¿Realmente crees que tus nietos podrán tener un coche? ¿Tener una casa? ¿Y tener hijos? ¿Tu bisabuelo estaría orgulloso de ti? ¿Y tu abuelo, crees que se revolvería en su tumba si viera la vida que llevas?

Si eres nacido antes de los ochenta, probablemente tu familia posea el nicho en el que están enterrados tus abuelos o bisabuelos. Quizás ese sepulcro del que hablo esté escriturado a tu nombre, una tumba en propiedad, de las de toda la vida y toda la muerte. Trata ahora de comprar otro agujero como ése para tu cuerpo y verás que el espacio en el cementerio municipal de tu ciudad ya no está en venta, sino en estricto alquiler. Eso es porque, a diferencia de lo que pasa con los cadáveres de tus padres, con el tuyo ya se ha programado hasta la

fecha de desahucio, en el cementerio.

Todavía no has perdido la vida, pero ya tienes trazada tu vida útil como elemento integrante de las cosas. Si el sistema sigue avanzando, pronto tendrás implantado en la muñeca un chip con tu DNI y tu VISA. Por lo que, si todo este cachondeo de la civilización postindustrial no se colapsa antes, pronto dejarás de ser un hombre libre para convertirte en un saco de patatas. Alguien te tatuará en la oreja algo parecido a un código de barras y a ti te parecerá un gran avance cada vez que una cámara te lo escanee, para tu comodidad.

Tal vez ha llegado la hora de que empieces a cuidar de tu propio patatal antes de que pases a formar parte del patatal de otro. Tal vez sea que tú no consumes productos bancarios, sino que son ellos los que te están consumiendo a ti. Tal vez la tele te esté mirando por las noches, tal vez el banco debería pagarte y no cobrarte por mangonear con el fruto de tu trabajo y de tu sacrificio. Tal vez haya que darle la vuelta a muchas cosas y tú seas la primera de todas. Quizás los heroinómanos de tu ciudad puedan explicarte lo que significa ser libre, o puede que el presidente tenga que venir a explicarte cuánto vale un café, porque los bancos que te hipotecaron están llamando a tu puerta para mendigar tu dinero, ahora que son tan pobres que ya no pueden ni pagarse la quiebra sin la ayuda del Estado.

Eso sí, muchos continúan declarando beneficios astronómicos, año tras año.

Darle la vuelta a las cosas es el signo de los tiempos, así que, si piensas que el sistema te ha fallado, tal vez tengas que fallarle ahora tú a él.

Yo puedo ayudarte en eso. Tengo que ofrecer dos mil metros cuadrados de tierra fértil por familia y buena protección, y organización. A cambio lo único que te pido es que pases a formar parte de una comunidad que sólo te pedirá que la protejas como ella quiere protegerte a ti. Únete a mi grupo, ven a vivir a una ecoaldea autosuficiente, escarpada, salvaje. Envíalo todo al infierno antes de que todo el infierno caiga sobre ti.

Con nosotros te espera una vida muy dura, sí, pero una vida real. Sin alienaciones ni desinformaciones ni propagandas ni mercadotecnias ni más "massturbación" mental. Una vida en la que sólo tendrás que medirte con la realidad y no con los tipos de interés, el balance tu tarjeta de crédito o el índice de desempleo de tu ciudad. Ganarás el pan con el sudor de tu frente. Y te sabrá mejor que nunca. Te sabrá a pan, apuesto a que llevas años sin probar el sabor del pan.

Escríbeme un e-mail. Pon la mano en el arado, empuja y no mires atrás.

Fogatas

Ecoaldea, *2014*

La noche se derrumbaba sobre las chozas y a su paso se despertaban las lámparas de aceite, las teas y los fanales. Se retiraban las moscas, se desplegaban las polillas. Las estrellas chisporroteaban en el cielo y los ojos de los gatos hacían chiribitas en cada callejón, en cada esquina, a cual más trémula. Atrás quedaban los días de los mil euros, los dos mil vatios, las tres mil calorías; la época en que las farolas y las luces de los bares lograban que se hiciera el día a sus pies. Los tiempos en que los satélites geoestacionarios veían la tierra alfombrada de puntos brillantes.

Cenital ardía en mil luceros moribundos cada vez que el sol le daba la espalda, su noche era tan diferente que parecía venir de otro mundo. Todo tenía un nuevo rostro, un nuevo gesto, en aquella era que se abría camino campo a través, siempre gateando cuesta arriba y sin quitarse jamás los pañales cagados.

Antes del Hundimiento, solía decirse que los pueblos africanos no concedían el mismo valor al tiempo que los europeos. Occidente era todo agitación, su tiempo era dinero, sus ansias de ganarlo eran puro nervio, su nervio era

un motor. Los europeos hacían safaris en los que pretendían ver todo el continente en sólo dos semanas. Y, claro, se sorprendían sobremanera de ver la actitud ante la vida y especialmente ante el tiempo que tenían los africanos, tan calmados.

Se mostraban ellos más relajados enseñando su país a los turistas que los propios turistas, que se supone que venían de la otra parte del mundo para calmarse ante los guías que trabajaban para ellos, enseñándoles África.

Los africanos no se afanaban ni se agobiaban por las responsabilidades que les exigían, no tenían prisas por nada. África no se les iba a escapar. Vivían esperando a los ciclos naturales que los sustentaban y nada más.

En Cenital, el ritmo del día era el ritmo del sol. Se trabajaba la tierra de sol a sol y, por las noches, se prendían fogatas.

Fogatas para trabajar.

Junto al río, alrededor de las lumbres que se desplegaban a un costado del cauce, se seguía trabajando. Tras la cena y antes del descanso, era el turno de los oficios. Y los oficios se ejercían sin calma pero sin prisa.

Nyharla era la reina del desguace. Desmontaba trastos precenitales y sacaba cosas útiles de ellos. Había trabajado durante años en un centro de reciclaje y ahora seguía haciéndolo. Convertía muebles, máquinas y materiales ahora inservibles en componentes más sencillos que sí se

podían aprovechar. Lo que no le servía para nada, lo arrojaba al muladar.

Le había sacado el alternador al Porsche Cayenne de M1guel y ahora miraba alucinada como Iriña, que hacía las veces de electricista en la ecoaldea, conectaba el artilugio a la rueda de una bicicleta suspendida sobre su caballete. Así el alternador del coche se hacía girar pedaleando, de modo que pudiera cargar la batería a la que estaba conectado. Un generador de dinamo, con buen rendimiento.

Sobre el cuadro de la bicicleta, pedaleaba furiosamente Gor0, el hombre buey. Cientos de julios de músculo a plena descarga. Con suerte, la batería estaría llena antes de la hora de ir a dormir y así Destral tendría energía en su choza para darle a la emisora de onda corta o al ordenador. O tal vez emplearan toda aquella energía para encender algunas bombillas de leds que alumbraran las callejas de Cenital durante unas pocas horas sin tener que quemar ni cera ni aceite ni bagazo.

Marko afilaba una guadaña con esmero. A escasos metros de él, Simsim revisaba las compostadoras. Crestas molía soja verde al tiempo que controlaba las infusiones. A lo lejos, Braqui tallaba algo en madera. Más allá, los gatos cazaban mariposas nocturnas y grillos.

Ogre hacía puré empleando los escarabajos de la harina que había capturado aquella mañana. Entre su granja de insectos y sus panales de miel, se había convertido en la

competencia de Agro. Era lo más parecido al ganadero de una comunidad vegana: producía una ingente cantidad de alimento muy nutritivo con poca energía, poco esfuerzo, escasa materia prima y poca especialización. Sin embargo, estaba lejos de ser el ciudadano más respetado del lugar. Injusta e impopular profesión postcenital, la explotación de la entomofagia. Todo el mundo come bichos, pero nadie lo hace a gusto.

Teo leía la Biblia, mientras se preguntaba silenciosamente por qué ahora que la aldea tenía dos nuevos vecinos, éstos tampoco eran creyentes. Teo era el maestro de la escuela y el canguro del pueblo. Hacía las veces de autoridad moral y hablaba de Dios durante las heladas. Tampoco es que fuera un hombre popular por allí... Para Teo, Cenital era como el infierno: un sitio terrible donde casi todos parecían estar enfadados con Dios. Junto al portón de la entrada podía leerse, escrita con tiza y con la letra de Teo, una cita de la arribada al infierno de Dante en la *Divina Comedia*: «Abandonad toda esperanza los que aquí entréis». Al lado, alguien había escrito «Tochovista es mi pastor, nada me falta».

En lo alto de la muralla, a escasos metros del portón principal, caminaba Saig'o, empleando los movimientos de un gato al acecho. Patrullaba el perímetro de seguridad con mucho celo y esmero. De tanto en tanto se detenía y oteaba el horizonte con sus gafas de infrarrojos. Velaba por la

seguridad de la ecoaldea, algo muy importante, pero tampoco era visto como el héroe que era, a su manera.

Agro sí era un héroe. Era el chamán, el druida, la fuente de la sabiduría primordial, un enlace místico que los conectaba con la tierra que los sustentaba. Agro sabía cuándo había que sembrar y cuándo había que recolectar. Conocía cada plaga. Decía cuándo debía comerse una cosecha fresca, cuándo se había estropeado y cuándo había que conservarla, sabía lo que tenían que hacer todos los aldeanos antes de que se levantaran. Ahora que acababa de terminar la rutinaria revisión de su repertorio de semillas, se disponía a encender el enorme porro de rigor. Se tiraba días enteros llenándose la boca de decir que no había suelo fértil para todo, pero luego lo cierto era que siempre encontraba un rincón donde plantar cáñamo.

Encendió el cigarro de marihuana y entró en un trance espiritual. Dejó de contestar a los demás, encendió su iPod y se puso en los oídos música de Bob Marley.

Atónitos, observaban la escena desde el otro lado del fuego los dos recién llegados. Las conversaciones los atravesaban como si no estuvieran. Nadie tenía interés en preguntarles nada en absoluto, nadie había tomado asiento junto a ellos hasta que el cuerpo de tonel de Sapote apareció de entre las sombras.

—Vosotros dos... ¿Qué habéis estado comiendo todos estos años? —les preguntó al sentarse.

—Nada tan rico como la crema de berenjenas que hemos cenado hoy —le respondió la muchacha con su mejor sonrisa—. ¿Por?

—Porque apuesto a que estáis enfermos... ¡Hic! Las dietas de supervivencia son una mierda. Casi todos los picoleros que han pasado por mi consulta tenían alguna avitaminosis, como poco.

—Tú debes de ser el médico del pueblo... Hola. Yo me llamo Raúl. Ésta es mi novia, Verónica.

Verónica hizo lo que mejor sabía hacer: puso una sonrisa de anuncio y le dio un par de besos. Craso error, porque Sapote olía a oveja.

—Encantado. Yo soy Sapote, pero no soy médico. El Hundimiento me pilló con dos asignaturas pendientes para licenciarme en medicina y...

—¿Sapote? ¿Te llamas Sapote? —interrumpió Raúl.

—¡Hic! Todos nos llamamos por nuestros apodos aquí.

—¿Y a ti te gusta que te digan sapote? —le preguntó Verónica, arqueando las cejas como si trataran de tomarle el pelo.

—El nombre me lo puse yo mismo, era mi nick. Es por el tipazo de batracio que tengo y porque padezco de *sungultus* persistente. Hipo crónico. Tengo ataques recurrentes de hipo desde hace seis años. Comprenderás que me la traiga al fresco que... ¡hic!...la gente me llame

sapote. ¿Qué otro apodo podría tener un tipo como yo?

—¿Y qué tiene de malo tu auténtico nombre? —preguntó Raúl—. No entiendo por qué en este sitio se emplea tanto mote que...

—Destral dijo desde el principio que nada de nombres de pila —le interrumpió Sapote—. Dijo que teníamos que romper con todo eso y que era mejor que, junto con nuestras nuevas vidas y nuestras nuevas dedicaciones, adoptáramos nuevas señas de identidad. Nadie suele cuestionar mucho las órdenes de Destral en este sitio, salvo cuando se trata de follar. Y eso es algo que haremos alegremente esta misma noche, gracias a vosotros y a vuestra enorme caja de preservativos.

Y les guiñó un ojo. Luego hipó dos veces. Un gato le pasó por encima y se acomodó en su regazo.

La gente del pueblo comenzó a recogerse, a retirarse a sus madrigueras para fornicar y luego dormir y luego fornicar antes de que se secaran los preservativos. Agro se comió un par de setas alucinógenas, se tumbó boca arriba y se puso a delirar escandalosamente.

Raúl movió la cabeza a un lado y a otro, sin apartar sus ojos heterocrómicos del fuego. Aquel panorama lo invitaba a recapitular, a reanudar la conversación con Sapote. Y lo mismo le sucedía a Verónica.

—En los estatutos que colgasteis en vuestra página web ponía que las decisiones se tomarían por asamblea —

dijo Verónica, hablando despacio mientras rebuscaba en su memoria—. ¿Por qué ahora las órdenes las da Destral?

—Destral no da órdenes, da ideas. Si Destral pudiera darnos órdenes en firme ahora mismo estaríais los dos al otro lado del bosque, bien lejos de... ¡hic!...nuestras murallas. Destral no es un tipo autoritario, es más bien un líder, un portavoz. En el fondo, detesta tener todas las responsabilidades que le aporta el haber montado todo esto. La popularidad no tiene mucho valor cuando la sociedad la componen cien personas, no más.

—¿Y cómo es que Destral no trabaja lo mismo que los demás? —preguntó Raúl, describiendo un arco con la mano en derredor, en un gesto con el que pretendía apuntar al bullicio que les envolvía.

—Destral es nuestro cazador y recolector. El único de nosotros que cruza las murallas. Sale cuando... ¡hic!...le parece de la aldea y vuelve poco después trayéndonos conejos, pájaros, ratas, bayas, leña, olivas... A veces, si hay suerte, hasta consigue cazar una cabra montesa. Crestas la prepara y la deja sobre el horno solar durante un día entero. Cuando el sol se pone hacemos una gran fiesta y nos la comemos. Con sus huesos hacemos gelatina y con sus astas, hic, unas trompetas shofar. Todo el mundo tiene que llevar siempre encima su cuerno shofar en Cenital. Tendremos que conseguiros uno a vosotros, supongo.

—Pues para poder dar caza a una cabra hace falta

bastante habilidad —dijo Raúl, meditabundo.

—Hic. Hic. Destral ya cazaba antes del Hundimiento. Sabe moverse campo a través, sin dejar rastros ni ahuyentar a los animales. Y como hay poca montería en el carrascal y las pinadas que nos envuelven, ya está bien así. Con un único cazador nos basta.

—Entonces... ¿ha ido de caza él solo?

—Suele hacerlo en cuanto se escucha una lechuza, o un moch... ¡hic!...uelo. Coge unas gafas de infrarrojos y un arco olímpico que tiene en su choza y se larga sin despedirse. Supongo que le va todo ese rollo, que ésa es su parcelita de soledad, independencia y rebeldía, visto que carece completamente de vida sexual y afectiva. Y, como hoy vamos a follar escandalosamente, tal vez haya preferido dejarnos estar y dedicarse al monte. Tú piensa que a él le parece inadmisible que nuestra población siga y siga creciendo.

—Eso tampoco lo entiendo —dijo Raúl—. Si sois tanta gente, ¿por qué no labrar más tierras? ¡Hay suelo para todos!

—Sí, pero no hay agua. No en las... ¡hic!...estaciones secas. No desde que la desertización avanza —les dijo Sapote barriendo con la mirada al cielo sobre su cabeza— un poco más cada año. Eso y que esto era poco más que una parcela de secano que Simsim ha convertido en un enorme regadío a base de desplegar toda la red de pozos y acequias

que habéis visto junto a las montañas. Si las lluvias no nos acompañan, vamos a tener problemas con nuestra población... A no ser que consigamos semillas de trigo. Dice Agro que, con tan poca agua, sólo podemos emplear trigo como base de nuestra dieta; y parece que no tenemos semillas que sembrar.

Verónica y Raúl cruzaron una mirada intensa. Al final, habló ella.

—Si os conseguimos esas semillas, ¿podremos quedarnos con vosotros?

Saig'o

Muros de la ecoaldea, 2014. Madrid, 2012.

Ése es Saig'o, el soldado de Cenital.

Saig'o no es un tipo muy agradable. No saluda a nadie ni a nada que no sea una bandera. En todo el poblado no había una bandera hasta que Agro puso la enseña diagonal verdinegra del anarcoprimitivismo a ondear en lo alto del pararrayos de la casa de paja de Destral. Así que ahora Saig'o saluda a ese trozo de tela antes de cada ronda, de cada patrulla y de cada amanecer. Cosas de militares.

Saig'o, madrileño, Santiago Beltrán Casal, se había pasado sus días antes del Hundimiento haciendo instrucción, marchas, maniobras, desfiles, operaciones tácticas, misiones humanitarias... Entró en el ejército a los dieciocho años, en combate a los veintiuno, en reserva a los veintidós.

Y, al final, fue el final. Lo hicieron sargento. Lo hicieron desaparecer. A casa a ver la tele y todos contentos. Dijeron que estaba quemado, punto y final.

Tras el final, vino el cénit. Dos años de gloria económica con todo cristo gastando y desbarrando como si el mundo fuera a acabarse después. Y así fue. Llegaron los años de la crisis, rematados por un par de apagones largos

en Madrid, y luego varias estaciones de servicio se quedaron sin carburante. La gente empezó a ponerse nerviosa, hubo cuatro jaleos y el Saig'o reservista fue llamado a filas. Le devolvieron su uniforme pero no le dieron ninguna información. Ni a él ni a ninguno de los otros que fueron convocando silenciosamente y sin ofrecer muchas explicaciones.

Un día apareció en la cantina un teniente diciendo que apenas quedaban combustibles en la reserva estratégica de Defensa y que eso era señal de que algo muy malo sucedía. Para entonces ya escaseaba la comida en varias tiendas, pero los medios únicamente hablaban de un escandaloso caso de dopaje en el mundo del fútbol y del romance entre una presentadora de televisión de fuste escaso y un torero escaso de fuste.

La cosa en el acuartelamiento empezó a ser preocupante cuando tanta tropa movilizada permaneció inmóvil una semana mientras el caos campaba poco a poco por toda la ciudad, la información confusa y contradictoria comenzaba a circular por Internet y el teniente se subía a una mesa para decirle a la compañía que al otro extremo del casco urbano se había iniciado algo de una catálisis a escala industrial para obtener gasolina a partir de carbón, y que eso era lo que estaba haciendo que el aire apestara, que lloviera ceniza y que enormes columnas de humo negro se adueñaran del cielo cada dos por tres. Nadie entendía nada.

Y nadie supo qué se hizo del teniente, porque desapareció de aquel sitio.

Lo mismo que muchos otros mandos.

Entonces, vino uno realmente importante y les explicó que se avecinaban días de extraños disturbios a los que tendrían que enfrentarse convertidos en infantería ligera. Nada de vehículos o armas pesadas, había un severo problema de desabastecimiento. La crisis galopaba hacia los efectivos de Defensa: el suministro de carburantes básicos andaba bajo mínimos, y sin perspectivas de mejorar.

Acto seguido, la telefonía móvil empezó a funcionar mal. Internet se vació de gente. La televisión comenzó a poner comedias de risas enlatadas a la hora de los informativos. Y Saig'o recibió un telefonazo. El último de su vida.

Su familia.

Tenía hambre. Y miedo. Y mil preguntas.

Lo mismo que las familias del resto de los efectivos de aquel acuartelamiento.

Todas hablaban de algo que pasaba en Sol.

Pero, para todo aquel regimiento, afuera no había ningún enemigo, ninguna amenaza exterior conocida. Nadie a quien atacar. No había órdenes que obedecer, ni parecía que hubiera un mando estratégico operando. La cosa no se podía resolver ni echándose a la calle ni invadiendo otro

país árabe.

La cosa era una implosión societal.

Nadie les había instruido para enfrentarse a eso. Tampoco estaban preparados para entenderlo bien, pero empezaron a hacerse alguna idea al respecto.

Lo cierto era que no estaba claro qué podía hacer el ejército ante lo que acontecía. ¿Mandar a sus casas a las gentes que deambulaban furiosas y desesperadas por cada callejón? ¿Tratar de detener los saqueos y los destrozos? ¿Imponer la ley marcial? ¿Cerrar los accesos a la ciudad cuando llevaban varios días colapsados por una caravana que ya no fluía y en la que nadie sabía a ciencia cierta qué estaba pasando?

Y lo más importante de todo... ¿Vas a obedecer a un sargento cuando el conflicto consiste en que tu hijo no encuentra para comer?

¿O prefieres hacerte al monte?

Una mañana amaneció y el acuartelamiento estaba vacío. Saig'o se había pasado la noche viendo a sus hombres hacer el petate y salir vestidos de civiles en plena noche. Ni una palabra en todo el barracón. Apenas algún último cigarrillo, de tanto en tanto un gesto de despedida y otro soldado menos.

El goteo duró horas. No hubo estridencias ni amenazas ni órdenes. Sólo gente cagada en los gallumbos que partía hacia la nada, en plena noche.

Como ladrones, desertaron. Toda la tropa. Se habría dicho que el ejército acababa de presentar un ere por quiebra técnica.

Fuera, en la calle, se oían ecos de tiroteos distantes. Dentro del acuartelamiento, no había instrucciones. Faltaban mandos, guardias, retenes, fusiles... Ni luz eléctrica ni señal en los televisores o tono de llamada en las líneas de teléfono. Soldados insistiendo en que otros cuarteles habían iniciado operaciones o continuaban aguardando órdenes con toda normalidad, y nadie trató de detener o retener a nadie. Casi todos fueron marchando, sin mostrar mucho interés hacia quienes optaron por no abandonar el barco. Saig'o, de hecho, fue de los últimos en salir de su barracón.

No estaba seguro de sus intenciones. No sabía si de veras pensaba desertar cuando hizo el petate y salió al patio con él. Abandonar a su compañía no le parecía una opción. O eso se dijo. Únicamente se disponía a acariciar la idea, por un instante, pero cuando se asomó a ella fue como mirar al fondo de un precipicio.

Encontró la puerta del acuartelamiento abierta de par en par, las garitas que la flanqueaban abandonadas. El extrarradio que envolvía aquel complejo lo recibió sin farolas ni tráfico. La A—5 no estaba obstruida, no en aquel tramo. Estaba vacía, desierta, un gigantesco buque fantasma a la deriva.

A un lado de la carretera muerta aguardaba inexorable el *skyline* de un Madrid agonizante, ensartado por varias columnas de humo negro, jaleado por sirenas de todo tipo, alumbrado por fogonazos e incendios que petaban anaranjados, pulsátiles. Al otro lado, Alcorcón, embreado en una oscuridad en la que se majaban a hostias el hambre y las ganas de comer.

Saig'o caminó hasta las calles llenas de gritos. Lo hizo uniformado y armado. A pie. Hasta llegar a su casa y reunirse con su familia.

Allí sí le aguardaban instrucciones.

Dos meses después de aquello, se convertía en capitán de la milicia de Cenital.

Destral y los suyos lo premiaron con una especie de kalashnikov con mira láser al que no siempre le funcionaba la mira láser; y con marchas, maniobras, rondas, patrullas, tiroteos, asedios... Entró en la aldea a los veintitrés, en combate a los veintitrés, en combate hasta los veintiocho.

El Hundimiento no consiguió cambiar tanto su vida como la de los demás. El negocio de la guerra parece bastante inmutable, ya sea en el siglo quince, en el veintiuno o en *los felices años dos mil* de antes del Hundimiento.

Saig'o había reparado en todo eso y ahora quería tomarse un descanso.

Lo necesitaba.

Por lo que abandonó el shofar en su puesto de vigía y terminó de patrullar las murallas de la ecoaldea. Se fue a pasar la noche con su esposa. Se quitó el chaleco antibalas y se puso un condón.

Por eso nadie en toda la aldea pudo ver la fina columna de humo que se levantaba, sutil, en algún punto tras las montañas que guardaban la espalda de Cenital.

Al otro lado de ellas, cuatro jinetes desnudos desmontaban de sus caballos para improvisar un campamento. Sus pieles, uncidas con un bálsamo reluciente de color gris, reflejaban la luz de las estrellas mientras recogían leña. Prendieron la lumbre. Comieron carne cruda. Y luego, pusieron agua a hervir.

Mucha agua a hervir. Porque iban a necesitar mucho vapor. Mucho aire caliente, si querían arrasar y saquear la aldea pronto.

Acorralados

www.cenital.net, 2008

España ha forjado una generación de universitarios que se jodieron los mejores años de sus vidas aprendiendo mucho porque les dijeron que la formación académica iba a ser su mejor apuesta de futuro. Luego empezaron a trabajar en unas condiciones infames porque les dijeron que todo era empezar. Acto seguido se hipotecaron para toda la vida porque les dijeron que eso sí era invertir de cara al futuro. Y, ahora que su futuro se va al garete, muchos se preguntarán qué se ha hecho de sus sueños, de su juventud y de su futuro.

Cuando las cosas se pongan realmente mal, muchos querrán que les expliquen por qué sus casas, sus sueldos y sus títulos ya no valen absolutamente nada. En Grecia, con todas esas revueltas ya está pasando precisamente eso, en España pronto será peor. Mucho peor.

Como dicen en mi barrio, nunca jodas con el que no tiene nada, porque no hay peor enemigo que aquel que ya nada puede perder. En este diciembre del 2008, el diez por ciento de los sin techo de Madrid y Barcelona son titulados universitarios, licenciados en miseria

aplicada por la universidad del libre mercado. Y eso es sólo el principio.

Porque se aproximan oleadas inmensas de despidos y embargos, pronto empezarán a perder sus empleos y sus casas los mileuristas. Después de la terrible deflación, la inflación se disparará. Se hundirán la bolsa y la moneda. Y entonces veréis lo que puede llegar a hacer cuando se encabrone la generación mejor formada y más expoliada de toda la historia de Europa.

Una generación que vive en un país en el que se suicidan diez personas al día, según el Instituto Nacional de Estadística. Cuatro de esos suicidas son menores de veinticinco años. Me pregunto cuántos jóvenes podrían comenzar a autodestruirse tras llevarse a otros por delante.

Hablo de gente que sabe muchas cosas y que ha demostrado que puede aprender mucho y bien. Hablo del daño que puede hacer tu vecino al estallar cuando se sienta acorralado en todos los sentidos. Hablo de ese chavalote de León que ya lleva tiempo pensando en vaciar un saco de cianuro en la tolva de la depuradora de aguas potables de su ciudad. Hablo de esa chica de Tarragona que hace una semana estuvo a punto de lanzarle una bombona de butano al Audi de su jefe, cuando esperaba al ralenti, bajo su balcón. Hablo del informático de Donosti que va a colgar en Internet siete

bases de datos contables cuyo contenido al divulgarse hará que todos sus ex compañeros de trabajo pierdan sus empleos. Hablo de ese encofrador de Logroño que tiene una ballesta de pesca submarina en casa y que sabe que si la dispara fuera del agua el arponazo podría perforarle el cráneo al interventor de su banco por mucho que el vidrio tras el que se parapeta se haya diseñado para rechazar el fuego de un fusil de asalto. Hablo de ese ingeniero de Alicante que trató de huir de la precariedad laboral convirtiéndose en un transportista autónomo y ahora carga en su camión varias toneladas de hormigón de su propiedad que ya nadie le quiere comprar, y que sabe que, con la inercia que alcanza su vehículo cuando circula con el remolque lleno hasta las trancas y a ciento veinte por hora, no habrá muro que consiga detenerlo si embiste algo como el reactor nuclear de Vandellós.

Hablo de terroristas formados en una sala de estar, de la venganza del ciudadano expoliado que se convierte en kamikaze, de lo peligroso que es mandar a la miseria a una generación entera de población psicotizada. Hablo de una hornada de gente que es incapaz de fraguar una revolución porque sólo ha visto en la televisión un tipo de acontecimiento supuestamente revolucionario: el atentado. El macabro e inclemente trabajo de cuatro desesperados contra todos los demás.

La guerra asimétrica.

Hablo de vidas que son peores que una condena penitenciaria.

Hablo para ti porque sé que, si estás leyendo esto, tal vez seas de los míos. Y ahora puedes ir pensando en cómo vas a cargártelo todo cuando te jodan la vida de una vez por todas y para siempre… O puedes unirte a mi grupo.

Mi nombre no importa. Soy el fundador y corresponsal de un grupo antisistema que está preparándose para decrecer de forma neoprimitivista, hacia una economía de subsistencia autosuficiente. Estamos montando una ecoaldea en forma de cooperativa agraria. Buscamos nuevos socios que quieran unirse a nuestro proyecto. Te ofrecemos la oportunidad de hacerlo porque pensamos que tal vez dentro de poco ya no te quede ninguna oportunidad en la vida.

Y porque pensamos que a ti nunca te han ofrecido la oportunidad de hacer algo verdaderamente valiente. Ya ves, siempre hay una primera vez para todo. Tic tac tic tac tic tac.

Iriña

Historia de la ecoaldea, 2009 — 2011

Ésta es Iriña. Iriña, saluda.

Iriña. Cuarenta y cinco años. Compostelana. Antes conocida como Leticia Piñeiro Cuadras. Dos enormes y prominentes pómulos. Una escoba por cabellera. Una historia triste. Tres relaciones rotas. Veinticuatro costillas salientes. Dos empleos simultáneos. Una hipoteca. Un matrimonio. Un aborto. Un divorcio. Una putada. Un año en la cola del paro. Un portátil. Una línea ADSL. Una ovariotomía. Tres relaciones fracasadas gracias a meetic.com.

Y, entonces, va y le pregunta al oráculo de Google por el futuro y Google la manda a *The Oil Drum*, como si la hubiera enviado a la mierda.

Iriña, armada con un nombre de usuario y una contraseña, penetra en la red social de los picoleros y en seguida comprende que hay un problema en su vida mucho mayor que rondar peligrosamente los cuarenta sin haber conseguido materializar proyecto vital alguno. Nadie va a darle amor 2.0, empleo o hijos a una fracasada como Iriña, aceptado queda, ahora que ya no importa. No importa si una administrativa comercial tiene o no tiene futuro en el

Santiago de la crisis. No importa si «los tíos son todos unos hijos de puta». Únicamente importa esa panda de pirados que acaba de conocer en Internet y que en vez de echar polvos pretende planificar el futuro, porque el fin de todo se avecina, el colapso de la economía, de las infraestructuras y de la sociedad está ahí, para todo el que quiera mirar más allá del balance de su tarjeta de crédito. El mundo se va a acabar, Iriña. Menos mal. Cómo mola.

Iriña se vuelve *P. O. Aware*[2] y empieza a reparar en todo el despilfarro insostenible y la grosera fragilidad que está amagando su civilización. Y cuando supera la fase de negación, todo cambia para ella.

Y así es como Iriña deja atrás los tiempos en los que todo cuanto ansiaba era pasar los fines de semana siguiendo las flechas de Ikea y haciendo cola frente a las cajas, junto al resto de los tontos del Media Markt. Hoy de esto, mañana de lo otro, ése es su nuevo trabajo. Ya no aspira a «un empleo de verdad», sino que acepta cualquier contrato mal remunerado sin hacerle ascos a nada, porque ahora todo le parece prostitución, precariedad y vacuidad. Ahora de cajera, ahora en un locutorio, ahora telefonista, ahora camarera. Ahora ya no sale nada.

En un último esfuerzo, se traga lo que le queda de orgullo y consigue malvender su piso a medio pagar. Subasta todas sus cosas en eBay, poniendo un euro coma cero en el precio de salida. Se muda con sus padres de

nuevo. Empieza a contar cuántos litros de agua realmente necesita para vivir, se hace vegana, ingresa en un grupo altermundista, cursa un par de módulos de formación profesional, rama electricidad y electrónica; se gasta sus ahorros en caros cursillos de permacultura e instalaciones de bajo voltaje, hasta que aprende todo cuanto necesita para desplegar aerogeneradores, dinamos, grupos electrógenos y paneles solares domésticos a diestro y siniestro.

Sus amigas la sientan frente a una taza de té verde sin azúcar (ya no toma otra cosa) y le dicen que es como si la hubiera captado una secta, que se ha obsesionado y que no puede dejar de lado todas sus ambiciones por culpa de una extraña catástrofe que no sabe con seguridad si va a suceder o no. Ella les explica que con el mercurio de las baterías de sus teléfonos móviles se pueden contaminar hasta siete millones de litros de agua potable. Les dice que se enfrenten de una puñetera vez a la realidad de las cosas antes de que la realidad de las cosas se enfrente a ellas.

Alguien hace, de pura desesperación, que entre en el buzón de Iriña un e-mail de su ex marido. El antivirus y el filtro de correo basura deciden participar también en el complot y la pobre Iriña no tiene otro remedio que dar la cara ante la única parte de su antigua vida que todavía le retiembla cuando se le agita, entre los ventrículos, las aurículas y la vagina. Vuelve a bailarle a Iriña un gusano en la tripa, vuelve a maquillarse y se pone una de las pocas

prendas bonitas que le quedan en el armario. Opta por lanzarle un órdago a la vida y fuerza las cosas quedando con él en el parque al que solían ir.

Se sienta a esperarlo en el banco en el que se dieron el primer beso, aquel banco más apartado y más pequeño que los demás, desde el que se domina todo el estanque al completo.

Mira el estanque. Ya no hay patos. Es un secreto a voces, pero hace tiempo que la gente dejó de alimentarlos para pasar a alimentarse de ellos. Donde antes se arremolinaban pequeños peces anaranjados, ahora hay unos enormes y espantosos siluros negros que chapotean ruidosamente cada vez que lo que queda del otoño deja caer una hoja reseca sobre la superficie del estanque. Un espeso enjambre de mosquitos revolotea sonoramente sobre el cadáver de una escuálida paloma que se pudre y apesta a pocos metros del banquito.

Iriña se pone en pie y camina hasta el cuerpo del pájaro, le arrea una patada y lo envía al agua sucia. Luego mira cómo los peces negros despiezan y despluman a la paloma.

Parecen pirañas.

Iriña se pregunta qué le harían todas esas ratas de poza al pobre pez de colores que ella misma soltó en el estanque tras el divorcio. El pez de colores que él le regaló. Se pregunta todo eso y se pregunta de dónde habrán salido los

siluros negros.

Ella no lo sabe, pero se lo imagina. Son una generación degradada de peces gato africanos, revertidos a su forma salvaje a partir de mascotas de acuario asilvestradas. El pez de colores del que ella solía cuidar con amor de madre era un *betta splendens* asiático.

Ahora ya no es un estanque de patos y carpas. Ahora es un vertedero de exóticos animales de compañía abandonados. La globalización ya ha tomado por víctimas a todos los *homo sapiens y* a buena parte de sus mascotas.

Todo es mucho más complicado y planetario de lo que parece en el ecosistema del parque. El despropósito universal se ha desbocado en los últimos años y ya es tan patente como inexorable, ante los ojos de Iriña, que están enfermos de desesperanza.

Que ya no ven más que otoño.

Así que Iriña se marcha por donde ha venido, sin apretar el paso ni sentir nostalgia. Ya no quiere volver a verle. No quiere ver nada más. Ya han caído bastantes hojas en su vida.

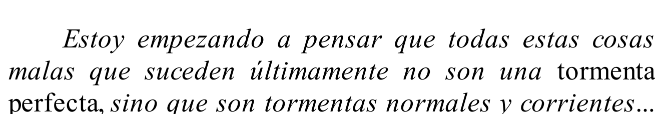
El árbol en el que escribieron sus nombres al empezar a salir ya no está junto al banco. En su lugar hay una enorme farola de trescientos vatios de la que cuelga una papelera de PVC repleta de envoltorios de plástico y folletos de propaganda.

Iras su ex marido vendrá su hermana, sus antiguas

compañeras del trabajo. Su padre. Quieren que cambie de vida, que vuelva a ser como era. Que no sea tan negativa. Todos lo intentan. Nadie lo consigue. Destral entra en escena, con una de sus arengas más encendidas, Iriña le escribe un e-mail.

Un día amanece, Iriña no. No está. No está en *este* mundo. Sobre su cama hay una breve nota de despedida para sus padres. Doce líneas, dos reproches, una promesa y cero lágrimas. En su blog hay un último post. Y dice:

Salgo a por tabaco.
Espero recolectarlo por primavera.



Estoy empezando a pensar que todas estas cosas malas que suceden últimamente no son una tormenta perfecta, *sino que son tormentas normales y corrientes... y que, en realidad, lo que pasa es que vamos todos montados en* un barco de mierda.

JON STEWART

Aerostato

Ecoaldea, *2014*

Agro, perroflauta lisérgico. Agro flipaba. Alucinaba bellotas. Soy el rey lagarto, yo parto y reparto. Pies negros, *hippie* comeflores. Tumbado sobre la hierba, los gatos cagando a su alrededor. El veneno enteogénico del hongo le hacía volar más alto que el LSD. Eso y la marihuana, combinación ganadora. Suelten amarras. Zarpamos de viaje mental, rumbo al fin de la noche.

Miraba las estrellas y soñaba despierto que volaba entre ellas. Su yo era un búho real a la caza del ratón del despertar. Iba a estar pirado hasta que saliera el sol. Vacaciones mentales. Psicotropismos de recreo.

Sobre la cabeza de Agro se desplegaron las alas de una maldición silenciosa.

Un globo aerostático henchido de vapor de agua sobrevoló lentamente Cenital, silencioso como un caco. En la barquilla había un hombre desnudo y recubierto de un extraño linimento de color gris reluciente, que le sacaba fotografías a la aldea. Un espía armado con una cámara dotada de visión por infrarrojos que se deslizaba sobre las techumbres de paja del poblado, bajo las que follaban

estrepitosamente los amigos de Agro, estrenando sus condones.

Lo mismo que un becario a los mandos de un satélite geoestacionario, el hombre metalizado enfocó y retrató cuanto quiso. Hizo avanzar *y* retroceder la lente de aumento para encuadrar los principales objetivos militares y puntos flacos de la fortificación. De su cuello pendía, asida a un sucio cordel, una enorme llave de plata. Una llave que servía para abrir las puertas del infierno y, a la vez, las de la libertad.

Pero Agro veía el globo con ojos febriles. Reía y parloteaba a su paso, fascinado por la majestuosa lona negra con la que se había confeccionado aquel enorme ingenio decimonónico.

Alguien estaba preparando una invasión en aquella noche cerrada y sin luna, pero ni Agro lo había descubierto.

Porque aquello no era Agro. Agro no era consciente de nada. Alucinaba pepinos. Y globos, alucinaba globos de aire caliente. Los gatos maullaron al globo. El globo esquivó la luz de las estrellas. Los aldeanos se corrieron. No sonó ningún shofar.

La muerte sobrevolaba lentamente la aldea mientras Destral perdía el rastro de una lechuza, Saig'o perdía fluidos corporales y Agro perdía un rato la cordura.

Al otro lado de las montañas que amurallaban el flanco sur de Cenital, tres jinetes pintados de gris oscuro afilaban

sus armas, limaban sus dientes y aguardaban instrucciones por radio. Pronto se posaría el globo aerostático al otro lado de la ecoaldea y examinarían con detenimiento la vista aérea, los mapas cenitales de Cenital. Luego, volverían por allí con un elaborado plan de invasión y medio centenar de hombres armados, desnudos y de cuerpos recubiertos con pinturas de guerra, tan grises como las suyas.

Habían venido para mirar, volverían para matar.

Ocupaos de la realidad, o la realidad se ocupará de vosotros.

MATT SAVINAR

Life after the oil crash

Pascua

www.cenital.net, 2009

Sois muchos los que me contactáis por correo electrónico para decirme que soy demasiado catastrofista. Que la sociedad no se puede colapsar de manera abrupta y explosiva. Que mi discurso apocalíptico no se sustenta en nada. Que soy un agorero y un ignorante.

Lo cierto es que colapsos societales se han gestado muchos a lo largo de la historia. Desde que el hombre es hombre, muchos pueblos han desaparecido, víctimas de su propia imprevisión; algunos entraron en decadencia hasta desaparecer, como la Groenlandia vikinga, otros en franca degradación hasta disolverse y ser asimilados, como el Imperio Maya, y a nosotros (dado que nos atrevemos a transportar los rumores, los capitales y los productos de extremo a extremo del mercado global con absoluta inmediatez) se nos ha reservado el ocaso de los campeones: el colapso súbito. La catástrofe maltusiana. Algo que, a carta cabal, ya sucedió en la Isla de Pascua hace quinientos años.

Tal vez hayas oído hablar de aquello. En torno al año 1500, en la pequeña Isla de Pascua, el rincón más

aislado del planeta, vivían diez mil personas, organizadas en torno a una sociedad tecnológicamente avanzada, especializada y bastante sofisticada. Construyeron espectaculares estatuas de piedra monolíticas, mundialmente conocidas, los moai.

En 1722, los holandeses desembarcaron por allí y encontraron los impresionantes moai… ya poco más de mil hombres primitivos que apenas eran capaces de sustentarse por sus propios medios. Toda Europa se preguntó durante mucho tiempo quiénes habían levantado los moai, porque los pascuenses que conocían jamás habrían podido hacerlo.

¿Qué los hizo volver a las cavernas? ¿Qué fue lo que hizo que su próspera y deslumbrante civilización se derrumbara hasta tal extremo?

Pues, según las últimas investigaciones arqueológicas, algo tan sencillo como que se les acabaron los recursos de forma repentina: talaron demasiado rápido y con la selva perdieron enseguida la capacidad de construir y mantener sus magníficas embarcaciones pesqueras. Sin pesca ni fruta ni lumbre ni sombra ni herramientas de madera ni aves nidificando en sus tierras, los nativos padecieron severas hambrunas y se vieron relegados a atravesar una edad oscura de involución y retroceso.

El concepto de edad oscura tampoco es ningún

delirio mío. Edades oscuras terriblemente largas las han atravesado muchas civilizaciones a lo largo de la historia. Nosotros, sin ir más lejos, ya tuvimos una era oscura en nuestra Edad Media, tras el derrumbamiento del Imperio Romano, y la tontería nos duró quinientos años de penurias. Otras civilizaciones que terminaron por sumergirse en la involución fueron el Imperio Hitita, La dinastía Tang en la antigua China, la civilización micénica y, en estos momentos, están en pleno retroceso social y cultural la práctica totalidad de los pueblos islámicos, mal que les pese.

Las edades oscuras como la que se cierne sobre Occidente suelen traer consigo el hambre, las guerras, el atraso y la despoblación. Millones de muertes, de malas migraciones, de vidas destrozadas. La ciudad de Roma tuvo millón y medio de habitantes en los tiempos de César Trajano, ocho siglos más tarde, apenas contaba quince mil habitantes. La URSS se desmoronó y su población se vio mermada en tres millones de personas. La habitual mendacidad de los medios rusos atribuye semejante debacle a los elevados índices de suicidio y alcoholismo, pero si quieres saber lo que pasó cuando se colapso uno de los mayores y más complejos imperios de la historia, pregúntale a cualquier inmigrante del otro bloque. Te hablará de lo que les hicieron a los soviéticos el frío y el hambre que trajo consigo el

desabastecimiento. Te dirá que, a día de hoy, la esperanza de vida de un ciudadano ruso es de cincuenta y seis años, algo propio de países tercermundistas o de países desarrollados en estado de guerra. Te dirá que, si las cosas no cambian, en cuarenta años el número de rusos se habrá reducido a la mitad. Te dirá que, si no fuera por los pequeños y primitivos huertos familiares, las hambrunas habrían sido mucho más inclementes con ellos. Y te dirá que torres más altas caerán. Las vuestras ya están en ello, ¿qué apostamos?

Hablando de la URSS y de torres muy altas, hablemos del Hotel Ryugyong. En 1987, el prepotente y estalinista gobierno de Corea del Norte emprendió la construcción del que iba a ser el edificio más alto del país, un rascacielos de trescientos treinta metros con forma de pirámide que pretendía ser (con permiso del Rose Rotana Suites, mal rayo lo parta) el mayor hotel del mundo. Actualmente, es un armazón vacío de ciento cinco plantas, cuya construcción quizás nunca se termine: las obras se cancelaron a principios de los noventa, con la caída de la Unión Soviética, que sumió a Corea del Norte en el más profundo colapso económico y en el más terrible de los cortes de suministro petrolífero.

Un día de repente los coreanos rojos se levantaron y no había carburantes ni forma humana de conseguirlos. Decenas de miles de tractores fueron

abandonados y dejados a oxidar en medio de los campos, muchos de los cuales ya no pudieron ser cultivados sin la maquinaria de la que dependían. Las redes de transporte del país se detuvieron: trenes, camiones, barcos; todo se paró abruptamente. Los servicios de riego, de suministro de aguas, de fertilizantes y de pesticidas… En fin, creo que eso os suena de algo. El caso es que Corea del Norte vio colapsarse su sistema nutricio y dos millones de sus ciudadanos murieron de hambre en el proceso. El diez por ciento del país feneció por inanición. El Hotel Ryugyong quedó ahí, en Potong-gang, el distrito centro de Pyonyang. Testimonio silencioso, obra faraónica, monstruo titánico, cagada monumental. Homenaje a la estulticia de los hombres antes de reventar.

Y, pese a la masacre, Corea del Norte salió de aquello, sí; pero porque los coreanos consiguieron revertir su incipiente industrialización agraria. Europa, gracias a toda su ingeniería, no podrá hacerlo. Nosotros nos hemos adentrado demasiado en la pesadilla de nuestros tiempos como para retroceder al siglo pasado sin desaparecer en el intento. Lo nuestro no es un problema de decenas de miles de tractores, lo nuestro es algo mucho peor. Estructural.

Con todo, no estoy alucinando si digo que dentro de unos años los pocos europeos vivos que queden habrán

vuelto a las huertas, o retrocedido a la era preindustrial, o algo parecido. Einstein ya nos avisó cuando dijo aquello de: "No sé cómo será la tercera guerra mundial, pero en la cuarta usarán palos y piedras" .Desafortunadamente, muy pocos han discurrido con detalle acerca de esa frase. Igual que nadie se ha parado a preguntarse si la Segunda Guerra Mundial no sería el colofón de la Gran Depresión.

Tampoco es ingenuo pensar que uno puede tomar posiciones al respecto del inminente colapso y situarse en un escenario apartado y bien abastecido en el que el ejercicio de la subsistencia pueda llevarse a cabo de forma exitosa y segura. Y de eso va lo mío.

¿Te apuntas, o prefieres seguir construyendo altísimos hoteles en nuestro Pyongyang, enormes moais como los de Ahu Akivi, de ésos que miran hacia los litorales?

Si vas a optar por lo segundo, déjame decirte una cosa: hoy día apenas hay un solo árbol en toda la Isla de Pascua. Eso sí, tenemos cuatrocientos moai por allí. Testigos mudos del momento de gloria y apogeo del pueblo rapanui, antes de agonizar. Testimonios del esplendor de toda una civilización, justo antes de su destrucción.

Tal vez los apartamentos frente a la playa con los que hemos amurallado las costas de nuestro país sean

algún día vistos con los mismos ojos tristes con los que hoy se observan los moai.

Ellos también miran al mar, desde lo alto.

Más pronto o más tarde, todos los restos de nuestra sociedad se habrán desvanecido, convertidos en ruinas que rivalizarán con las de los aztecas y mayas. Para entonces, todo aquél que haya sido incapaz de convertirse a un modo de vida sostenible y autosuficiente podría haber fenecido, dejando apenas a los que viven en comunidades independientes continuar con la historia humana. La población humana podría caer hasta tan sólo mil millones, dispersos en oasis de tierras agrícolas entre desiertos de edificios, vehículos oxidados y selvas.

PAUL THOMSON

Desatascar

Ecoaldea, *2014*

—¿Y cuánto tiempo es eso en bicicleta? —preguntó Destral, abriendo mucho los ojos.

—No sé —le respondió Raúl—, más de ciento cincuenta kilómetros. A ver... Si viniendo hacia aquí en coche vimos aquel trigal que tanto os interesa un poco antes del amanecer, digo yo que pedaleando habría que viajar durante un día entero, o casi.

—No podéis alejaros tanto —dijo Saig'o, haciendo una mueca de rechazo—. Es muy peligroso; y más si se viaja hacia el Sur. Sabemos que hay un par de grupos de bandidos nómadas moviéndose por la zona. Extorsionan salvajemente a los agricultores que aún subsisten en las fincas como la que visteis. Llevan más de tres estaciones haciéndolo, creo que hasta se preparan para asaltarnos cualquier día de éstos.

—Nosotros vimos a un grupo de seis hombres recorriendo a caballo la autopista de peaje —contestó Verónica—, pero no hubo problema para dejarlos atrás. Raúl cargó la ballesta y les disparó cuatro saetas aprovechando que yo conducía, ellos reaccionaron poniéndose a cubierto de inmediato.

—Eso es porque no están habituados a encontrar resistencia alguna y porque no tienen ni armas de fuego ni capacidad para emplear arrojadizas yendo al galope —dijo Saig'o, fascinado por cómo estaban evolucionando las cosas fuera de las murallas que solía guardar.

—Es inforrrmación muy valiosa, la tendrrremos en cuenta —añadió Marko.

—Parece que se están limitando a sangrar a los labradores —siguió diciendo Saig'o, pensativo—. Pero me temo que no podríais hacerles frente ni así. Dos de los nuestros son muy poco contra media docena de profesionales del bandidaje a caballo.

—Entonces iremos en la ranchera —respondió Raúl —. Vero y yo nos tomamos muchas molestias en prepararnos para esto. El lote de medidas incluyó varias garrafas de gasolina envasada al vacío con aditivos que garantizan su conservación. Es un mal combustible, comparado con lo que se solía emplear en los años del auge, pero ya veis que el coche funciona. Podemos ir hasta allí quemando la gasolina que nos queda. Luego ya volveremos en alguna de vuestras bicicletas y cruzando los dedos al pedalear.

Destral observaba maravillado las garrafas de gasolina de larga duración. Luego miró a los ojos de Raúl. Raúl. Un ojo marrón, el otro azul.

—Los picoleros nunca dejaréis de sorprenderme —

dijo, sonriendo.

—¿Y cómo hicisteis para mantener el coche cinco años parado y luego poderlo arrancar? —preguntó Iriña, pensando en la vida útil de las bujías y las baterías. Para algo llevaba dedicándose a la electrónica de supervivencia desde antes del Hundimiento.

—Uf. Eso es complicado... —le respondió Raúl, al tiempo que alzaba la mirada hacia arriba en el típico gesto de hacer memoria—. Primero tuvimos que vaciar el cárter, lubricar los cilindros con bisulfuro de molibdeno, drenar el depósito de combustible, entonces verter dos garrafas de aceite de motor cien por cien sintético, que ése no se degrada con los años.

Luego drenar el anticongelante, quitar todas las correas del motor, quitar las bujías y la batería. Arrancarlo supuso efectuar las operaciones a la inversa, empleando la batería de doce voltios de nuestra instalación solar y agua mineral a modo de anticongelante. Oh, y antes de colocar las bujías hicimos girar el motor varias veces y...

—Vale, vale, nos queda claro que sabes mecánica, chaval —le interrumpió Agro—. No creo que eso nos sirva de mucho por aquí, pero si al final os quedáis en nuestra aldea igual os ponemos a reparar los grupos electrógenos. Son diesel. Igual hasta funcionan con aceite de girasol.

—Oye, *¿y* dices que vinisteis atravesando la autopista de peaje? —preguntó Ogre, el apicultor.

—Sí, ¿por?

—Yo he sido el último de este sitio en ver la Autovía del Mediterráneo —les respondió, dándose aires—. Bueno, Destral y yo fuimos los últimos en verla, hace temporada y media. Y no era... transitable.

Destral tomó aire y les explicó aquello a los recién llegados:

—Nos hacían falta más tártanos de miel, así que Ogre y yo partimos en búsqueda de abejas salvajes para reforzar los panales de la ecoaldea... Siempre escolto a la gente que tiene que salir porque yo soy el que pasa más tiempo fuera de las fronteras del poblado —les aclaró, haciendo acopio de paciencia—. Total, que estuvimos caminando durante varias horas hasta llegar al tramo de la A-7 que pasa cerca de aquí. El firme de la autopista estaba agrietado, alabeado, erosionado e intervenido por flores de asfalto de metro y medio, pero lo que convertía aquello en una vía muerta no era eso, sino los coches abandonados. Las carreteras como la N-225 son ahora una sucesión de atascos fosilizados, tramos kilométricos de sus trazados se han convertido en cementerios de coches puestos en fila india. Las colisiones múltiples y los embotellamientos intermitentes han obstruido por completo la antigua red de carreteras, desde que dejó de llegar el petróleo.

—Entonces algo falla en todo eso, porque el recorrido que hicimos ayer hasta llegar a vuestro poblado

estaba bien despejado —dijo Verónica, negando con la cabeza—. Había todo tipo de vehículos abandonados a ambos lados del arcén y hasta en la mediana, pero al menos uno de los dos carriles estaba siempre despejado. Salimos de mi villa hasta aquí sin apenas detenernos y casi todo el tiempo estuvimos moviéndonos dentro del trazado de la autopista.

—Pues eso es porque alguien se ha molestado en desatascar la carretera —dijo Iriña—. ¿Para qué iba alguien a hacer algo como eso en estos tiempos que corren? ¿Y cómo?

M1guel

Historia de la ecoaldea, 2009 — 2014

Éste es M1guel. Hola, M1guel.

Vaya, no nos oye. Hazle un gesto si quieres saludarle. M1guel es sordo, ahora.

M1guel. Cuarenta y seis años. Alicantino. Antes conocido como M1guel Armengol Cuadras. Ex agente de la propiedad inmobiliaria. Alfarero de cenital. Trabaja la arcilla y el barro como nadie, ya sea haciendo adobe, ya sea modelando todo tipo de envases. Antes era el dueño de un Porsche Cayenne, ahora el amo del torno. Antes poseía un empleo de quince mil euros por comisión, ahora es propietario de dos ojos abatidos, dos manos amables y dos oídos que no ejercen. Perdió la mayor parte de la audición durante el asedio de Cenital. También perdió a su mujer y a su hija y lo que le quedaba de corazón. Sobrevive, sólo sobrevive, porque es demasiado valiente para matarse y demasiado cobarde para volver a vivir.

Con su familia y sus tímpanos perdió también al mundo. Ya no trata de relacionarse con nadie más allá de cuatro gestos de amabilidad, cuatro vasijas, dos botijos, quince ladrillos de adobe y cuatro sonrisas.

Antes no hacía nada por nadie. Era un depredador.

Amurallaba las costas, pavimentaba el mundo, hipotecaba a los «pepitos»[3]. Ahora no hace nada que no sea por alguien. Mendiga humanidad a diestro y siniestro. Lo mejor que puede pasarle es que Agro le invite a fumar porque sí, o que Iriña le aseste un abrazo mortal a cambio de sus mejores cuencos. Eso le recuerda que todavía no se ha muerto del todo.

Los primeros pobladores recuerdan cómo hizo para llegar a Cenital. Lo recuerdan bajando del Porsche Cayenne vestido con un traje carísimo y agitando un móvil de seiscientos euros.

Hacía falta mucho para que un triunfador como M1guel se acercara a un sitio como aquél, pero lo cierto es que no tuvo otro remedio.

Iba él con su cochazo peinando las montañas en busca de alguna finca bonita que marcar en el GPS. Ya había encontrado varios rincones bucólicos que le habían gustado. Su plan era construirse un chalet por aquellos parajes tan apartados, ya fuera al sur de Tarragona, al norte de Castellón o al este de Teruel. Ahora que estaba estrenando el Porsche, tocaba ir pensando en la segunda vivienda. Lo que no tenía nada claro por aquel entonces era lo que verdaderamente significaba conducir un coche como aquél.

Un coche que no es capaz de cruzar la Autovía del Este sin quemar cien litros de gasolina. Un coche de nuevo

rico, de accidente a punto de ocurrir.

Se le encendió el testigo de reserva de combustible y, poco después, se le apagó el motor, dejándolo tirado en medio de ninguna parte, en una cañada rural sin asfaltar, sin cobertura ni población cercana hacia la que poder caminar.

Lo más parecido que había visto M1guel en los últimos kilómetros era Cenital. Cenital, en pañales. Apenas una parcela rural reconvertida en huerta junto a la que habían acampado «cuatro guarros». Ese era el nombre que puso al marcador que parpadeaba en el GPS de M1guel: «cuatro guarros». Un punto a evitar, a dos kilómetros de allí. Luego estaba la pedanía de un pueblo pequeño, diez veces más lejos.

Así que M1guel echó a andar, volviendo sobre sus pasos, en dirección a la finca de los «cuatro guarros», rezando porque su móvil recobrara la cobertura antes de que le tocara pedirles ayuda, a los «cuatro guarros».

Desde el valle que caía junto al camino, lo vieron salir del coche y acercarse los «cuatro guarros». Las rastas de Destral, las trenzas de Agro, el pelo-de-escoba-que-no-recuerda-el-champú de Iriña, la cresta corta de Crestas, la calva tatuada de Gor0. Todos bromearon mientras M1guel movía su iPhone a un lado y a otro como el que mueve un contador geiger o una vara de zahorí, hasta que sus pasos cuesta abajo lo llevaron a atravesar el carrascal junto a la entrada de la aldea.

La aldea, entonces poco más que un patatal a medio amurallar sobre el que pululaban gatos de todo tipo de pelajes y tamaños.

—¿Hola? —preguntó M1guel, con más miedo que ganas.

—Adiós —contestó Agro, con más ganas que risa.

Los «cuatro guarros» estaban formando un círculo alrededor de un contenedor de hormigón con el que aspiraban a terminar la espantosa muralla que estaban construyendo para cerrar el acceso a sus tierras. Gor0, puro músculo vestido de sudor espeso, removía la mezcla con un poste de madera. Destral dejaba caer aditivos químicos sobre el cemento, Agro controlaba el agua e Iriña volcaba arena cada vez que Gor0, que controlaba la consistencia de la mezcla, se lo indicaba.

—Hola.

—Jau, rostro pálido —contestó Destral, con sarcasmo. Destral sabía que para aquel tipo eran poco más que indios.

Ninguno de los «cuatro guarros» interrumpió su tarea. Apenas lo miraban. Los únicos que prestaban atención a M1guel eran los gatos del lugar.

—Disculpad si os molesto, es que necesito ayuda. Mi coche me ha dejado tirado, no tengo cobertura, está anocheciendo y...

—Y aquí estamos incomunicados por completo —

mintió Destral, sonriendo a sus amigos.

Porque la antena de la emisora de onda corta de Destral no se veía desde la entrada a la parcela. Y no servían de mucho los teléfonos de Cenital, con aquella total falta de cobertura. Por alguna razón que nadie entendió en aquel momento, Destral engañó a M1guel.

—Nosotros no tenemos gasolina ni vehículos a motor —le dijo Agro, dejando que se acumulara mentira tras mentira y sonrisa tras sonrisa.

—Somos amish —añadió Destral, con sorna. La broma desplegó un murmullo de risas tras de sí.

—En serio —insistió—. Esto es una ecoaldea autosuficiente en la que aspiramos a vivir empleando tecnología sostenible y poco más. Lo único que podemos hacer por ti es invitarte a cenar antes de que se haga de noche y caiga sobre nosotros una rasca de diez bajo cero... Hace un frío terrible en este sitio, en cuanto se pone el sol.

—¿Estás loco, tío? ¿Vas a invitar a papear a este jena? —le preguntó Agro a Destral, llevándose el índice a la sien al tiempo que meneaba los cascabeles que había en la punta de sus trenzas.

—No, no, para nada —zanjó M1guel—. No voy a cenar aquí. Yo no deseo importunaros. Sólo trato de salir de este sitio, eso es todo. Os agradezco el detalle, pero no puedo quedarme a pasar la noche con vosotros.

—Entonces tendrás que dormir dentro de tu coche,

amigo —dijo Destral con su habitual semblante solemne y fúnebre—. Porque no creo que con esa ropa seas capaz de atravesar estas montañas sin morir de la hipotermia antes del amanecer.

Créeme, sé de lo que hablo. He caminado por cordilleras de todo tipo. Y ahora vivo aquí.

—¿En serio que no hay alguna otra manera de resolver lo mío? —insistió M1guel—. ¿No hay cobertura de aquí a Xiva de Morella?

—Pues no. Te lo aseguro —dijo Gor0, sin dejar de remover aquel poste en círculos, gruñendo del esfuerzo al hablar—. Aquí para felicitar las fiestas a nuestros familiares y amigos hacemos excursiones de varias horas. No sé qué es lo que has venido a hacer por estas tierras, pero te aseguro que estás muy aislado de la civilización.

—Yo sí sé de un sitio donde hay cobertura. Salgo de caza hacia allí esta misma madrugada, si quieres. Calculo que a las siete de la mañana coronaré lo alto de esas cimas —dijo Destral señalando la cumbre de los picos a sus espaldas, improvisando mentira tras mentira—. Si te quedas por aquí, para entonces te pido una grúa en cuanto la cobertura me dé señal. Sólo tienes que decirme tu nombre, la matrícula de tu seguro, el número de tu póliza y ya me ocupo yo de que los de asistencia en carretera te saquen de aquí... Pero tendrás que aceptar nuestra hospitalidad y quedarte a cenar con nosotros.

Una sonrisa lobuna se instaló de repente en los morros de Agro.

—Eso, siéntate a la mesa con nosotros, amigo pureta. Mesa, lo que se dice mesa, no tenemos ninguna, pero Crestas está cocinando una crema de berenjenas de puta madre para cenar.

Iriña miró a Agro y luego miró a Destral, sin entender a qué estaban jugando con aquel pobre tipo.

Y aquel pobre tipo se encogió de hombros, se aflojó la corbata y dijo:

—Yo... no sé qué decir. Mil gracias, de verdad. Esto es todo un detalle por vuestra parte —dijo M1guel, casi con su subconsciente añadiendo aquí un «guarros de mierda»—. Juego estupendamente al mus. ¿Hacen unas partidas? Euhhh... ¿Os ayudo con eso? Oye... ¿qué estáis haciendo?

—Hormigón —gruñó Gor0, del esfuerzo.

—Ah... ¿Pero esta finca es urbanizable?

—No la urbanizaríamos jamás, amigo. La estamos amurallando —respondió Destral.

Y M1guel ya no se atrevió a preguntar nada más.

Un enorme gato siamés se frotó obscenamente contra sus piernas y le soltó una minúscula meadita en sus zapatos italianos.

Se fraguó el hormigón y con él se colocaron medio

centenar de ladrillos de cemento frente al atónito recién llegado, que no sabía dónde meterse, luego se recogió la improvisada hormigonera y entonces se puso el sol. Y cuando la noche se desplomó sobre el valle la negrura se enseñoreó de todo, la oscuridad volvió a ser lo que debe ser y la luz se tornó hambrienta ante los ojos asombrados de M1guel y los ojos centelleantes de los mininos. Los «cuatro guarros» se lo llevaron al fondo de la finca, junto a su campamento. Junto al río.

En el centro del lugar, una enorme marmita de cobre reposaba sobre el fuego de leña. Un delicioso aroma a crema de berenjenas se desparramaba a su alrededor. Una corona de antorchas circundaba el lugar, dejando que la iluminación pudiera calentar y temblar a su antojo.

Casi nadie le daba conversación a M1guel. De vez en cuando, él trataba de cruzar palabras con alguno de aquellos «perroflautas» pero no se formaba conversación alguna en la que pintara nada en absoluto. Y eso que M1guel se sentía maravillado por lo pintoresco y turístico que para él resultaba todo aquel ambiente, tan primitivo, tan tradicional, tan rústico. Estaba pasando con él lo mismo que pasaba cuando Destral traía leña al poblado: la gente apenas reparaba en su existencia hasta que tocaba prenderle fuego.

Se sentaron en el suelo, sobre mantas, pieles y cojines para que no se les congelaran las nalgas. Formaron un

gigantesco corro en torno a la hoguera y Crestas, cocinera de la aldea, sirvió la crema de berenjenas en los habituales boles de madera y arcilla. Se hizo el silencio mientras todos comían, hasta que M1guel dijo:

—¡Caramba! ¡Esto no puede estar más rico! ¿Cómo puede ser la mejor crema de verduras que habré comido jamás? ¡Y os aseguro que he comido en los mejores restaurantes del país!

Destral desenvainó su lengua y ensartó el corazón de M1guel:

—Te diré. Ya pueden estar buenas las putas berenjenas. Las abonamos con nuestras propias mierdas.

Algunos se sonrieron. M1guel no supo qué hacer. Abrió la boca de par en par, mostrando groseramente lo que tenía sobre la lengua, pero no fue capaz ni de protestar ni de escupir la comida.

—Empleamos compostadoras *vivas* para obtener abonos ecológicos, como se ha hecho toda la vida —intervino Agro, hablando en tono conciliador para tranquilizar a M1guel—. La compostación convierte en fertilizantes naturales los desechos biológicos tras un largo proceso orgánico que resulta perfectamente saludable e higiénico. No tienes por qué preocuparte.

—Soy de asfalto, yo —dijo M1guel, tras tragar lentamente y mientras se preguntaba para sus adentros cómo podía haberse visto inmerso en semejante situación

—. Estas cosas me superan —añadió, sintiéndose más fuera de lugar que nunca.

Y ya no probó apenas nada durante el resto de la cena. Pero daba igual. El trabajo estaba hecho. Para cuando sacaron la fruta del postre, M1guel estaba empezando a encontrarse mal.

Muy mal.

—No sé qué me pasa de repente. Me siento raro. Todo me da vueltas. Yo...

—Gor0, sujeta al purera —dijo Destral, poniéndose en pie—, ya le están subiendo las setas.

Y Gor0 apareció enorme tras de M1guel, lo envolvió con sus enormes brazos. Agro se acercó rápidamente, moviéndose como un ratón de campo. M1guel estalló.

—¿Qué...? ¿Pero qué...? ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué es esto?

—Un jodido seminario de fin de semana para ejecutivos estresados, cabrón —escupió Agro, hablando entre dientes—. Te hemos puesto dos palmos de *amanita muscaria* en la comida. Y ahora vamos a ponerte a hablar con las plantas, para que veas lo que son.

—¡Nooooo!

—Tranquilo, confía en mí —siguió diciéndole Agro, en un tono cruel, al tiempo que trataba de mirar clínicamente bajo sus párpados para ver cómo andaban de dilatadas las pupilas de M1guel—, soy tu druida, tu chamán,

tu guía espiritual, tu hideputa amo de ceremonias. Yo te haré bien. Yo te haré un hombre nuevo. Un hombre orgánico. Un ser *vivo*.

—¿Por qué? ¡Soltadme! ¡Dejadme! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Buen intento, amigo —dijo Destral—. Ya puedes ponerte a berrear como un cerdo en el matadero, que no te va a servir de nada. Nadie va a venir a ayudarte en este sitio, así que será mejor que cooperes si no quieres empeorar las cosas. ¡Estate quieto ahora y...! ¡Oh, ayudadme a atarlo al poste! ¡Gor0! ¡Sapote!

—¡Soltadmeee!

—Estamos en ello, bastardo —le dijo Iriña, al oído, sin un ápice de ensañamiento en el tono de su voz, mientras lo ataba con firmeza al mástil del aerogenerador central de la ecoaldea—. Te vamos a *soltar* como nunca. De ésta vas a *soltarte* de una vez por todas y para siempre.

Destral se plantó frente a él, a escasos centímetros de su nariz. Le miró fijamente, con el reflejo de las llamas de la hoguera bailándole en los ojos. También había otro tipo de fuego en su mirada, pero M1guel no entendía por qué.

—¡Esto es un secuestro! ¡Retener a una persona contra su voluntad es un secuestro! —bramó M1guel, cada vez más asustado, mientras le daba vueltas la cabeza. La conciencia comenzaba a orbitarle hacia el centro de una vorágine de «mal viaje» lisérgico, de un gigantesco

malestar mental repleto de accesos de ansiedad y pánico estupefaciente. Le estaba entrando un demonio terrible entre las sienes que no cabía dentro de su cordura. El plan de Destral estaba en marcha.

—¿Así que esto es un secuestro? ¿Y qué vas a hacer tú, llamar a la policía? —le preguntó Destral, riéndose—. ¡Ni siquiera te atreverás a hacerlo cuando te soltemos y vuelvas a tus cosas! ¿Te creerán? ¿Podrás demostrarles algo de lo que les cuentes? ¡Estás en mis tierras, en mi poblado, en mis manos! ¡Deja de reclamar por tus derechos y ponte a trabajar por tu vida!

—¿Qué...? ¿Qué quieres de mí? ¡Tengo dinero en la cartera! ¡Coged mi coche...!

—¡CÁLLATE, IDIOTA!

Destral abofeteó con desdén el rostro bien afeitado de aquel individuo. Luego se apartó a esperar a que el alucinógeno que le habían suministrado le hiciera efecto del todo. Para cuando volvió a tratar con M1guel, su cerebro ya sólo tenía un pie en este mundo.

El otro volaba, volaba muy alto.

Los tambores y las flautas de los aldeanos desplegaron un manto de espiritualidad que arrulló todo el valle convirtiéndolo en un templo. Ardieron plantas aromáticas y se bebieron y fumaron todo tipo de mejunjes. Gor0 tocaba un inmenso tambor hecho con un barril de petróleo al que se había dotado de un tímpano

confeccionado con una piel que M1guel creyó ver tatuada; blandía dos baquetas de noventa centímetros terminadas en sendas bolas de brea envuelta en llamas y con ellas aporreaba su monstruoso bombo en un compás que no se sabía si era tribal o propio de una galera vikinga. Crestas y Braqui soplaban en sus flautas de madera y Crestas no lo hacía nada mal. Los gatos bramaban, aullaban, resolvían sus menesteres territoriales a zarpazos. Agro fonaba sonidos medio articulados con lo más profundo de su garganta, cantando una canción que no estaba hecha con palabras, porque aquello no podía ser idioma alguno. Iriña agitaba extraños utensilios de madera que estaban repletos de piedras, metralla y arena, los hacía sonar rascando y tintineando igual que si sacudiera maracas o cascabeles. Sapote leía textos de John Zerzan y Theodore Kaczynski a viva voz. Simsim bailaba como si el mundo se fuera a acabar al amanecer.

Y Destral permanecía en pie junto a M1guel, sin dejar de disfrutar de la celebración. Al cabo de un rato, desapareció para volver enseguida, portando una palangana y un par de frascos. Vertió mucha lejía en la palangana y luego un chorro de quitaesmalte. Se sentó a esperar a que la síntesis química se produjera. Al cabo de un rato apareció un precipitado blanco y al fondo de la palangana comenzó a depositarse el cloroformo.

Cloroformo.

Destral era, entre otras cosas, ingeniero químico.

Para cuando el bullicio comenzó a amainar y se vio relegado a un murmullo informe y quedo ya era noche cerrada. Las hogueras empezaban a despuntar en rescoldos, los gatos movieron sus párpados con pesadez y algunos aldeanos dieron signos de fatiga. Entonces, Agro comenzó a hablar.

Y lo hizo en calidad de chamán tribal, discurseando otra de las soflamas incendiarias que le habían llevado a liderar la producción agraria de aquella comunidad. Se plantó frente a los ojos consumidos de M1guel y dijo:

—Desde tiempos inmemoriales que los hombres han empleado substancias psicotrópicas para expandir sus conciencias. El uso ritual de enteógenos está documentado por todo tipo de civilizaciones a lo largo de todas las eras de la historia y la prehistoria. Casi todos los pueblos amazónicos y de los desiertos de México incorporaron la ayahuasca ceremonial en sus celebraciones chamánicas. Al norte del continente se empleaba el peyote, en África la datura de estramonio y en Europa la costumbre entre las brujas era consumir durante los aquelarres substancias como belladona, dendrobates... o la seta matamoscas que te hemos administrado con la cena. El mismo hongo psicoactivo que empleó Teresa de Jesús para autoinducirse los trances místicos.

»Pero quienes perfeccionaron sobremanera los

rituales enteogénicos fueron los navajo. Para ellos el peyote era mucho más que un alucinógeno, era un camino de liberación.

»El camino del peyote era el del desarrollo de la dignidad del individuo, de su respeto por la naturaleza y por el prójimo. Una profunda transformación del yo, un despertar de la conciencia hacia la luz del día. Un renacimiento espiritual capaz de humanizar y animalizar a la vez. Una oportunidad en la vida.

»Porque uno no vuelve a ser el mismo tras abrir las fronteras de su mente para descubrir nuevas actitudes y una nueva realidad. Tú todo esto no lo vas a querer creer ni estás preparado para entenderlo ahora; pero, con el tiempo, todo cobrará su debido sentido y te aportará la madurez de espíritu que sin saberlo nos estás mendigando.

M1guel se deshacía en un mar de gimoteos y desesperanza, en el epicentro de una crisis de pánico, accesos de angustia y depresión, sensación de incapacidad, impotencia, pérdida de todo autocontrol. Se orinó. Lloró. Cerró los ojos y...

Y siguió viendo los ojos grises de Destral a través de sus párpados. Escuchó el olor de su piel, tocó con las antenas de su conciencia el color de su voz. El suelo se hundió bajo sus pies. El mundo lo tragó y luego lo escupió de vuelta al poste en el que lo estaban torturando. Sintió que habían destruido su cerebro y que ya no iba a

recobrarlo jamás. Y, en cierto modo, así era.

Así era ahora la voz de Destral:

—Tú eres un claro exponente de todo cuanto nos ha reunido aquí, a mí y a los míos. Eres de los que transportan su coche de atasco en atasco, mil ochocientos kilos de mole que derrocha el combustible de la Tierra en calor y dióxido de carbono. Ayudas a la gente a esclavizarse en una hipoteca que jamás podrá pagar a cambio de un suelo que jamás podrá sustentarles y cuyo valor no tiene sentido alguno. Estás a los mandos de los motores de la quiebra, del generador de la deuda, eres el ejemplo material de la debacle que se avecina. La especie a extinguir. Eres un hombre fiduciario.

»Ahora, escúchame. Escúchame bien. Quiero que esto que voy a decirte quede grabado a fuego en tu memoria. Cuenta hasta diez. Eso es, obedéceme y nada malo te pasará. Cuenta hasta diez. Sigue contando, no te detengas. Necesito oír cómo puedes contar hasta diez en voz alta porque esto que viene ahora tiene que irte directo a la conciencia en un momento de actividad neuronal ordenada.

»Recuérdalo bien: se avecina un importante evento en tu mundo. La civilización a la que perteneces va a colapsarse muy pronto. Sé que eres consciente de que los tiempos de bonanza económica tocan a su fin y de que muchos piensan que eso podría ser el fin de una época. Lo que no queréis ver es que la humanidad va a contraerse y a

derrumbarse sobre sí misma en medio de una espantosa tormenta sin precedentes históricos. Pronto verás fuego en las casas, oirás disparos en las calles, sentirás el hambre en tus carnes, el miedo en la sangre y la muerte respirando en tu nuca.

»Cuando eso ocurra muchos a tu alrededor buscarán refugio, tratarán de huir, de esconderse, de volver a la Tierra, de hallar sustento y cobijo, de comerse las suelas de las botas, los papeles, las mascotas, las tapicerías. Y muy, muy pocos, podrán escapar del Hundimiento. Tú eres uno de los escogidos, uno de los míos, uno de los que sobrevivirán. Te quiero conmigo.

»Tú tendrás para entonces tu coche preparado y reservas de combustible para volver a este sitio, para venir a nosotros, para unirte a nuestra comunidad. Quiero que mañana trates de volver a tu vida y veas si tiene algún sentido lo que haces con ella tras lo que nosotros te estamos haciendo aquí. Quiero que comprendas entonces el objeto de nuestra existencia y que sepas que nuestra mano está tendida para ti, para que te salves con nosotros. Quiero volver a verte por aquí.

»Así que cuando todo se derrumbe bajo tus pies, vuelve a este sitio. Te daremos una azada y un plato de comida caliente, un pedazo de suelo al que pertenecer y una oportunidad de sobrevivir. Trae contigo a tu familia cuando haya llegado el momento. No sé si te arrepentirás, pero sí

sé que entonces seremos tu única posibilidad. Hay sitio para ti entre nosotros. Seguirás siendo necesario en Cenital cuando para el resto del mundo seas otro descarte. Tenemos que tener entre los nuestros a un hombre como tú para que les explique a las generaciones venideras qué es lo que no tienen que hacer jamás.

Entonces, Destral puso en la mandíbula inferior de M1guel un paño impregnado en cloroformo y el cerebro enardecido de M1guel se apagó como la llama de una vela a la que alguien hubiera pellizcado con dedos húmedos.

M1guel durmió hasta despertar en su coche, doce horas más tarde. El depósito estaba lleno.

Sobre el capó tomaba el sol una preciosa gata blanca. En el GPS de su teléfono móvil parpadeaba un marcador en el que, en vez de «cuatro guarros», ahora se leía una extraña palabra.

Cenital.

Viaje

Inmediaciones de la ecoaldea, 2014

La ranchera roja avanzaba con dificultad, a plena noche, con las luces del poblado reflejándose en sus espejos retrovisores. Tres bicicletas de montaña se bamboleaban en cada bache desde su enorme maletero, allí compartían espacio con sendas mochilas repletas de agua y víveres para unos pocos días, así como un par de pequeños bidones sellados al vacío en los que se agitaba una transfusión de gasolina de la que echarían mano cuando terminaran con la del depósito, tras lo cual tendrían que pedalear.

En el asiento de atrás iba Raúl, jugando con una subespecie del clásico fusil de asalto soviético, pieza de la historia solvente— pero vetusta y que nunca pasará de moda. Saig'o le había confiado el arma y munición como para volar por los aires un búnker nazi. De instrucción, le bastaron diez minutos.

En la parte delantera del Ford estaba Verónica, al volante. Y Destral, a su lado, ocupaba el asiento del copiloto. Era mejor dejar a Raúl solo en el banco de atrás, de modo que tuviera libre acceso a ambos flancos del vehículo, por si había que abrir fuego durante el trayecto.

Además, Marko, el herrero de Cenital, le había practicado a la ranchera un «monstrrruoso» boquete en el techo con la intención abrirle una tercera línea de fuego a Raúl, no fuera que le hiciera falta disparar al frente del vehículo.

Destral acomodó su equipaje junto a sus pies: apenas un macuto confeccionado con los restos de un saco de boxeo en el que se adivinaban cuatro bultos. Luego graduó su asiento, maravillado al volverse a sentir instalado en lo práctico de la sociedad industrial; no en vano hacía cinco años que no subía a un coche. Se arrellanó en el respaldo, dejando reposar sus riñones con cuidado y se colocó correctamente el reposacabezas. Cuando acabó de ponerse cómodo en su asiento, bajó un poco la ventanilla y subió el parasol.

—¡Míralo, parece un niño pequeño con unos zapatos nuevos! —rio Raúl, incapaz de sacarle la vista de encima

—No sé qué te extraña —respondió él, sin poder sacarse aquella enorme sonrisa de la boca—, en nuestro poblado están aprendiendo a hablar unos chavales que nunca habían visto un vehículo como éste en funcionamiento. Lo más parecido a un turismo que conocen es un tractor que hacemos funcionar con gasógeno un par de veces por temporada. A menudo, nos preguntan cómo eran nuestros coches cuando vivíamos en las ciudades y lo cierto es que los primeros pobladores ya ni nos acordamos de eso.

—Niños. Sí. Los vimos. Tenéis un problema de

natalidad, supongo —le dijo ella, subiendo una marcha.

—No lo sabes tú bien. Los europeos solíamos preguntarnos por qué África no era capaz de controlar su población y, ahora que lo tenemos que comprender experimentándolo en nuestras propias carnes, lo cierto es que no es tan agradable como debería.

—Y el resto de la vida en Cenital, ¿es agradable? —preguntó Raúl.

—Pues no. No lo es. Pero es que nosotros no ofrecemos un destino vacacional ni un retiro en las montañas. Nosotros ofrecemos sembrados, casas de paja, muchas moscas, toxoplasmosis en cada mierda de gato y dieta hipocalórica. Si estáis pensando en uniros a nuestro grupo para vivir felices en un romántico *resort* rural estáis patinando, porque...

—Ya va, ya va. No pararás, ¿verdad? —cortó Verónica—. ¿Tú quieres que nos vayamos, que nos busquemos la vida por otro sitio y os dejemos en paz? ¿Y dónde nos íbamos a meter si hiciéramos eso? ¿Qué otra cosa podemos hacer más que aspirar a que nos hagáis un hueco?

Destral suspiró.

Abrió la guantera frente a sus rodillas y la registró groseramente. Apartó una gamuza sintética, un juego de lámparas de recambio y cogió un paquete de chicles. Lo olfateó, lo devolvió a su sitio. Acto seguido, reparó en un paquete de Marlboro. Lo abrió, lo olfateó. Sacó un

cigarrillo.

—Lo hueles todo antes de consumirlo. Eso todavía te hace parecer más animal.

Destral se recolocó el sombrero panamá sobre las rastas y luego se puso el pitillo entre el dedo índice y el corazón. Pulsó el botón del encendedor integrado en el salpicadero del vehículo y sonrió, mostrándole al retrovisor en el que se asomaban los ojos divertidos de Raúl el agujero negro que había ahora donde antes estaba su colmillo superior derecho.

—Raúl, hijo, el sentido del olfato es crucial para la supervivencia —le dijo, valiéndose de su habitual tono discursivo—. Lo tenemos ahí para distinguir lo que se puede consumir de lo que no. Uno aprende a rescatar algo tan básico como son los olores cuando pasa a depender de ellos. Ya lo comprenderás cuando vayas espabilando.

—Ese tabaco era para negociar con él, Destral —dijo Verónica en cuanto sonó el resorte del encendedor del coche, con su lumbre lista para prender.

—Pues entonces tenemos un trato —le contestó al tiempo que se encendía el cigarrillo—. Porque yo llevo varios años echando esto en falta, qué coño. Mil gracias.

Dio un par de caladas profundas al pitillo y luego se puso a manosear el mp3 que había integrado en el salpicadero, junto a la emisora de onda corta. Sólo le hicieron falta unos breves instantes para hacerse con el

funcionamiento de los controles, cambiar de carpeta un par de veces, hacer *scroll* por la lista de ficheros y seleccionar una *playlist* de Massive Attack. Luego, el trip-hop invadió el interior del coche.

Lo dejó sonar durante media hora mientras Verónica negaba una y otra vez con la cabeza. Finalmente, cuando ya se habían alejado un largo trecho de la ecoaldea, apagó el equipo.

—Me encantaría poder escucharlo entero —les dijo —, pero supongo que no estamos de vacaciones.

—Eso mismo te iba a decir yo —añadió ella.

—Oye, manejas mejor que yo ese chisme —le dijo Raúl, aprovechando el silencio—, que me lo compré poco antes de que las cosas empezaran a ponerse mal y nunca fui capaz de encontrar las carpetas tan rápido como tú. ¿Es verdad que eras ingeniero antes del colapso?

—Ajá. En química y en informática, aunque mi verdadera pasión siempre ha sido la evolución de las civilizaciones primitivas. Ocho años de mi vida estudiando para terminar comiendo cuervos crudos sin molestarme en desparasitarlos antes.

—Decían que trabajabas para el gobierno y que lo dejaste para montar la ecoaldea en cuanto viste lo que iba a pasar.

—Fui becario, en Inteligencia. Duré poco. Vi un par de cosas. Nada del otro mundo. Nada de información

privilegiada sobre el estado de las cosas que me convenciera de que se avecinaba un colapso societal internacional. Nada que fuera más revelador que la distancia entre las leyes de la termodinámica y el comportamiento del primate medio.

—¿Cuánto hay de verdad de todo lo que decían de ti por la red? ¡Te convertiste en un tipo famoso en cuanto las cosas empezaron a ponerse mal, antes de que las conexiones dejaran de responder!

—Dejaron de responder las conexiones domésticas de las ciudades, porque muchos de los *backbones* de Internet siguen funcionando —le contestó Destral, exhalando humo al hablar—, aunque lo que queda de la red ahora apenas tiene unos pocos miles de navegantes. En el poblado tenemos una conexión VSAT que sigue operativa y un par de cuentas de acceso y correo electrónico que funcionan bastante bien, gracias a que los operadores islandeses a los que les contratamos el servicio siguen dándonos cobertura ahora que ya no podemos pagarles.

—Entonces... ¿podéis comunicaros con el exterior? —preguntó Raúl, boquiabierto.

—En rigor, sí. Lo que pasa es que en la mayor parte de la Internet de la que hablas ya no hay ni actividad ni gente ni servidores de nombre de dominio ni comercio ni noticias de ningún tipo, porque muchos de los sistemas de alojamiento de recursos *online* dejaron de funcionar con el

apagón. Siguen conectados los centros de servicio de los países que todavía tienen operativas algunas redes eléctricas y los pocos usuarios como nosotros. Casi todos los foros vivos son deprimentes a más no poder y casi todas las páginas web están plagadas de enlaces muertos. La red es otro cementerio más, en estos tiempos que nos ha tocado vivir. Lo mismo que las grandes ciudades y los Estados. Vestigios. Reliquias. Testigos fósiles. El hombre ha pasado de ser un consumidor a ser un arqueólogo, el mundo ha dejado de ser un inmenso centro comercial para convertirse en un puto desguace. Internet también. La gente pasa ahora demasiado tiempo hambrienta como para pasarlo conectada.

—Pero... ¿el apagón no fue global?

—Fue global en países como el nuestro, pero en otros quedan muchos parques eólicos operativos, buenas minas de carbón y algunas centrales nucleares que todavía tienen uranio para funcionar. Aunque eso da igual, porque con un suministro eléctrico caro, sucio, escaso y de gran coste de mantenimiento apenas se pueden mecanizar las industrias agropecuarias y las redes de transporte, que es lo que falla en casi todo el planeta. Internet no.

—Es irónico —graznó Raúl—. En Cenital no tenéis para plastificaros las pichas, pero seguro que podéis descargaros películas sin pagar.

—Lo verdaderamente irónico de todo esto es que

mientras los gobiernos se disolvían, los pueblos morían de hambre y las ciudades ardían y se vaciaban... Nosotros, los neoprimitivistas, teníamos a pleno rendimiento nuestras conexiones IP satelitales. Eso y que ahora los países mejor conectados son los que antes apenas disponían de accesos dignos a Internet. Han ido cayendo muchos enlaces por cable, pero siguen funcionando los de órbita geoestacionaria, conque los puntos de acceso a la red más aislados han terminado convirtiéndose en los últimos en caer. Hay por ahí un foro internacional, una lista de correo electrónico en la que nos hemos reunido los... *líderes tribales*.

—¿Te incomoda el tratamiento?

—Pues sí. Porque yo no *lidero* nada. Si yo fuera el líder de mi poblado igual os habríamos repelido a balazos. Yo lo único que hago es buscarme la vida como buenamente puedo. Es lo que llevo haciendo desde que salí del orfanato. Entonces ya era yo el delegado de los grupos, de ahí pasé a ser delegado de la clase en las aulas y luego fui a parar a los consejos de estudiantes universitarios. Ya ves, siempre he ido dando la cara por la gente con la que me iba juntando, eso no es muy diferente de lo que hago en la ecoaldea. Y eso no me convierte en un líder tribal como los demás.

—¿Y cómo son los demás líderes tribales?

—Despóticos. Aburridos. Adictos al control. Yo

hablo con dos de ellos casi todas las semanas. Mantenemos contacto por radio con la ecoaldea de Teruel y con la de Huesca. Las comunicaciones de verdad ya no transcurren por Internet, sino por onda corta.

—¿Y no comerciáis con ellos?

—Algunas veces los de Teruel se atreven a plantarse en nuestro poblado con un coche eléctrico e intercambiamos excedentes. Cualquier día de éstos los asaltarán en el camino y se nos acabará el chollo.

El semblante de Vero se ensombreció cuando terminaron de recorrer la cañada que conducía a Cenital y, tras atravesar las ruinas carbonizadas de una antigua población abandonada, accedieron a una carretera secundaria, rumbo a la autopista.

—Temes a los salteadores de caminos —le preguntó, visiblemente inquieta al acceder por fin al camino asfaltado —. ¿Crees que daremos con ellos de aquí a los campos de trigo?

—Creo que ellos darán con nosotros —le respondió Destral, girando el ala de su sombrero panamá para despejarse la vista y aprovechar mejor la luz de la luna *y* el fulgor amarillento del único faro del vehículo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo sé cazar. Y me he fijado en que el tramo del camino que estábamos recorriendo hace poco estaba sin asfaltar.

—¿Y qué?
—Y lleno de pisadas. De pisadas de cascos sin herrar.

Termodinámica

www.cenital.net, 2009

Sois muchos los que me contactáis por correo electrónico para preguntarme cómo puedo estar tan seguro de que va a producirse un colapso general de la economía internacional a corto plazo. No comprendéis cómo puedo saber a ciencia cierta que el sistema ya no aguantará mucho más. Decís que no puedo ir por la vida afirmando cosas tan aventuradas y que el entramado que nos rodea es de una complejidad inmensa y goza de amplias garantías a la hora de preservarse.

Ya no es que os cueste creerme , es que os cuesta ver por qué me creo yo a pies juntillas todo esto que os estoy contando.

¿Acaso os estoy hablando en chino? ¿Es que la verdad no es tan evidente como simple, en sus cimientos? ¡Si basta con echar un vistazo a la actualidad internacional!

Veamos. Hace pocas semanas quebró Islandia y, ahora, el país que mayor índice de desarrollo humano había alcanzado en el 2007 tiene una economía parecida a la de Zimbabwe. Los islandeses ya hacen acopio de alimentos.

Al otro lado del charco, junto a Wall Street, tenemos a Bernard Madoff, autor de la mayor estafa financiera de la historia de la humanidad, que acaba de evaporarles cincuenta y cinco mil millones de dólares a algunos de los cerebros más privilegiados del mundo de la economía moderna. Y todo el mundo se escandaliza porque el fraude de Madojf es un simple esquema Ponzi, una estafa piramidal. ¿Tan raro resulta encontrarse con un timo como ése en el actual panorama financiero? ¿Por qué? ¿Acaso no es otra gigantesca estafa piramidal el sistema de pensiones español o la burbuja inmobiliaria internacional?

No sé qué más puedo deciros. Si no veis las evidencias a vuestro alrededor, es que no hay más ciego que el que no quiere ver.

Y basta con ver las cosas atendiendo a sus cimientos: si la base de toda nuestra organización es la economía y la base de toda estrategia económica capitalista es el crecimiento, la ganancia, el desarrollo... ¿No estamos construyendo una torre de Babel? ¿Tiene algún sentido esto de que todos los pueblos aspiren a crear cada vez más riqueza, de forma indefinida, en un mundo finito que ya da signos inequívocos de agotamiento? ¿Por qué os cuesta tanto ver los límites de un mercado global? ¿Vais a batir vuestras alas para llegar hasta la otra orilla y salvaros, o trataréis de

volar hacia el sol, como hizo Ícaro?

Somos otra sociedad levantada sobre la premisa del permanente crecimiento, otra civilización insostenible que sólo puede funcionar permaneciendo en continua expansión; lo único que nos diferencia de los asirios o los mongoles es que nosotros, en vez de basar nuestra eterna huida hacia adelante en la anexión y conquista constante de territorios colindantes, nos proyectamos hacia el infinito gracias a la consecución y rentabilización de nuevos horizontes económicos. Hemos cambiado las hostias por el dólar, pero eso sólo puede funcionarnos por el momento.

Para los hombres como yo, lo de que toda esta fiesta se va a terminar algún día de éstos resulta tan obvio como que dos más dos son cuatro. Mi única duda es si la debacle arrancará dentro de dos meses o dentro de dos décadas. Y lo cierto es que apenas me preocupa la diferencia entre lo uno y lo otro. Porque estoy convencido de que el toro me va a pillar.

El capitalismo y su eterno desarrollo pretenden funcionar como un mecanismo de movimiento perpetuo, creen que pueden vencer a las leyes de la termodinámica. Se consideran una máquina perfecta, se definen como algo superior a los límites físicos. ¿Cómo puede tener eso tanto sentido para vosotros? ¿Acaso crecen los árboles hasta alcanzar las estrellas? ¿Acaso

vuelan las polillas hacia la luz de la luna? ¿Por qué estáis construyendo una escalera sin fin?

Algunos arqueólogos siguen buscando las ruinas de la torre de Babel. Se cree que podrían descansar en algún punto de Irak.

Sobre el petróleo.

La producción global de petróleo llegará a su cénit, la economía será devastada, se verán guerras por petróleo, todo cambiará en consecuencia y, aun así, la gente no se detendrá a hablar del cénit del petróleo: se hablará del desempleo, de los altos precios de los alimentos, se hablará de la imposibilidad de subirse a un avión comercial o de viajar más, porque toda la industria comercial aérea habrá colapsado; quedarán unas pocas compañías y los precios de los billetes de avión serán astronómicos. Se hablará de la última guerra, el último incidente terrorista, pero habrán perdido de vista el único evento causante de todos esos efectos.

RICHARD HEINBERG

2006

Sapote

Historia de la ecoaldea, *2011*

Al final reunió fuerzas y se decidió. Llamó a la radio.

La mujer de la emisora le tomó los datos y le preguntó por el motivo de su telefonazo. Le escuchó explayarse durante cinco minutos. Le calibró, le interrogó durante otros cinco minutos más. Sapote respondió a todo con la venia de su señoría.

Pese a que su señoría era una precaria.

La voz apática de la becaria le pasó a la voz enfática del locutor los datos del radioyente que llamaba para participar en el programa con la voz rota. Eran las tres de la noche de un martes, tampoco es que hubiera mucha cola de espera para participar, así que Sapote apenas tuvo que esperar otros cinco últimos minutos más para que le pusieran en antena.

Antes le hicieron escuchar la sintonía de Catalunya Radio y un anuncio en el que vendían un coche como el que le acababan de embargar. Aquello empezaba a parecerse cada vez más a lo que pasaba cuando Sapote trataba de hablar con su banco. Le ponían música. Le ponían en espera. Le ponían en evidencia. Le ponían malo. Le vendían motos.

Sapote se sentía al límite de sus fuerzas. Ya sólo quería que alguien lo escuchara. Sólo que alguien lo escuchara. Al fin. Se disponían a darle paso.

Una emisora autonómica a horas intempestivas era lo más que iba a conseguir, ahora que era un paria.

—Parece ser que tenemos una nueva llamada esta noche. Al teléfono está Higinio, de Mataró... Higinio, buenas noches.

—Buenas noches —respondió Sapote. Entonces lo llamaban Higinio; además de hijo de puta, desgraciado, bastardo, chorizo, pirata, explotador.

En pocos minutos comenzarían a llamarle Sapote. En pocos minutos, en cuanto vomitara en antena lo que le estaba carcomiendo, daría comienzo el resto de su vida.

De su vida de batracio.

—Cuéntanos, Higinio, ¿qué es eso tan terrible que te atenaza el corazón?

Dicho lo cual el oyente medio se despachaba acerca de sus amoríos, o de sus problemas de salud, o de sus conflictos familiares, laborales. Psicológicos.

Económicos.

—Debo al banco en torno a ochocientos mil euros —dijo Sapote, tras un solemne silencio, y ahogando un sollozo.

—Ajá. Créditos hipotecarios, supongo.

—No. No es una hipoteca. Es el agujero que tiene el

negocio familiar.

—Hum... Ya veo, Higinio. ¿Y crees que podrás sanear tu empresa?

—No es una empresa, es un grupo. Varias sociedades, todas afectadas. Mis tiendas van ya por su segundo o tercer expediente de regulación de empleo. Deben mucho dinero y apenas están facturando... Temo que no hay otra que cerrar, cancelar todas las empresas. Mandar al paro a una veintena de buenos trabajadores a los que adeudo varias pagas. Dejar sin cobrar a una docena de proveedores a los que debemos meses de suministros. Mandar a vivir bajo un puente a toda mi familia, que consta como avalista solidaria de los últimos préstamos que solicité para sanear el grupo...

—Eso es terrible, Higinio... ¿Has considerado la posibilidad de incorporar un nuevo socio al negocio?

—¡Pero si ni siquiera yo mismo quise ponerme al frente de este negocio, en su día! —dijo Sapote, con ambas mejillas surcadas por sendos lagrimones, pero sin que la voz le temblara un ápice—. Heredé una pequeña cadena de establecimientos, hará siete años. Por aquel entonces estaba yo a punto de licenciarme en medicina, cuando mi padre faltó y no tuve otra que ponerme a defender el sustento de mis parientes. Alguien tenía que hacerlo. De manera que me vi metido a empresario, por imperativo moral, por proximidad, por compromiso familiar. Jamás

tuve vocación o formación para emprender o liderar un negocio, pero ahora me veo responsable de formalizar la quiebra total, tras haber hecho lo indecible por sanear y viabilizar hasta la última de mis tiendas. Mañana voy a tener que cerrarlas después de una larga agonía y sin haber ganado absolutamente nada más que una deuda de por vida, en siete años de trabajo de sol a sol.

—Hum... Ya veo. Es una tragedia, Higinio. Imagino que habrás explorado todas las opciones y posibilidades a tu alcance...

—Pues no.

—¿No?

—No. Os llamo para contároslo. El caso es que me queda una última —dijo Sapote.

Y entonces Higinio croó.

Su primer hipo, en años.

Su ataque definitivo de singulto persistente. ¡Hic!

Desde aquel instante hasta el último de sus días, Sapote habría de hipar en torno a setecientas veces al día. Algo se rompió dentro de él, en aquel momento. En antena.

Se encontraba en una de sus trastiendas, frente a los libros de cuentas, frente al portátil, las facturas de clientes y proveedores, los papeles de los bancos, la emisora de radio de su iPod...

Apagó el flexo que tenía sobre la mesa. Cerró el ordenador portátil. La oscuridad le cayó encima como un

sudario. Una mano para sostener el auricular, la otra para sostener la cabeza. Los hombros para sostener el peso del mundo.

Tenía tanto que decir ahora, y ahora le fallaba la voz. Hic.

El silencio se apoderó durante unos segundos del espacio radiofónico. Sólo la respiración entrecortada por el hipo de Sapote se escuchaba, en antena. Sapote lo veía todo negro.

Y una bombilla mediática pareció encenderse entonces sobre la cabeza del locutor de la radio. Se disponía a destripar la llamada:

—Siempre hay una solución, Higinio. Siempre hay una salida.

—Sí, así es. La tengo aquí... ¡hic!...justo delante de mis narices. Ahora me doy cuenta de que siempre había estado ahí —respondió Sapote, rastrillándose la cara con los dedos de una mano al tiempo que cerraba los ojos. En la otra mano, un papel.

—Cuéntanos, explícanos cuál es esa salida a sus problemas, Higinio... Me han dicho mis colaboradores que has encontrado una fórmula que te permite saldar tus deudas con el banco sin que tengan que embargar a tus familiares. Andamos faltos de noticias como ésas, hoy en día. Y estamos ansiosos por escuchar tu solución a una crisis como la tuya, pero eso nos lo vas a tener que contar...

tras un par de anuncios.

Y pusieron media docena de cuñas. En una de ellas se anunciaba la caja que se disponía a embargarle a la madre de Sapote el piso en el que vivía, cuidando a su vez de la abuela de Sapote.

Sapote las imaginó a las dos en la calle. Bonita «obra social» para la caja. Sapote lloraba como un cerdo en el matadero. Hipaba como un sapo cantor.

Tras la cuña del banco pusieron una de Vitaldent y una de Corporación Dermoestética. En ambas ofrecían financiación a medida y facilidades de pago. Sapote sintió ganas de matar, de cagar y vomitar, de destrozar el teléfono.

Mientras tanto, a ochocientos kilómetros del establecimiento de Sapote, Destral fumaba un cigarro, con una enorme sonrisa en los labios. Agro y él habían acampado en lo alto de una pequeña montaña que se levantaba en solitario y en medio de ninguna parte.

Tumbados boca arriba, miraban a las estrellas.

El programa de radio sonaba por encima del canto de los grillos.

—Ese pardillo la va a liar parda, en antena, ahora mismo —dijo Destral.

—¿Qué? —le respondió Agro.

Eran las tres. A esas horas Agro ya estaba demasiado fumado para la radiodifusión. Y demasiado radiactivo para

esfumarse.

—Espera y verás —le dijo Destral. Y Agro se las ingenió para atender a la radio.

En la que se terminaba la música y se sucedían las cosas en catalán.

—Higinio.

—Sí.

—Nos decías que habías encontrado la fórmula para cancelar tus deudas con el banco y salvar tu medio de vida.

—Sí.

—Cuéntanos. ¿Cómo vas a hacer para sanear ese agujero de casi un millón de euros?

—Muy sencillo... ¡Hic! Los créditos que me concedió la caja conllevan cada uno un seguro de suscripción obligatoria. Una póliza que me fue impuesta a la hora de escriturar el préstamo.

—¿Ajá?

—La póliza garantiza el pago de todos los préstamos en caso de fallecimiento del administrador.

Se hizo un instante de silencio.

—¿Cómo dices?

—Digo que los papeles que me hizo firmar el banco recogen que, si yo muero ahora... ¡hic!, todos cobran. En cambio, si sigo vivo tras la quiebra, ni mi abuela ni mi señora madre ni mi señora a secas tendrán donde caerse

muertas, jamás.

—Pero...

—Pero esto no es un desatino ni una amenaza. ¡Hic! Es un hecho, como que dos menos dos son cero —zanjó Sapote, sin que le volviera a saltar la voz ni que le dejara de temblar.

Sorbió. Ahogó un sollozo.

Y un silencio asfáltico se adueñó del mar de ondas de radio. La emisora pavimentó una pista de aterrizaje entre locutor y receptor.

Pero ninguno de los dos se atrevió a cruzarla.

El presentador del programa llevaba diez años haciendo radio a las tantas. Sabía de sobra cómo tenía que responder cuando llamaba al programa un radioyente desesperado hasta el límite. No era la primera vez que despachaba con un suicida en potencia.

Pero el suicida en potencia que había tras aquella llamada estaba harto de que todos le trataran como si estuvieran conduciendo un espectáculo. Se había convertido en el espontáneo dispuesto a despelotarse en medio de los faustos sólo para arruinarle el festival al respetable. Yo no puedo tener paz, pero ése será vuestro conflicto.

Como si estuviera arruinando una boda, lo mismo que un testigo que opta por hablar ahora y no callar para siempre, Sapote se decidió a zanjar su intervención en

antena:

—Me quieren muerto y muerto me tendrán.

—Higinio, no hagas ninguna tontería, hombre. No es el final de nada que hayas escogido tú.

Pero Higinio ya estaba muy lejos.

Colgando el teléfono.

—Higinio, por favor, no pierdas la cabeza. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte en el último segundo —dijo el locutor.

Pero esa frase se quedó en los auriculares de botón del iPod de Sapote, que no en los de su teléfono. Toda la audiencia pudo oírla, menos el interlocutor principal.

El interlocutor principal acababa de colgar y empezaba a pensar en colgarse, pendulear, gravitar muy alto, a nivel geoestacionario; tenía un ataque de llanto, con espasmos e hipos. Estaba hecho un sapote de metro noventa y siete. Catarsis privada, a micrófono cerrado, mientras el locutor vomita sapos y culebras. Que no te nos mates, Higinio. Que no hagas ninguna tontería. Que mira cómo me suben las llamadas esta noche a costa de lo tuyo. Que nosotros no queremos que te mueras. Que no te vayas, Higinio. Que ni que fuéramos amigos de toda la vida y toda la muerte. Que aquí tenemos una llamada de alguien que sí tiene un remedio para lo tuyo:

—Yo tengo empleo y sustento para ti y para los tuyos, Higinio. Para la gente que trabaja en tus negocios y para

todo aquél que me escuche dispuesto a levantar una azada contra lo que te ha hecho levantar a ti el teléfono esta noche.

—Cuéntanos cómo va eso, Jesús —dijo el locutor.

—Eso va de que dos más dos son cuatro, en el mundo de los hombres, en el país en el que no se multiplican milagrosamente ni los panes ni los peces, en el sitio en donde nadie ata los perros con longanizas —dijo el fulano que acababa de telefonear al programa, con la voz de Destral y el acento de su valenciano en una emisora catalana—. Lo mío va de que la economía real sigue existiendo para quien esté dispuesto a apostar por ella y de que hay miles de fincas que necesitan agricultor. De que, lo mismo que hace dos mil años, la agricultura es agua y basura.

—Jesús, pero nuestros radioyentes quieren que concretes las condiciones de tu oferta de trabajo...

—Pues diles que me dejen un teléfono al que pueda llamar y en breve les contactaré. Y dile a Higinio que me has dado su número, para que me ocupe yo de que su aseguradora *no* le cubra las pólizas. Hazle saber que en caso de suicidio del asegurado no se hacen cargo de una puta mierda. Dile que su única opción es apostar por mí, que lo espero en el móvil que me acabas de tomar. Que he llamado esta noche porque le quiero conmigo *y* que, si no quiere que me ocupe de que su plan salga mal, más le vale

llamarme; *y* que si no lo hace mañana mismo me pongo a telefonear a todas las aseguradoras que operan en su ciudad para explicarles lo que acabo de escuchar, no sea que terminen pagando ochocientos mil euros a un fraude de seguros.

—Pero Jesús...

—Pero mierda. O conmigo o contra mí... Por no ser cálido ni frío, sino tibio, te vomito de mi boca.

Colgó.

No es que Destral tuviera por costumbre emplear citas bíblicas, es que habían fumado bastante.

Sus risotadas se enseñorearon de aquel paraje. Hicieron enmudecer a los grillos. Por un instante, Agro *y* Destral parecieron una pareja de chavales haciendo gamberradas por teléfono.

Pero al cabo de unos minutos sonó el móvil de Destral.

Y era Sapote, el médico.

Lóbrego

Inmediaciones de la ecoaldea, *2014*

Sólo los becarios que han operado un satélite espía *y* los pilotos que han sobrevolado los desiertos de África saben cómo de horrible llega a ser una oscuridad como la que envolvía el coche en el que viajaban. Sobrecoge la intensidad de la negrura natural que se despliega por las noches en ausencia total de luz eléctrica, de contaminación lumínica, en varios cientos de kilómetros a la redonda. La espesura de la oscuridad postcenital no sólo dejará huella en la historia de la humanidad, sino también en la memoria de aquéllos que lleguen a verla, porque se trata de tinieblas que no son como cuando se apagan las luces, son como cuando uno se queda ciego del todo.

Mirar fuera del coche les dolía. El asfalto europeo no se hizo para quedarse así de a oscuras. La pintura reflectante de las líneas de la carretera irrumpía escandalosa en el pavimento, hambrienta como nunca.

Circulaban tratando de optimizar el consumo de combustible. Habían calculado que podrían llegar a los trigales sin bajar del coche si no excedían los sesenta kilómetros por hora, aunque lo cierto es que las condiciones del camino ni siquiera permitían que Verónica

pusiera la cuarta marcha del vehículo.

Rodaban a una velocidad inferior a la prevista, el recorrido se iba a dilatar.

Destral se arrebujaba en el interior de la enorme gabardina de cuero negro que se había puesto sobre el chaleco antibalas. Encendía un cigarro tras otro y mantenía viva la conversación. En parte, porque no solía tratar con gente ajena a su mundo; en parte, porque tampoco había nada que hacer, ni nada bonito que mirar. Tenía los ojos cansados por culpa del contraste de la iluminación, acostumbrado como estaba a cazar a oscuras, con gafas de infrarrojos o faroles de leds de luz fría, de ésos que no ahuyentan a los animales. A sus pies se bamboleaba su macuto, un saco de lona en cuyo interior rodaban cuatro bultos.

La carretera nacional pronto iba a dar paso a la autopista, o a la Carretera del Mediterráneo. Habían decidido determinarlo sobre la marcha, en función de cómo estuviera de despejada la ruta.

Mientras tanto, rodar sobre el asfalto tras la luz mortecina de un único faro resultaba bastante más que lóbrego. Iriña les había cegado un faro y en el otro decidió cambiar la lámpara que venía de serie con el coche por una de potencia inferior; luego, había graduado la óptica para que apuntara al centro y más hacia el suelo que adelante. Aspiraban a no ser descubiertos por nadie, a atravesar aquel

camino sin que los descubrieran. Quienes pudieran rondar por aquel sitio, no tendrían nada bueno que ofrecerles.

Y sí. El camino había sido despejado. Kilómetros enteros de asfalto se habían desobstruido con esmero. Solían conducir por un carril abierto de manera artificial, viéndose permanentemente flanqueados por sendas columnas que arrinconaban los vehículos muertos de todo tipo. Camiones calcinados, motocicletas volcadas y gran cantidad de turismos. Coches abandonados a su suerte que ahora se oxidaban y pudrían en las cunetas. Los cristales agrietados, los maleteros saqueados; algunos de los motores, también. De muchos utilitarios brotaba la vegetación, enraizando en las tapicerías y alfombras del interior. En otros podían verse acomodados en los asientos todo tipo de esqueletos.

Gente que no pudo llegar adonde fuera que tratara de huir. Quizás porque no había adonde escapar, quizás porque los pueblos pequeños estaban demasiado lejos o no eran capaces de acoger a todas aquellas personas. O tal vez porque sus almas estuvieran tratando de escapar de ellas mismas, de su propia civilización moribunda. ¿A dónde irías si nadie quisiera venderte comida porque nadie pudiera obtener el combustible necesario para producirla o transportarla? ¿Dónde te metes cuando tu dinero ya no vale para nada y todo cuanto te han enseñado a hacer ya no te ayuda a sobrevivir?

Muchos murieron en sus coches, en los terribles atascos que se formaron alrededor de las grandes ciudades durante los días del desabastecimiento. Las ciudades se convirtieron en gigantescas tumbas de acero y hormigón. Las carreteras en carriles de pánico de doble sentido en las que la gente deambulaba hasta atascarse, desfallecer o enloquecer, como ratas en un laberinto.

Precisamente, las ratas eran las que dominaban el lugar después de todo aquello. Ante la luz amarilla del faro se iban cruzando todo tipo de alimañas corredoras y voladoras que atravesaban el ancho despejado del camino a toda velocidad. Algunas veces, si había que sortear algún obstáculo, el chorro de luz del faro peinaba por unos instantes la vegetación colindante o los amasijos de chatarra, descubriendo los destellos de los ojos rojos de las criaturas agazapadas por doquier, acomodadas en el nuevo ecosistema. Aquí un zorro nocturno, aquí una lechuza. Verónica veía bichos. Destral veía buena caza.

Y veía su pesadilla: el mundo devorado por la negrura. Pensaba en el satélite espía que estuvo manejando en sus tiempos mozos y en cómo habría encuadrado todo aquello el *display* de su foco. A veces llevaba su mirada al techo solar improvisado de la ranchera y buscaba entre las estrellas, preguntándose si su viejo amigo geoestacionario seguiría orbitando sin ningún becario al mando, mientras el mundo daba vueltas negras lo mismo que una peonza puesta

a bailar en un cuarto oscuro en el que ya nadie revelara las fotos.

—¿Y cómo habrán hecho para apartar todos estos vehículos? —preguntó Raúl, por segunda vez.

—La pregunta no es el cómo, es el quién —le contestó Destral—. O el para qué.

—Nosotros creíamos que era obra vuestra —le dijo Verónica.

—Claro —respondió él, en tono de mofa—, en mi ecoaldea es que desplegamos infraestructuras para que nos visiten cómodamente todos los afables supervivientes del reino. Ahora estamos por montarnos un aeropuerto justo donde tenemos los patatales. Cenital, ciudad de vacaciones.

—Entonces... ¿quién crees tú que se habrá tomado tantas molestias en abrirle paso al tráfico rodado por esta zona? —preguntó Raúl.

—Hay una única ruta comercial operativa por aquí: el tramo norte de la N—225. Está bastante despejado entre nuestro asentamiento y la ecoaldea de Teruel, así que supongo que fueron sus aldeanos los que se encargaron de abrir paso hasta nuestro poblado... Ahora bien, hacia el Sur no hay nada. Nada bueno, a carta cabal.

—Oye, ahora que hablas del Sur —dijo Verónica—, ¿lo que nos contó Sapote sobre Valencia es cierto?

—Sí... Parece que vuelve a haber actividad por allí —respondió Destral, al tiempo que apagaba el cigarrillo,

bajaba la ventanilla y se abrigaba en su enorme gabardina—. Os dirán por radio que de la huerta malviven unos pocos y que hay gente pululando por la ciudad y en las barracas. Lo que pasa es que las condiciones de vida no son... aceptables para nosotros.

Se hizo un incómodo silencio.

—El año pasado enviamos a uno de nosotros allí —siguió diciéndoles Destral, en un suspiro—. En serio, lo hicimos. Saig'o mandó a la ciudad a un chaval que solía ayudarle a defender la ecoaldea... Se ofreció voluntario, quizás para hacerse el héroe, quizás para escapar de nosotros. Le dimos comida, una escopeta y un *walkie-talkie* de onda corta para que echara un vistazo y nos informara. Jamás volvió. No sabemos qué habrá sido de él. Apenas consiguió cruzar la Huerta Norte para encontrarla rapiñada y luego se ve que alcanzó el centro ciudad para acceder al Mercado Central. Allí parecen haber tomado el control de todo varios grupos paramilitares que ni siquiera se respetan entre ellos. Extorsionan a los agricultores al tiempo que obligan a muchos a perpetuar la farsa de que el dinero, el comercio y el transporte siguen operativos y prestando servicio libremente. Pero los puestos de fruta y verdura apenas tienen género comestible y en los de carne se engarfian costillares humanos.

—¡Dios santo!

—Mientras tanto en Madrid parece que se haya

instalado en el poder una cosa que se hace llamar Comité de Gobierno, que no es otra cosa que un conglomerado de miembros de los cuerpos de seguridad del difunto Estado y profesionales de la seguridad privada y el crimen. Dicen que ellos son España, pero lo cierto es que no verás más banderas amarillas y rojas que en sus barracones.

—¡Y eso es cuanto queda del gobierno central? —dijo Raúl, escandalizado.

—Es una parodia de civilización —le contestó Destral—. Una farsa en la que lo que queda del pueblo finge no estar secuestrado y a merced de los bandidos. Y eso no es lo peor. Apenas pudimos entablar contacto por radio con el chaval un par de veces, pero eso bastó para que nos hablara de caóticos campos de detención reconvertidos en auténticas granjas de carne humana. Así que discúlpame si te digo que no me hace ninguna gracia que esta vía nos conecte con el Sur, o con el centro. Empiezo a creer que alguien de por allí ha descubierto nuestra presencia y ahora podría estar preparando una invasión.

La lucha que ahora se perfila en el horizonte es la de masas ingentes urbanas, en busca desesperada de medios de subsistencia que es dudoso que vayan a encontrar en ningún sitio. Será una lucha por la supervivencia en una selva que no tendrá árboles, una lucha por lo imposible. Y este escrito sólo es un pequeño apunte para los que primero intuyeron que esto se iba a dar, más pronto que tarde.

PEDRO A. PRIETO

El Libro de la Selva

Teo

Histeria de la ecoaldea, 2012 — 2014

Este es Teo. Hola, Teo. Con Dios, hermano.

Teo es un hombre de Dios. El Hundimiento lo sacó del seminario antes de que pudiera determinar si su vida iba a ser secular o si lo esperaba el sacerdocio al final de varios años de teología y celibato cautelar. Cuando los bancos se cansaron de ejecutar hipotecas, el Estado se declaró mil veces en quiebra y el Fondo Monetario Internacional ni se molestó en acudir al rescate, las cosas empezaron a ponerse feas. Llegaron hasta los templos los primeros síntomas de desabastecimiento general y muchos esperaban que la Iglesia se convirtiera en un refugio para los hambrientos, que las masas desesperanzadas volvieran a depositar la fe en Dios visto que el progreso se había trocado en colapso. Muchos pensaron que la Iglesia resistiría mejor que cualquier otra institución la crisis, que sus ministros estaban forjados en la austeridad y la economía de medios, mejor preparados que el primate medio para la debacle que se avecinaba.

Se equivocaron.

Llegó el hambre, trayendo entre sus piernas un enorme par de cojones enrojecidos. Llegó a la ciudad en

muy mala hora, con la determinación del que no pretende dejar testigos.

Llegó y arrambló con todo y con todos. Rugieron los estómagos de los laicos y de los clérigos por igual. Los que renunciaron a alimentarse para sustentar a los otros corrieron la misma suerte que todos, sólo que murieron un poco antes. Hubo devotos enfervorecidos que cedieron sus últimos víveres para alimentar a sus sacerdotes y hubo sacerdotes que ayunaron hasta morir para salvar a sus fieles. Nadie en Cenital sabe si alguien se ganó el cielo en el proceso, lo que sí parece evidente es que al final todos se libraron del infierno, porque no quedó, prácticamente, ni uno vivo.

Sólo los que tuvieron mejores medios a su alcance a la hora de procurarse comida salieron adelante, sin que su condición ante Dios y hombres mediara mucho. Sobrevivieron los meapilas como Teo y los quemaiglesias como Agro. Agro pudo comer porque había estado sembrando grano desde que le vio las orejas al lobo: al poco de ingresar en la Facultad de Ciencias Agrarias le hablaron de los peligros de las explotaciones intensivas, del agotamiento de los fosfatos y de los suelos y comprendió rápidamente que tenía que moverse. Teo salió adelante pasando mucha hambre y, gracias a su formidable metabolismo, fue aguantando hasta llegar a Cenital, en los huesos.

Cuando fue devorado el último perro de la perrera municipal, empezaron los tiroteos y se vaciaron las latas de conserva y las ciudades, Teo se encerró en una parroquia de las barriadas en la que se fueron amontonando los cadáveres y los moribundos hasta que a él y a su párroco comenzaron a flaquearles las piernas primero y la fe poco después. Entonces Teo recordó algo que había leído en Internet y partió en busca de Destral.

Lo buscó y, contra todo pronóstico, lo encontró. Tal vez fuera la divina providencia, nadie supo decir. Igual que nadie supo entender por qué Destral aceptó a Teo tras las murallas del poblado. Destral dijo que algún día se entendería todo. Agro le reprochó su manía de convertir la ecoaldea en un «arca de Noé». Teo dejó de llamarse Hipólito Ramos Peñafiel y adoptó el apodo que quiso. Alborotó tanto que lo pusieron a cargo del gallinero primero y del otro gallinero después: los churumbeles y su educación pasarían, con el tiempo, a ser su problema.

Teo creyó tener a su alcance la posibilidad de pastorear a una congregación de fieles en cuanto vio las condiciones de desesperanza y penuria en las que vivían aquellas almas. Se sintió como un misionero y eso le hizo pensar que se encontraba en el mejor lugar que el mundo podía haberle deparado, pero al poco de comenzar a predicar entre las gentes del poblado comprobó consternado que todos, o casi todos, parecían estar

enfadados con Dios. Con Dios, con la ciencia y con la humanidad.

Había vuelto el tiempo de las bestias. El valor en auge era la Fierra, la naturaleza, el panteísmo, lo salvaje, visto que todo lo demás se había mostrado inútil. El líder místico del poblado era Agro, el chamán, el druida. El de los milagros que sí daban de comer. El que hablaba de la vida y la muerte como ciclos, del día y la noche como fases. De las personas como otro elemento del medio. De las penurias lo mismo que de las estaciones.

Pero Teo no se rindió. No cedió a la competencia. Trabajó y trató a todos los aldeanos.

—¿Crees que no recé mis oraciones cuando estuvieron a punto de abrirme la cabeza con una señal de tráfico para quitarme dos latas de atún y un mendrugo de pan? —le preguntó Nyharla, mientras desguazaba una estantería de hierro.

—Si Dios me quierrre tanto, ¿porrr qué me hizo cruzarrr media Eurrropa comiendo carrrne humana parrra luego ponerrrme aquí a picarrr piedrrra el rrresto de mi vida? —le dijo Marko, el herrero.

—Simsim ya tiene un Dios. Se lo trajo del Magreb, igual que los dientes. El Dios de Simsim dice que Simsim puede tener muchas mujeres. ¿Por qué el Dios de Teo dice que Teo no puede tener ninguna?

—Feo, la última vez que me hablaron de Dios fue

antes de enviarme a hacer la guerra por su culpa —le dijo Saig'o.

—¿Me devolverá Dios a mi mujer, o a mi hija? —le escribió el pobre M1guel, empleando un tizón con la primera página de la Biblia de Teo.

—Dile a Eolo que se saque el dedo del culo y sople sobre mis aerogeneradores, que hoy tenemos mucho grano que moler —le pidió Iriña.

—No te pedí que te fosilizaras con nosotros para que nos convirtieras a otra religión, sino para que convirtieras a la religión en otro de nuestros fósiles —le dijo un día Destral, al verlo predicando en balde sobre el tejado de un chamizo mientras los demás trataban de trabajar.

Y, así, lo hizo bajar del púlpito para siempre.

De manera que aquel día Teo empezó a predicar dando ejemplo. Trató de convertirse en un referente moral y ético para todos, aunque sabía que para ellos iba a ser siempre un mono de feria.

Y entonces fue cuando los aldeanos aceptaron a Teo. Al principio, se limitaron a hablar de cosas frívolas con él, luego empezaron a hacerle llegar las mejores vituallas y a hacerle todo tipo de favores.

Después, le confiaron el cuidado de sus hijos. La educación. Que él los modelizara, para algo era el hombre más bueno del poblado. Que él les hablara de Dios, ya que a aquellos niños Dios no los había abandonado.

Todavía no.

El escenario que pinta el fin de los combustibles fósiles no es una película apocalíptica contada por pesimistas profetas del fin del mundo, sino una mirada a la escasez de los años y décadas por venir que debe tomarse en serio.

DEUTSCHE BANK

«Posibilidades energéticas tras la era del petróleo»

2004

Nauru

www.cenital.net, 2009

El otro día estuve hablando de la Isla de Pascua. Hoy quiero hablar de otra isla. De Nauru, el país que se suicidó.

Nauru está en Oceanía. Si la de Pascua es la isla más aislada del mundo, Nauru es la más pequeña de todas las que son independientes. Un microestado soberano de veintiún kilómetros cuadrados que hace apenas cuarenta años que existe para la ONU y cuya geología natural se compuso de fosfatos en su práctica totalidad. Así las cosas, Nauru ve la luz siendo un atolón despoblado y abandonado, sí, pero por lo que respecta a una economía de mercado como la que nos está matando, Nauru nació sentada sobre una puta mina de oro. Sobre guano acumulado durante miles de años. Y eso es mucho fósforo, fósforo del bueno.

Tal vez tú todavía no lo sepas, pero los fosfatos son la base mineral de toda fertilización eficiente. Un recurso agotable, los fosfatos; con ellos, por cierto, también se fabrican explosivos. De ahí que Nauru comenzara a exportar su suelo gramo agramo hace ya más de un siglo. La minería, siempre ejercida por

inmigrantes, fue la bicoca de la isla desde sus primeros pasos hasta hace poco.

Porque hace poco que los fosfatos se le terminaron a Nauru.

A mediados de los ochenta a la isla se le acabó el suelo que vender. Hasta entonces fue conocido como el país con la renta per cápita más alta del mundo. Ahora es un Estado mendicante que se arrastra y no tiene para comer. Pero, claro, de eso no os han hablado nunca, ¿verdad?

Tras ser el principal proveedor de fosfatos del planeta, Nauru optó por reinventarse pasando a ser un paraíso fiscal en el que blanquearon sus cuartos toda suerte de maleantes, en el que pudieron comprar pasaportes toda clase de delincuentes y fugitivos de la justicia internacional. De ahí el microestado fue directo a convertirse en una isla prisión de Australia, un país que nació tras ser una isla prisión de Inglaterra.

Nauru perdió su empleo y se puso a trabajar en lo que le dieron, una y otra vez, hasta que no le dieron nada. Ya hace un par de años que no hay más que tinieblas en el futuro a corto plazo de Nauru.

A día de hoy resulta que el que fuera exportador de fertilizantes a gran escala carece de suelo fértil sobre el que cultivar apenas nada. No tiene ni para alimentar a sus ciudadanos, por lo que ya no le cabe siquiera

apostar por la economía de subsistencia. Su gobierno es uno de los más insolventes del planeta, dado que no puede recaudar impuestos desde que la tasa de desempleo entre su población supera el noventa y cinco por ciento.

Un país de parados, apartado del mundo. Repleto de edificios que pronto amenazarán ruina y de coches de alta gama que ya hace una década que están hechos un cascajo.

Quince mil personas paniaguadas y consumidas por la desidia que dependen de una única desalinizadora para poder beber y de la ayuda exterior para todo. Fueron ricos de cuna, el estado más opulento del planeta, gozaron de todo tipo de servicios sociales incluyendo barbaridades como suministro eléctrico gratuito y un cuerpo de chachas a domicilio por cuenta y cargo del Estado; ahora son pasto de la caridad internacional. El noventa y cinco por ciento de ellos padecen de obesidad mórbida y casi la mitad son diabéticos. Dos dolencias propias de los países opulentos.

Porque lo cierto es que, durante los años del pelotazo, los nauruanos vivieron como reyes. Tenían "tanto dinero que no les hacía falta trabajar" . Los extranjeros sin papeles picaban en sus minas mientras ellos invertían su tiempo en surcar la media hora de

carreteras que recorre el perímetro de su islote con vehículos lujosos. Llegaron a reemplazar su dieta tradicional por una comida china que llamaba a las puertas de sus casas para que ellos no tuvieran que molestarse ni en ir a recogerla.

En la actualidad, el resultado de todo eso son unas personas que salen en la CNN porque se olvidan de alimentar a sus bebés y de que la basura hay que bajarla. Gente cercada por el océano que ni se ve capaz de aprender a pescar, que vota a unos políticos que basan su campaña en prometerles a los nauruanos que la minería secundaria conseguirá recuperar la explotación de unos fosfatos de baja calidad que todavía se conservan, en las capas más profundas del suelo de la isla, ya muy taladrado. Y jóvenes que crecen en un lugar sin salida, rodeados por un horizonte de color azul que parece haberlos olvidado. Adiós, Nauru, ahora no estamos para hostias, deja tu mensaje después de la señal.

Con todo, ¿qué es lo que le pasa a un pueblo cuando se le acaban las pilas? ¿Qué le sucede a una civilización a partir del momento en el que consume todos sus recursos? ¿Cuánto tiempo pasan juntos un tonto y su dinero? ¿Y cómo es que la historia de la humanidad cuenta tantos casos como éste y ninguno de ellos se estudia en las clases de historia que se imparten

en la enseñanza obligatoria que nos han administrado? ¿Será que las plagas siempre repiten un mismo patrón y alguien en la sombra trata de que eso no se aborde abiertamente en todos los foros públicos?¿Cómo es que todo esto lo tiene que venir a compilar y predicar un pelagatos perroflauta como yo, desde un punto indeterminado de una red de telecomunicaciones que pretende ser anónima? ¿Te lo crees ya , o vas a esperar a que tu país se convierta en un estado agonizante poblado por gente que está de sobra y que vive preguntándose quién se ha llevado su queso? ¿Te has parado a pensar que en un mundo globalizado va a ser que vivimos todos en una misma isla? ¿Y si la humanidad estuviera condenada a actuar siempre como uno de esos boxeadores revelación que pasan en cuatro días de ser unos desgraciados a tenerlo todo y, acto seguido, lo dilapidan en cuatro días más?

Vamos a dejarlo por hoy, que ya es muy tarde. Otro día, si os parece que vayamos en serio, igual hablamos de Venezuela. O de Arabia Saudi: "Mi padre iba en camello, yo voy en un jet privado, mis hijos irán en camello".

Del camello también tendríamos que hablar. No os lo vais a creer, pero el camelus bactrianus está considerado una especie en peligro de extinción, por lo que me temo que los hijos de los jeques, "en camello" no

van a ir. Y en bicicleta tampoco. No van a ir a ninguna parte, de hecho.

Yo sí. Yo me voy a dormir.

Buenas noches y buena suerte.

Cuando veo a un adulto en bicicleta, no pierdo las esperanzas por el futuro de la raza humana.

H. G. WELLS

Carnaval

Inmediaciones de la ecoaldea, *2014*

Lo llaman Carnaval. Su apodo no es de los que salieron de Internet, ni uno de los motes con los que la gente de Cenital suele bautizar a los suyos, porque Carnaval no es uno de los suyos.

Carnaval es un nómada. Merodea por las proximidades de la ecoaldea, desde hace tiempo ya. Cada dos o tres lunas aparece frente a las puertas para ofrecer a los aldeanos pescado ahumado, pájaros, conejos, espárragos, sal. Trae pesca, caza y recolección, a cambio se lleva cultivos. Y escucha discursitos e historias de tiempos pasados a la luz de las fogatas de Cenital.

Palabras no intercambia muchas. Habla con «mu'ha zifi ulhtaz». La máscara de carnaval que lleva siempre puesta esconde las quemaduras de su cara. El muro de silencio que suele desplegar hace otro tanto con su voz a medio amordazar. Apenas pronuncia algunos números para zanjar los trueques y, algunas veces, concede un «holha» y un «aziós» que suenan a destrozo en los labios o la lengua. En el agujero derecho de su máscara veneciana llora un ojo sin pestañas que mira y sopesa las cosas. La otra apertura de la careta de Carnaval está sellada por una gasa.

Suele aparecer solo, aunque trae siempre a la espalda uno de esos hurones que se emplean para cazar conejos y liebres de madriguera.

Con todo, Carnaval tiene una estampa siniestra. Hay algo infausto en la máscara integral de polichinela que lleva, algo preocupante en el machete que le cuelga de la correa y en la escopeta de perdigones que lleva a la espalda. Un chándal negro le recubre el cuerpo y, aunque haga un calor de mil demonios, no se saca la capucha de la sudadera nunca, jamás. Las quemaduras de su cuello hacen ver que probablemente sea mejor así.

Muchos se preguntan si se descubrirá el rostro cuando no haya nadie mirando, porque está claro que Carnaval es un resistente solitario. Uno de los hombres que se hicieron al monte y en él siguen.

Aunque lo cierto es que Carnaval pasa más tiempo junto al mar.

El Mediterráneo se abre inmenso a sólo ochenta kilómetros de la ecoaldea. No parece una mar tan serena y tan quieta como la hacían, ahora que todo se ha detenido. Ahora hay algo que resulta bestial, fiero e implacable en el oleaje.

Una muralla de apartamentos en ruinas parece contenerlo. Y en algunos casos así es, porque el litoral asilvestrado está avanzando mucho en según qué lugares.

Carnaval ha visto torres de apartamentos convertidas en acantilados. Mareas que cuando se embravecen con olas de varios metros terminan rompiendo contra las balconadas de lo que otrora fueron residencias de lujo, en primera línea de playa.

Ahora que los arenales, los bajíos y los espigones no se restauran ni se refuerzan cada invierno, ahora que se agota la vida útil de los malecones y las escolleras, ahora sucede que van desapareciendo las playas artificiales, lo mismo que se desquician los jardines o se decoloran los anuncios de champú de las vallas de carretera.

Y parece que había unas cuantas playas artificiales en la Costa del Azahar. La mar ya se ha tragado más de una.

Está la que había a cien metros del apartamento que compró Carnaval.

Fue su inversión aquel apartamento. Su proyecto de futuro. Carnaval pensaba jubilarse frente a la costa, así que compró el inmueble más barato que había, en un complejo vacacional denso y absurdo, que se levantó en medio de ninguna parte.

Cuando todo se fue a la mierda, hubo un incendio. Después Carnaval decidió jubilarse y partió hacia su retiro. Dejó Madrid atrás. Se sabía capaz de procurarse sustento y protección con sólo una bicicleta de montaña, un par de cañas de pescar, una escopeta de aire comprimido, un cuchillo.

Su infancia en el Cantábrico había sido así. Anzuelos que sacaban peces del mar, perdigones que sacaban pájaros del cielo, bicicletas que lo sacaban a uno del mundo. Carnaval se sintió deseoso y capaz de volver a todo aquello, lo mismo que un anciano senil que padece una regresión a la infancia. Y, vaya, parece que lo consiguió.

Encontró lo que esperaba. Que su complejo residencial ya no era ni complejo ni tenía residentes. Eso sí, era suyo. Era *su* complejo. Se lo habían dejado todo para él.

Al fin y al cabo, fue de los primeros lugares en quedarse sin suministros.

Llegaron los primeros síntomas del Hundimiento y la gente no tuvo otra que abandonar los asentamientos falsificados, lo cual vino a convertir *resorts*, apartamentos frente a la playa, urbanizaciones de chalés y complejos vacacionales en un conjunto de edificaciones en las que no hubo ni incendios, ni saqueos, ni grupos violentos operando. Nada. Ni rastro del tumulto que dejó a Carnaval sin familia ni ganas de vivir como viven las familias. Las zonas residenciales, ocasionales, de recreo, veraneo... se convirtieron rápidamente en ciudades fantasma, cuando todavía no habían dejado de funcionar todas las gasolineras.

Así que a Carnaval lo dejaron a solas en aquel entramado de edificios de quince plantas, nuevos, sucios y vacíos; a solas en su apartamento por estrenar. En su balcón

con vistas a una playa cuya arena no tardó en hacer también las maletas y dejar a merced de los chinarros, el buzamiento y el oleaje las primeras torres de edificios. El mar se puso a mordisquear fachadas sin sosiego ni premura, en cada tormenta. Carnaval podía verlo roer desde su balcón, en el que se divisaba un pequeño pedazo de mar, de refilón, pese a que el inmueble se vendía como un apartamento con vistas al litoral.

Con todo, el balcón de Carnaval pasó a tener vistas... y escuchas al mar: el rumor incesante del oleaje podía oírse, alto y claro, desde su terraza. Cuando el silencio dejó pulsado el botón de las mayúsculas y se puso a teclear, sobrescribió con sus palabrotas los hoteles, los comercios, el balneario, la desaladora, los restaurantes, la autopista, la estupidez, la escenografía.

Pero Carnaval sólo comprendió hasta qué extremo se había ido todo a tomar por culo cuando pasó lo del barco.

Salió a recoger sus trampas de pájaros y lo sorprendió una tormenta colosal justo cuando se encontraba en el ecuador de una larga excursión en bicicleta. Es lo que tiene pedalear cincuenta kilómetros de tanto en tanto, que te puede caer un aguacero capaz de obligarte a buscar un refugio de quince horas.

El diluvio le atizó a aquella comarca reseca una somanta de hostias, se deshizo en mil torrentes que se arrastraron como encadenados a los toros de una

estampida. El temporal barrió los suelos y luego los fregó y los lamió. Al final, pasó la tormenta y con ella embarrancó un monstruoso carguero mercante, frente a la playa que se veía, de refilón, desde la terraza de Carnaval.

Así que, para cuando Carnaval volvió a casa, se encontró con que un buque de contenedores se había quedado varado justo en su pedazo privado de mar.

Era tan grande que apenas cabía, volcado a lo largo, tumbado como un cadáver en aquella playa ganada al humedal.

Doscientos metros de eslora. Monstruoso tonelaje, titánico calado, ciclópea hélice. Carnaval se acercó a verlo, el casco parecía un monumento, una edificación vanguardista.

Lo recorrió. Buscó una vía de entrada y accedió al interior de la nave, pese a que era complicado y peligroso adentrarse por los camarotes y las bodegas volcadas. Saludó al capitán, apenas un esqueleto. Examinó los contenedores. Esmaltes. Pinturas. Aerosoles. Tomó uno y pintó un nuevo rótulo en la proa, en el lugar donde antes estaba el nombre del carguero mercante.

«La venganza de las ballenas» Quedó contemplando su obra. De pie sobre el casco escorado. Algo en él recordaba a la estampa de un escalador al coronar la cima y abanderarla.

—Mira, Tiny Little Jumper —le dijo a su hurón,

pronunciando las palabras tan mal que ni él las reconocía —, esto es por los cetáceos. ¿Sabes que hubo una época en la que era el aceite de cachalote el carburante que iluminaba el mundo de los hombres? Se usaba en todas las lámparas. O eso cuenta el jefe de la ecoaldea.

El hurón olfateó el salitre a modo de respuesta. Miraba al mar, asomando la cabeza por uno de los bolsillos de la mochila de Carnaval, como si aquello del barco y de las ballenas no fuera con él.

Porque así era.

—Dice Destral que en su momento los mares se llenaron de enormes buques balleneros que faenaron hasta esquilmar el último caladero. Y que, años después, muchos de los cetáceos que sobrevivieron a aquello terminaban varando en las playas, sin que se supiera por qué —añadió Carnaval, en voz alta, obviando o destrozando la mitad de las consonantes.

Luego se preguntó si las ballenas estarían volviendo a poblar los océanos del mismo modo en que los barcos muertos lo abandonaban.

Pero la pesca en aquel lugar era escasa. Carnaval lo sabía bien. Algo en el medio no estaba consiguiendo recuperarse.

Lanzó el aerosol al oleaje. La mar se lo devolvió de un bofetón. A ella tampoco parecía importarle aquel enorme buque mercante.

Al fin y al cabo, aquello no era tan diferente a lo que pasaba, de refilón, en el barrio de Carnaval, cuando la marea roía otra fachada hasta el derribo. O cuando se caía otra grúa, o cada vez que se arrancaba a volar una farola tras un ventarrón.

Carnaval disfrutaba de su soledad en aquel sitio. Recorría los pasillos de los hoteles vacíos en su bicicleta, sintiéndose por un momento como el chaval protagonista de esa película de Kubrick. Se metía en los comercios sin saquear y curioseaba el precio y la idiocia de algún que otro *souvenir*. Miraba las piscinas llenas de tierra seca, las casetas de los perros llenas de huesos de perro, los campos de golf ajados, plagados de ratas y maleza marrón. Se metía en un balneario surcado por unas grietas que lo hacían parecer todavía más reseco.

Y, a pocos kilómetros de allí, estaba su gigantesca trampa para pájaros y conejos.

Un aeropuerto.

Sin aviones ni gente.

A carta cabal, el aeropuerto que hay junto a Cenital jamás vio posarse un avión y nunca atendió a la gente. Lo proyectaron durante los años en los que el progreso consistía en pavimentar la tierra. Lo abrieron para cerrarlo, poco después, cuando nadie entendía ya para qué lo habían construido. Ciudad Real. Huesca. Reus. Castellón. Barajas... Todos son aeropuertos fantasma ahora. Sólo la

presencia o la ausencia de aviones achatarrados marca la diferencia entre las ruinas y lo ruin.

El aeropuerto de Carnaval es una interminable pista despejada y agrietada que otear desde la torre de control. Carnaval sube sus escaleras, se aposta frente a sus ventanales destrozados y se quita la careta.

Sólo se la quita en su apartamento y en la torre de control. Se sabe tan solo en sus atalayas que no duda en quedarse en calzoncillos cuando las habita.

Desde la torre de control puede avizorar toda suerte de pájaros y conejos recorriendo estúpidamente el asfalto. Abre fuego con su escopeta y todos son blancos fáciles, pese a que cada día le cuesta más enfocar con su ojo que apenas puede parpadear y siempre está lagrimeando. Su cara es una máscara llorona, una llaga que no deja de supurar.

Aun así, no suele errar el tiro.

Carnaval estará tuerto, pero ahora tiene una mirada cenital.

Estudia lo que queda del mundo, con hambre. Con un punto de mira.

cenital.

adj. Perteneciente o relativo al cénit,

cenit o cénit.

1 . *m. Astr. Intersección de la vertical de un lugar con la esfera celeste, por encima de la cabeza del observador.*

2 . *m. Punto culminante o momento de apogeo de alguien o algo.*

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Luna

Ecoaldea, 2014

A la mañana siguiente a la llegada de Raúl y Verónica al poblado, los pequeñuelos de la aldea, casi todos nacidos allí, se reunieron bajo el toldo que hacía las veces de escuela, junto al gallinero. Teo jugó con ellos y les habló, les hizo reír y los escuchó, como cada día. Y, a última hora de la mañana, justo cuando Destral se preparaba para partir de viaje junto con los dos recién llegados, Teo puso a los pequeños a moldear figuras de arcilla. Expresión plástica. Alfarería básica. Cosas de M1guel. Cosas útiles.

—Niños, ¿sabéis que hubo una vez en la que caminamos sobre la luna? ¿Que Destral antes de fundar este sitio trabajaba moviendo una estrella y mirando el mundo desde arriba? No es un cuento, es la verdad. Destral miraba islas en medio del océano y miraba ciudades iluminadas por la electricidad. Vio tantas cosas estando en lo alto que decidió poner los pies en el suelo...

Los chavales oían aquello y se encogían de hombros. Moldear la arcilla se les hacía mucho más divertido que escuchar un catecismo.

Corazón hizo una taza y la pintó con el polen de una flor de ajo. Alma moldeó una vasija y envolvió su exterior

con un bonito empedrado de guijarros blancos. Ángel formó un estúpido monigote con el barro. Y Luna hizo otra cosa. Hizo una especie de ¿botijo? y luego lo pintó de negro con el hollín de la hoguera. Acto seguido, lo puso boca abajo para presentarlo.

—Luna, ¿eso qué es? —le preguntó Teo.

—Una luna negra —contestó ella.

Luna era la nena más guapa de toda la aldea. Cinco añitos. Nació con los ojos gris luna, ahora los tenía azul oscuro.

—¿Una luna negra? —le preguntó Teo, divertido.

—Sí. Como la de anoche.

—Anoche hubo luna nueva. La luna nueva os la expliqué hace poco. Es cuando la luna desaparece, no cuando se vuelve negra. Es sólo que se esconde.

—Pero es que esta luna no es la que se esconde, ésta es la que se pasea. No es de las que hacen luz o no hacen luz, es de las que llevan un hombre debajo.

—¿De las que llevan un hombre debajo?

Teo no entendía nada.

—De ésas que van encima de una cesta de mimbre. En la cesta de mimbre va el hombre que saca fotos a las casas. ¿Destral no trabajaba sacando fotos a las casas?

Teo abrió mucho los ojos y la boca. Comprendió.

—Lunita, ¿cuándo has visto tú eso? ¿Anoche?

Luna asintió.

—Papás respiraban fuerte y frotaban en vez de soñar y yo no podía dormir. Salí a mirar cómo respiraban fuerte y frotaban los gatos y entonces pasó por encima de mi cabeza una luna negra en la que habían atado una cesta de mimbre. Volaba como un pájaro, aquel hombre de color gris luna, montado en la cesta de mimbre de la luna negra. Y apuntaba con una cámara de fotos como la de M1guel a todas las casas. Hacía fotos. A mí me gustan las fotos. ¿Cuándo volveremos a hacernos una?

Teo se llevó las manos al shofar que colgaba de su cuello. Estuvo a punto de hacerlo sonar, pero en el último momento se volvió hacia Corazón. Corazón era el hijo de Saig'o.

—Corazón, ¿tu padre te deja subir a las murallas?

—Zí.

—Pues quiero que lo busques, que lo encuentres y que le digas que venga aquí ahora mismo. Es importante. Y dile que traiga a Destral también.

Crestas

Historia de la ecoaldea, *2011-2013*

Crestas es la cocinera de la ecoaldea. Siempre ha tenido buen gusto y buena disposición para guisar, lo mismo que su vida por los desaguisados. No, en este capítulo tampoco venimos a despachar una historia positiva sino a enfocar otro derrumbamiento desde un plano cenital.

Crestas tenía diecinueve años cuando el mundo comenzó a caerse a cachos bajo sus pies. Nunca quiso ni estudiar, ni trabajar, ni votar ni hacer nada que no fuera darle a los mandos de la videoconsola y fumar canutos. ¿Para qué otra cosa?

Sus padres comprendieron enseguida que Crestas ni esto ni aquello ni lo demás ni de coña. Era una nini y como tal la trataron. Pero ni pudieron ponerle remedio ni pudieron darle horizontes a su niña nini.

El padre de Crestas tenía una empresa que vivía de las contratas con las administraciones locales. Llegó la crisis y las administraciones locales dejaron de pagarle. Para cuando los ayuntamientos le debían tres veces su empresa al padre de Crestas, el padre de Crestas ya llevaba tres veces refinanciadas sus deudas, así que un día, cuando se presentó a una nueva contrata, se encontró con que no se la

concedían ya, visto que era insolvente.

Insolvente por y para la misma administración.

Entonces, el padre de Crestas le dijo al banco que él tampoco tenía intenciones de pagar a tiempo los plazos de sus deudas. Pero el banco no estaba dispuesto a tragar lo mismo que él y respondió amenazando con ejecutar la hipoteca sobre la casa en la que languidecían Crestas y su madre, una parada de larga duración que ya había agotado el subsidio, la juventud y la paciencia.

Y, claro, a Crestas no podían venirle sus padres diciéndole que se labrara un porvenir, mientras el porvenir que ellos se habían labrado se iba al carajo. Así que siguió con la consola, las crestas y los porros; ni mostró preocupación ni se comportó como si aquello fuera con ella. Sólo salía de su cuarto para comprar comestibles y convertirlos en platos exquisitos.

Eso hacía sentir a su madre más inútil todavía.

Crestas cocinaba tan bien que su padre ya no quería que fuera su madre quien se ocupara de hacer la comida. En casa la reprendían cuando no hacía nada y, cuando hacía lo único que había que hacer, le hacían sentirse mal. Ya casi era tan nini que ni cocinar podía.

A veces sentía la necesidad de alejarse de todo y marchaba a una ecoaldea en la que se juntaba con sus extraños amigos, durante breves acampadas, tras las cuales volvía a casa otra temporada. Una pandilla de

desesperanzados como ella, aquella horda de inadaptados era toda su vida social. Comenzaba a ser su verdadera familia. Ellos sí la animaban a guisar.

Y es que, aunque Crestas ni tenía fe ni esperanzas ni planes ni vergüenza, sí tenía algo que le hacía ser algo: era una cocinillas. Disfrutaba entre fogones, cazos y pucheros. Hacía virguerías con las ofertas del Mercadona. Tenía talento para el caldo, el aderezo, el salpimentado, el cocido. Hacía magia en la cocina. Llevaba desde los catorce cocinando en plan autodidacta.

En su día, sus padres la enviaron a la Escuela de Hostelería y, aunque por allí ni duró mucho ni terminó un examen, sí aprendió cosa buena. Pulió su técnica. Para cuando sus padres andaban al límite de deudas, Crestas, la nini, consiguió un empleo de pinche de cocina que mantuvo un tiempo. No lo hizo ni por labrarse una trayectoria ni para tener dinero, sino por diversión. Y tal vez para ayudar en casa.

Pero su primera nómina apenas sirvió para aplacar la voracidad de aquel préstamo encabronado. Crestas habría cocinado para todo el consejo de administración del puto banco, ya no por quitarles el hambre, sino por pasión. Las pasiones son como el salario mínimo, nadie puede embargártelas. No te suelen servir para ganarte la vida, sino para vivirla.

De modo que Crestas se infló a cocinar y sus padres

vieron que la habían recuperado para el mundo justo cuando el mundo los descartaba a ellos.

Un día tuvieron un accidente. Nadie sabía adónde irían por aquella carretera, pero el caso es que se metieron en un coche de alquiler y se estamparon contra un camión de ocho ejes. A Crestas le pagaron el funeral y le entregaron dinero como para pagarle también al banco, pero Crestas no quiso que al banco le llegara ni un duro.

Renunció a la herencia y se quedó con el dinero.

Ahora el banco lo mismo le debía dos padres. Y lo mismo le guardaba los cuartos.

A cambio de ponérselos a mal recaudo le regaló un juego de cacerolas que ni le servían para cocinar al vapor ni le servían en la vitrocerámica que ni tenía ni quería.

Pensó en dejar su empleo y así lo hizo. Luego pensó en alquilar un piso para meterse dentro y pasar los días jugando a la consola sin mucha esperanza en el futuro, y así lo hizo; pero, entonces, pese a que ni se había retrasado en los pagos ni debía un duro, le cortaron la luz. A ella y a toda su ciudad. Y el mundo de tanto girar se torció. La oscuridad trajo hambre. Las avenidas se convirtieron en jaulas de locos; las estaciones del metro, en fosas comunes; las plazas, en buitreras; el alcantarillado, en un búnker. El césped, en caviar.

Desahuciada por segunda vez, Crestas salió a la calle. Ni sabía qué estaba pasando ni lo quería saber; ni pensaba

adaptarse a nada ni tenía mucho instinto de supervivencia. Tanto batallar con todo y volvía a ser una nini. Ya ni la consola ni los porros. Y, ahora que no había para comer en ningún lado, todo el dinero que Crestas podía llegar a reunir ni se podía comer ni tenía mucho sentido cocinar.

Crestas ni supo qué hacer ni lo hizo. En la calle la gente ni quemaba cajeros, ni acampaba ni se manifestaba. Todos corrían y bramaban hasta el amanecer sin que hubiera sitio adonde ir ni horizonte al que correr.

Así que Crestas fue a reunirse con sus amigos, aunque nadie sabe ni qué se hizo de su dinero ni cómo es que su falta de interés por todo ni le impidió pedalear hasta Cenital ni le hizo abandonarse a la inanición. Todos recuerdan que Crestas ni se inmutó cuando le dispararon ni se quejó mucho cuando Sapote le sacó la bala. Una vez tras los muros de la ecoaldea, ni aprendió a disparar ni hizo jamás ninguna otra cosa en Cenital que no fuera cocinar.

Crestas siempre será una nini. Ni es que le importe el apelativo ni es que signifique mucho para ella. Para Crestas ni hay cosas que signifiquen mucho más que sus cacerolas ni hay cosas que merezcan mucho la pena recordar.

Crestas cuece, rehoga, hornea. Crestas mira el fuego y sabe cuánta llama es necesaria. Cocina como los dioses, aunque ni siquiera sabe cómo lo hace. Ni que fuera ciencia infusa.

Nada le importa ni le conmueve ya. Está convencida

de que todo acabará mal.

De que el futuro está a cinco minutos de cocción. En su punto.

Dentro de una olla a presión a la que se le ha terminado el caldo.

Los recortes permanentes de combustible llevarían al mundo a una depresión económica que duraría décadas. Millones de personas perderían su trabajo al implosionar la industria. Los tractores del campo se quedarían paralizados por falta de gasolina, desencadenando hambrunas masivas. Estallarían guerras por los recursos. Y los que vivieran en el extrarradio, al no tener coche, caminarían arduamente hasta el supermercado más cercano; no para comprar ropa barata china transportada a través de medio planeta, sino para llevarse cristal y alambre de cobre del edificio abandonado.

PAUL SALOPEK

Enduro

Histona de la ecoaldea, 2008 — 2009

Destral y Agro siguen hablando, algunas veces, de cómo fue cuando encontraron por primera vez las tierras de Cenital, tras mil prospecciones.

Entonces Destral llevaba el pelo corto. Tenía una sonrisa blanqueada y acababa de plantar a una novia maquillada. Se afeitaba con una maquinilla de cabezal basculante. Se depilaba si pensaba que nadie lo iba a notar. Olía a desodorante. Leía a Santiago Niño Becerra, a Marc Vidal, a Ran Prieur, a Alberto Noguera. Era un brillante producto del sistema universitario español que ya había llamado la atención del gobierno, pese a que (y tal vez gracias a que) se conocía su relación con varios grupos antisistema.

Agro estudiaba Ingeniería Agrónoma, iba descalzo por el campus y llegaba pedaleando a la facultad, vistiendo ropas que compraba en mercadillos alternativos y rechazando hasta el agua de la cantina, que no era orgánica. En aquella época, Agro todavía no había comenzado a confeccionarse sus propias prendas primitivas, llevaba una sudadera en la que podía leerse «*Malthus was an optimist*» en vez de los habituales y toscos ponchos y capas que le

harían parecer una especie de druida chapucero. Y tenía veinte añitos, la cara plagada de acné; la barba joven, irregular.

Se dieron cita un día en el Casal Social de Madrid, aprovechando que Agro visitaba la ciudad de Destral, durante unas Jornadas por el Decrecimiento que organizó el Ateneo Libertario. Se habían encontrado en Internet, en crisisenergetica.org, burbuja.info, peakoil.com... Y ahora aspiraban a conocerse en persona. Soñaban con construir una comuna autosuficiente en la que dar la espalda al resto del planeta. Soñaban despiertos.

Se conocieron. Se pusieron de acuerdo. Al poco de comenzar a tratarse ya brotó entre ellos una profunda relación que jamás se vería traicionada.

Meses después, tras fundar una comunidad de bienes, recorrían la frontera sur de Aragón en dos decrépitas motocicletas de trial extremo, de ésas que emplean los pilotos de enduro. Subieron y bajaron campo a través durante semana y media, observando con detenimiento las montañas, acampando al raso y repostando en los poblachos que les indicaba el GPS de Destral y las mil fotos por satélite que llevaba encima. Buscaban un enclave, un emplazamiento en el que asentarse. Un día, descendieron por una cañada rural apartada en los límites de la provincia de Castellón y encontraron una explanada amplia cerrada por un abrupto sistema montañoso a la que

se accedía tras cruzar un espeso carrascal. Un afluente del río más próximo bordeaba la ladera.

Destral detuvo su máquina y Agro lo hizo poco después. Bajaron de las motos y pusieron los caballetes. Agro dejó caer junto al carrascal una de sus meaditas territoriales. Destral hizo un par de mediciones topográficas y después tomó lecturas y posiciones en su teléfono con GPS. Marcó el lugar en su mapa electrónico. Luego se sentó junto a su amigo del alma, sobre un enorme pedrusco, y se encendió un cigarro; Agro lió un porro. Compartieron una cantimplora.

—Tío. Esto mola —dijo Agro, al fin—. Este sitio mola mucho.

—No lo sabes tú bien. Junto a la carrasca en la que acabas de mear hay un par de cagadas de cabra montés. Maldita sea, siempre he soñado con cazar una de ésas y hacerme un shofar con uno de sus cuernos.

—¿Podría valemos, el lugar?

—Pues igual sí. ¿Hace si lo miramos más?

—Fijo.

—Yo iré al fondo, hacia las montañas. Examinaré esas formaciones rocosas, me da que hay hierro y calizas por ahí. Luego analizaré el agua del río, a ver qué podríamos hacer con ella. Tú ponte a examinar el sustrato y la profundidad del suelo, Tenemos que saber lo que podría cultivarse en este sitio, así que tendrás que hacerte una idea

de la geología base para ver si cabe la posibilidad de excavar algún que otro pozo, o si crees que no vamos a poder plantar frutales ni junto a la ribera.

—Mola.

—Acamparemos junto a este mismo pedrusco. Si no le encontramos al sitio ninguna pega de aquí al amanecer, nos lo quedamos. Habrá que iniciar trámites para localizar a los propietarios de estas parcelas y luego comprarlas.

—Comprarlas. Tócate los cojones.

—Comprarlas, sí. Abel —dijo Destral llamando a Agro por su nombre de pila; entonces, en el 2008, era así como se trataban—, no podemos okupar las tierras sin más. Veinticinco mil euros cada socio tendrían que dar de sí como para que podamos poseer legalmente todo esto.

—Discrepo.

—Pues no lo hagas. Maldita sea, estamos todos de acuerdo en que el tinglado va a colapsarse, pero no sabemos cuándo lo hará. Ya sabes, podría ser en dos meses o en dos décadas. Y en veinte años hay veinte momentos en los que te desalojan de donde quiera que te puedas apalancar cuando eres un okupa. Lo mejor, si aspiramos a establecernos de forma óptima y ordenada, es que lo hagamos de manera sostenible a largo y a corto plazo.

—Para que luego nos desalojen a base de expropiarnos o requisarnos todo.

—Entonces será el momento de desobedecer, no

ahora. Ahora no vamos a establecernos aquí sin antes obtener una escritura y un marco legal que nos defienda mientras dure la estabilidad.

Y la estabilidad duró muy pocos años ya.

El cénit del petróleo se alcanzará, según muchos cálculos, en cualquier momento cercano. De hecho puede que ya esté sobre nosotros.

Cuando los mercados financieros se den cuenta de lo que está sucediendo, se dará una quiebra económica y los precios de la energía se dispararán. Todo el mercado global en el que estamos inmersos se quebrará y hundirá.

JEREMY K. LEGGET

2005

Antorchas

Inmediaciones de la ecoaldea, *2014*

La ranchera siguió avanzando, pero la medianoche era más rápida. El asfalto se descuidó un poco más, se retorció un poco y se despejó de vehículos abandonados. Destral encendió otro cigarrillo. Fumaba como si fueran a matarlo al amanecer.

De repente, al frente del vehículo, el chorro de luz hambrienta del faro descubrió, apenas a cien metros más adelante, las figuras de dos hombres que aparecían a ambos lados del camino. Se levantaron. Habían estado tumbados o agazapados, esperando algo, preparando la emboscada. Y, cuando se pusieron en pie, pudo verse que estaban desnudos *y* rapados de la cabeza a los pies.

Eso *y* que sus cuerpos eran enormes, musculosos, brillantes *y* de color gris.

Verónica detuvo el coche.

—¿Pero qué...? —empezó a decir Destral. El cigarrillo se le cayó de la boca y se afanó en arrojarlo por la ventanilla.

Los hombres frente a ellos, moviéndose al unísono, alzaron del suelo una especie de garrotes y los arrastraron contra el asfalto. La fricción, tal vez gracias al fósforo

blanco, prendió sus extremos, que entraron en ignición de inmediato.

—Antorchas. Tienen antorchas —dijo Destral—. Nosotros tenemos un fusil de asalto.

Y se volvió a Raúl. Raúl. Un ojo marrón, el otro azul. Raúl le quito el seguro al arma y apuntó con ella.

Apuntó a Destral.

—*Ellos* tienen antorchas, sí —dijo Verónica—. *Nosotros* tenemos el fusil. Y *tú* tienes que hacer lo que te digamos a partir de ahora.

—Ya hemos llegado —añadió Raúl—. Baja del coche, *líder tribal*, y no hará falta que te dispare.

Esto es como La Casa Madre para los changos del Oeste. Es como La Meca para los judíos. Es como el Kentucky para los putos pollos.

ALI G

Braqui

Historia de la ecoaldea, 2011 — 2014

Ésa es Braqui. No la saludes, no la mires a los ojos. Si lo haces, se irá.

Braqui es espantadiza, sigilosa y cobarde, como un pajarillo. Braqui es lo más parecido a un ratón que los gatos de Cenital han dejado vivir. Braqui es la auténtica mascota del poblado, pobre Braqui.

Braqui. Veintitrés años. Encarnación Jiménez, aunque nadie sabe su nombre en la ecoaldea porque nadie la ha oído hablar todavía. Perdió el habla y parte de la razón cuando la atacaron los bandidos. Sapote no sabe si lo que le pasa a Braqui desde entonces es resultado de un shock postraumático o si será que la pérdida de masa encefálica en el frontal de su cráneo conlleva alguna lesión en el lóbulo cerebral que controla el habla. Pobre Braqui. Braqui se llama Braqui porque la hendidura en su cabeza hace que parezca una niña con braquicefalia. Es un nombre de guerra cruel, sí. Pero nadie recuerda quién se lo puso, cuando creyeron que iba a morir.

Destral la encontró a medio asesinar en la finca arbolada por la que solía buscar caza durante los días más difíciles del Hundimiento, en los tiempos en los que las

murallas de Cenital permanecían recubiertas de cañones de escopeta y los disparos se sucedían día y noche. La humanidad, fuera del poblado, se jodia de hambre y de frío. Miles de ciudadanos animalizados bullían por todas partes tratando de sobrevivir en medio del caos más absoluto. Los merodeadores desesperados caían como moscas frente a los muros de la ecoaldea y luego venían los caníbales a llevarse sus cuerpos, arrastrándolos al interior de la arboleda, como un oso que tira de su presa hacia el interior de su guarida. Una horda de bestias de aspecto semihumano se agazapaba y bramaba a la luna dentro de los bosques que envolvían la pared norte de Cenital. Aquello ya no era un bosque, era una madriguera, una buitrera. Los hombres, los lobos.

En medio de todo aquello apareció Braqui, tan bonita, tan diecinueve añitos. Le dieron una brutal paliza y la violaron mucho y entre muchos. Luego (o antes, si es que alguno de aquellos neotrogloditas conocía la piedad), le aplastaron la cabeza con una enorme piedra. Estaban peleando entre ellos para ver quién se iba a comer a Braqui, cuando Destral, asqueado de todo aquello, irrumpió en el claro del carrascal para disparar varias flechas sobre aquellas bestias que todavía sabían hablar. Tres cayeron, los demás corrieron a esconderse.

El estado en el que dejaron a Braqui hacía pensar que la humanidad había reventado con ella, aquel día.

Por aquel entonces, Sapote solía recibir todo tipo de disgustos hechos carne y huesos rotos. Era aparecer un herido por las inmediaciones de su improvisado sanatorio y ponerse a dar órdenes, hecho un basilisco:

—Ogre, necesito miel para limpiar esas heridas. Hic. Crestas, pon agua a hervir ahora mismo o tendrás que darme litro y medio de tu sangre no menstrual. Iriña, trae... ¡hic!... vendas, muchas vendas; hazlas con tus bragas, si es preciso. Agro, apaga ese canuto, gilipollas, y tráeme dos ramas gordas, que vamos a tener que entablillar. Hic. Marko, pedazo de armario, sujétalo bien mientras le pongo la pierna en el sitio y...

Sin embargo, cuando Sapote vio que le traían a Braqui, sólo dijo:

—Eh, pero estas cosas no me las traigáis, joder. Esto no me lo pidáis, hijos de puta. Hic. Esto no se le hace a nadie, maldita sea. Rematadla vosotros, que yo igual hasta consigo hacer que esta pobre desgraciada sobreviva. ¡Hic! ¿No sois capaces de distinguir lo que son las lesiones incompatibles con la vida?

Nadie supo.

Todos se apiadaron de la pobre Braqui y de su cráneo a medio aplastar.

Meses después, Braqui se establecía por su cuenta. Fuera de la aldea. Braqui es el único miembro de Cenital que habita extramuros. Salió del coma y se encontró con su

cabeza destrozada, su cara terriblemente desfigurada por la oligofrenia resultante, sus dolores y temblores crónicos; se vio traumatizada y mentalmente impedida de por vida, a la par que rodeada de extraños. Así que corrió, huyó como un ratón en medio de la noche. No sabía de qué estaba fugándose, porque algunas veces su cerebro no funcionaba mucho mejor que el de algunos perros. Nadie vio escapar a Braqui, nadie la oyó alejarse. Se les escurrió como un ladrón, como una sombra. Sólo Destral pudo hallar su rastro, sus pisadas, que atravesaban el río y se escondían en un apartado abrigo rocoso a escasos metros de las murallas de Cenital. Un lugar en las inmediaciones de la aldea que quedaba dentro del amparo del punto de mira láser de Saig'o.

Y Saig'o la defendió. Por alguna razón difícil de comprender, quiso invertir munición en salvaguardarla. Cuando los bandidos se acercaron a la covacha de Braqui, Saig'o abrió fuego para derribarlos. De algún modo, aquel agujero y aquella pobre muchacha con la cabeza destrozada pasaron a engrosar las filas de los aldeanos del lugar.

Y con Braqui la lástima se incorporó al acervo moral de Cenital. Los aldeanos se habituaron a dejar vituallas frente a su cueva cada vez que atravesaban los muros.

Destral se aseguró de que Braqui no pasara hambre, dejando caza y recolección siempre a su alcance. Luego, mandó hacer un muladar, junto a la muralla que había frente

a la cueva de Braqui.

Un muladar. Un vertedero, al uso de los pueblos amurallados del medievo. En Cenital hacía falta contar con un basural, dado que se reciclaban cientos de trastos. Y aunque la materia orgánica entraba en las compostadoras de Simsim y de Agro para salir convertida en abono, aún había materiales de desecho de los que desprenderse en un mundo convertido en vertedero. De modo que se amontonaron unos trastos junto al fondo de los muros y así nació el muladar de Cenital. El sitio donde iban a parar los restos de los restos de la civilización.

Retazos de metales que Marko no pensaba fundir. Lodos que no aprovechaban para la alfarería de M1guel. Plásticos que no aprovechaban ni para la hoguera. Tejidos con los que Gor0 nada podía hacer. Y maderas. Maderas que ardían mal.

Braqui vio que el muladar crecía frente a ella y comenzó a recorrerlo, moviéndose nerviosamente y sin hacer ruido, como una rata de albañal. Coleccionaba todo tipo de objetos brillantes y relucientes, lo mismo que esas urracas que atesoran joyas y metales preciosos en sus nidos; quizás un instinto, tal vez el eco del dinero resonando en los tabiques de su cráneo abollado; el caso es que se puso a acumular pequeñas baratijas de metal y piezas tintineantes.

Eso y los leños. Comenzó a recopilar maderas y, con

un par de hierros cortantes se puso a tallar astillas hasta confeccionarse una robusta mampara con la que bloquear el acceso al agujero en la roca que era su casa.

Iriña comenzó a verla siempre arriba y abajo del muladar y se acostumbró a lanzarle comida, como el que lanza despojos a los perros. Poco más cabía hacer por ella, viviendo al otro lado del muro y visto que cualquier gesto o aspaviento dirigido hacia aquella pobre criatura bastaba para ahuyentarla, haciéndola moverse y desaparecer en su agujero con la celeridad y el pánico de una alimaña. Marko, maravillado por la habilidad de la chica con la madera, lanzó al muladar un serrucho que no había conseguido dentar correctamente y su viejo martillo corto, y Braqui los empezó a usar como la ebanista que habría sido si hubiera podido terminar su formación profesional especializada en madera y mueble. Derribó un par de carrascas muertas y se hizo una cama. Una cama muy, muy digna.

Saig'o le encargó un hacha a Marko. Se suponía que iba a ser un hacha de mano para Destral, pero Marko la hizo pensando en Braqui. Braqui la encontró una noche en su ronda por el muladar y empezó a usarla de inmediato. Pobre Braqui, creyéndose un mendigo neomedieval de aquéllos que vivían de los desperdicios de los señores feudales. Ella no era del todo consciente de lo que le acontecía. Se encontraba con una lasaña de verduras, cortesía de Crestas, y se la comía creyendo que era un

hallazgo ejemplar. Se encontraba con una niveladora de taller y pensaba que le estaba tocando la lotería. Y así hizo acopio de brocas y berbiquí, garlopa, gubia, formón, escuadra, lápices. Su habilidad con la madera nunca dejó de sorprender a nadie, su obsesión por atesorar pequeños objetos centelleantes, dorados y plateados, tampoco. Braqui atesoraba en su cueva dos sacos de cuero repletos de chatarra y joyas de valor incalculable, lo uno junto a lo otro, todo reducido a chucherías. La fortuna de la niña ratona. En un mundo sin dinero, sólo los idiotas hacen acopio de tesoros.

Un día vio a Destral dejando un conejo frente a su cueva. Al día siguiente, frente a la cueva de Braqui, había una docena de flechas nuevas. Para Destral.

Meses después, Braqui ya se movía con libertad dentro y fuera de la aldea. Accedía al interior del poblado empleando el paso de cuerda sobre el río que Destral recorría cada día para ir de caza, moviéndose siempre como un ratón, a oscuras, en solitario y sin hacer ruido. Dejaba azadas y tridentes de madera frente al tipi de Agro y Agro lanzaba al muladar cuatro lechugas frescas, un par de tomates de ensalada y hasta un puñado de cogollos de marihuana. Braqui dejaba cuencos y cucharas de madera frente a la choza de paja de Crestas y Crestas tiraba estratégicamente un lote de leña al muladar. Braqui hacía pupitres y un enorme crucifijo para Teo y Teo hacía con las

plumas de sus gallinas un colchón para Braqui. M1guel le lanzó al muladar doce onzas de oro puro que había ahorrado durante sus tiempos de agente inmobiliario, cuando vio el torno de alfarero que Braqui había tallado para él. Braqui había inventado el comercio, con los restos retorcidos de su inteligencia.

Para cuando las inmediaciones de la aldea se fueron haciendo más seguras, Braqui se hizo un triciclo con madera de naranjo y restos de bicicletas rotas que era la envidia de toda la aldea. Traqueteando sobre aquel cacharro de tres ruedas de madera y volquete posterior, patrullaba las inmediaciones del poblado recopilando tueros, ramas secas y tarugos a velocidades que hacían sonrojar a Saig'o.

Con el tiempo y mejores materias primas, su habilidad se disparó a niveles estratosféricos. Su triciclo dejó de hacer ruido al rodar. Sus herramientas de madera comenzaron a rivalizar y a ensamblarse con las piezas de metal que forjaba Marko. Braqui se fue integrando en la aldea.

Y todo el mundo quería comerciar con Braqui. Hablar con ella no se podía, acercarse a ella era imposible, pero bastaba con esperar a que Braqui se fijara en los aldeanos para que se pusiera a hacer algo bueno y con madera para ellos. Un día, amaneció y los andamios de los muros de la aldea en vez de barro y paja eran de sólidas vigas de olivo. Pasaron los años y muchos trataron de hacer pasar a Braqui

al interior y al calor de Cenital, todo en balde. Salvando alguna aparición fugaz en las fogatas nocturnas, Braqui prefirió seguir sintiéndose ratona, distante, silenciosa. Pobre Braqui.

Huidiza.

Aterrorizada.

Un día, Destral se cruzó con ella cuando salía de caza en plena noche. Ambos eran aves nocturnas.

Se cruzaron en el puente sobre el río. Él iba de montería porque había oído el reclamo de un jabalí a lo lejos. Ella iba hacia las fogatas taller, portando sobre su cabeza achatada un enorme mortero para moler maíz que acababa de tallar en nogal.

Lo normal hubiera sido que, al cruzarse sus miradas, Braqui dejara caer el mortero y desapareciera para meterse a toda velocidad en cualquier agujero o montarse en su triciclo de madera y salir pedaleando como alma que lleva el diablo. Pero algo cambió. Aquella noche Braqui se limitó a apartarse del camino de Destral a paso ligero hasta esconderse tras la madera de la carrasca más cercana, como esos gatos que ponen tierra de por medio sin calma pero sin prisa cuando un viejo conocido trata de acariciarlos.

Desde su escondrijo en el carrascal, Braqui sostuvo con sus ojos bizcos la mirada de Destral, sujetando con firmeza aquel mortero de maíz.

Y, sin moverse, le hizo su mejor regalo. No tuvo que talar ningún tronco ni que serrar ningún nudo ni que lijar ninguna rebaba ni que recorrer diez kilómetros en su triciclo hasta dar con la madera adecuada, porque aquello no necesitaba ninguna madera. Aquello sólo necesitaba un par de recuerdos y dos hilillos de baba.

Era una sonrisa.

Una sonrisa ladrona.

La sonrisa de un ratón.

Dinamita

www. cenital. net. 2011

Os escribo ya desde las montañas. Estamos fundando Cenital. Hemos terminado con las murallas y ahora estamos acabando de enrasar la irrigación de los campos de cultivo. Ya hemos sembrado bastante grano.

Como veis, desde que mi pequeño proyecto ha empezado a cuajar, me conecto mucho menos. Tengo tres docenas de colaboradores con los que trato de levantar una excelente ecoaldea, por lo que mi relación con la sociedad industrial toca a su fin. Pronto abandonaré esta página web y con ella pienso dar la espalda a la civilización en pleno, para ver cómo se consume.

Así que dejad de enviarme todos esos correos para decirme que hay que volver a las andadas y que el 15m no fue en balde, porque la verdad es que no creo que acampar en Sol me haya servido para nada.

Aquello no me devolvió la fe, sino que me la hizo perder del todo. Lo único bueno que obtuve de la experiencia fueron un par de colaboradores que ahora forman parte de mi proyecto aquí.

Por lo pronto ya miro en YouTube como los disturbios se van volviendo constantes, pese a que

muchos medios tratan de silenciarlo. Parece que la gente ya se ha cansado de estar indignada, de las manifestaciones y de las caceroladas y ahora empieza a hacer cosas, a quemar sucursales bancarias, a saquear supermercados, a asaltar cuarteles. Dentro de poco, comenzarán los tiroteos, apagones e incendios por toda Europa y pasaréis a ser vecinos de algún que otro ciudadano encapuchado. Pronto la revuelta dejará de ser patrimonio de los griegos y los revolucionarios del buen rollo.

Parece que todas mis profecías han terminado por cumplirse mucho antes de lo esperado. Cómo lamento no haberme equivocado.

Me queda poco sitio, tras los muros de Cenital. Por lo que, a partir de ahora, ya sólo aceptaremos nuevos socios si, tras examinar sus solicitudes, estamos interesados en acogerlos, así que dejad también de enviar e-mails llamando a mi puerta y preguntando por el emplazamiento de nuestro poblado con la fe de los conversos.

Cuando la cosa se ponga realmente mal, a los que consigan dar con nosotros y se aproximen a nuestra fortificación sin una bandera blanca y buena disposición, los repeleremos a balazos. Lo lamento profundamente pero, si estás leyendo esto, probablemente pronto será demasiado tarde para unirte

a nuestro proyecto. Sólo estamos interesados en gente capaz de aportar conocimientos y habilidades valiosas en un escenario como el que cabe esperar a partir de los próximos meses. Valoramos a los artesanos capaces de desarrollar su trabajo sin tecnología moderna, a los buenos recolectores, a los profesionales de la seguridad privada capaces de defender una fortaleza sin titubear ni errar un solo disparo, a los campesinos con experiencia en permacultura.

A los que quedéis fuera de todo esto, voy a tener que recomendaros que tratéis de tumbar por vuestra cuenta y riesgo todo lo que aguanta en pie del sistema antes de que os quiten lo poco que os queda y os dejen a solas con el hambre. Me entero de que ya han empezado a llevarse de sus casas, detenidos de madrugada, a algunos de los que solíais escribir por aquí. Dos de los amigos que hice en el Black Bloc de Génova están ahora en un campo de detención italiano. Pronto os veréis abiertamente atacados por las fuerzas de la ley y el orden y, para entonces, quiero que cada uno de vosotros desate el caos por su cuenta, prefiero que presentéis toda la resistencia que podáis. Todo el que llegue a leerme merece luchar por su vida.

Llenad una palangana con cubitos de hielo y poned en el centro una jarra de forma que se mantenga helada pero sin que entre agua en su interior. Verted dentro de

la jarra trece mililitros de ácido nítrico, del que se emplea para limpiar joyas, y luego añadidle treinta y nueve de ácido de batería. Mezclad ambas cosas con cuidado en la jarra y veréis que empezará a calentarse.

A continuación, dejáis que llegue la temperatura a diez grados añadiendo algo de sal al hielo. Tomáis un cuentagotas que contenga cinco mililitros de glicerina para hacer jabón y lo vaciáis en la jarra gota a gota, despacio. Muy despacio. Eso hará que la disolución se caliente más. Si os aceleráis y se pone a treinta grados centígrados, puede producir una tremenda explosión, así que id controlando con sumo cuidado la temperatura de la mezcla.

Veréis que, a medida que vaya goteando la glicerina, se irá formando una capa en la superficie de la jarra. Esa capa es nitroglicerina pura. La nitroglicerina es inestable, por lo que bastará con darle un golpe brusco para que tengan que sacar vuestros dientes de las paredes empleando unas tenazas. Si es que aguantan, las paredes de vuestros zulos de Pladur.

Verteréis entonces con sumo cuidado la mezcla en un recipiente con agua y eso hará que el explosivo se empiece a sedimentar en el fondo. Sacáis el ácido con el cuentagotas, rebajáis poco a poco la nitroglicerina con agua bicarbonatada, hasta que su ácido se neutralice y, entonces, la mezcláis con algodón y arena.

Y ya tenéis dinamita.

Con un envoltorio de papel y una mecha que le prenda fuego al explosivo podéis volar por los aires lo que quiera que os pongan por delante.

Buena suerte.

La vais a necesitar.

Interventor

Historia de la ecoaldea, 2011

Éste es Interventor. Interventor es el eterno opositor.

Interventor decidió enfrentarse a la crisis preparando unas oposiciones a tesorero de las administraciones locales. Cuando las administraciones locales dejaron de existir y los tesoros dejaron de relucir, Interventor siguió empeñado en estudiar.

—Ya pasará —dijo.

—Hay cosas que siempre harán falta —insistió.

Le trataron de persuadir, le recomendaron que lo dejara estar. Todos le dijeron que no continuara estudiando leyes que ya no lo eran, pero él se opuso. Porque Interventor es el eterno opositor, tiende a oponerse a todo cuanto se oponga a sus planes.

Siempre estará en fase de negación.

—Las leyes buenas nunca desaparecen, sólo cambian de forma. Mirad el derecho romano —siguió diciendo.

Pero lo que se llevaba en Cenital para entonces era el arado romano. El derecho no dejaba tanto rastro. El revés, sí.

A Interventor lo fichó Agro y Destral no prestó mucha oposición. No obstante, la conversación que sostuvieron

acerca de él fue épica.

—Agro, ¿tú para qué coño has invitado a este tío? —le preguntó Destral, tras conversar con Interventor apenas cinco minutos.

—¿Pero esto no consiste en reclutar patéticos, jefe?

—¡Eh! Oye... Uh... ¿Tú estás seguro que en toda la acampada de Sol no había indignado más interesante que éste para nuestro proyecto?

—Pues no.

Destral se encogió de hombros y levantó las cejas. Agro tuvo que explicarse mejor:

—El chaval iba suelto por las asambleas y los discursitos convencido de que tras el 15-M todo se iba a arreglar y de que pronto volveríamos a vivir en el País de La Gominola. ¿No se te ocurre candidato mejor que éste para la ecoaldea? ¡Si hasta se ha traído los temarios para seguir preparándose las oposiciones desde aquí! ¡Es un espécimen perfecto para tu museo del desastre!

—Ya. ¿Y a qué pretende opositar?

—A tesorero.

—Tesorero.

—Sí, tesorero de «hay untamiento». ¿A que es mono?

—Qué de puta madre. Precisamente un tesorero es lo que más necesitamos aquí.

—Destral, ya le enseñaremos a hacer algo útil. Sólo deja que el pollino se quede con nosotros, anda, por favor.

Es que, además, me cae bien.

—¿Ya te lo has tirado?

—Pues no. Pero quiero que se quede. Con un tío como éste por aquí, la diversión está asegurada: es todo confianza y energía positiva. Le creo capaz de verse rodeado por un incendio sin dejar de sonreír.

Destral se lo quedó mirando. Interventor acababa de montar un tipi con cuatro hierros y una lona, tras lo cual empezó a preguntar por la referencia catastral de la finca rústica en la que se levantaba la ecoaldea a unos y a otros. Trataba de rellenar un impreso para informar a la Administración de su intención de permanecer acampado en aquel sitio durante las próximas noches.

La gente alucinaba con él. Simsim miraba los cuatro enormes volúmenes que componían los temarios de sus oposiciones como si estuviera viendo un montón de abono. Teo le preguntaba si profesaba alguna religión. M1guel le sonreía sin parar de negar con la cabeza. Iriña le dio un par de palmadas cariñosas en la espalda. Los gatos le olisqueaban las zapatillas y se frotaban contra sus vaqueros, en un intento baldío de borrarle el info a pringado de encima.

—Pues mira, se va a quedar —le dijo Destral a Agro, en tono resuelto—. Me gusta.

—¿En serio? ¿Lo quieres para que te lleve el inventario de grano y semillas?

—Nah, lo quiero para que nos enseñe a todos a sentirnos útiles. Para que nunca olvidemos que la actitud lo es todo y que la constante transformación es la clave de toda supervivencia.

—O sea, que esperas que se adapte.

—Pues no. Lo que espero es que con un inadaptado nos baste y nos sobre por aquí. Lo quiero en Cenital porque con él ya tenemos cubierto el cupo de empanados. Tu chaval ocupa en nuestra comunidad el sitio de media sociedad exterior.

—¿Y qué crees que pasará con él cuando ya no quede ni un ayuntamiento en pie?

—Pues que empezará a tratarme a mí como a un alcalde. Y a la ecoaldea la verá como a una administración local. Tu amigo ha construido su vida en torno al uso de un martillo y, cuando se sabe usar un martillo, todo son clavos.

Pasaron un par de años e Interventor siguió estudiando tres o cuatro horas al día. De cuando en cuando, contaba por ahí lo avanzado que iba en el temario y enganchaba a alguien para que le ayudara a comprobar que sabía recitar de carrerilla todas aquellas disposiciones legales tan intrincadas. La gente le fue tomando cariño al tiempo que le fue tomando por el tonto del pueblo. Por las tardes le pedían que ayudara a cosechar, a regar, desinsectar. Y él lo

hacía sin mucho afán. Con algo así bastaba para él.

Llegaron los días en los que ya no quedaba mucha munición en Cenital, con ellos llegó a la muralla exterior un funcionario. Un cartero. No traía cartas, sólo hambre, el uniforme y la vespa de color amarillo chillón.

Le dieron con la puerta en las narices. Lo vieron marcharse sobre su vespa. El trasportín vacío, el depósito de combustible agonizante. A los ojos ralentizados de Cenital los raíles del horizonte devoraron al funcionario como si la vespa fuera un tren de alta velocidad. Más que escapar de aquel sitio, el escúter parecía caerse de él hacia un abismo sin fondo.

Tras aquello, algo en los raíles de Interventor se torció un poco. Sólo un poco.

A veces los clavos se tuercen. Pero basta con darle un poco de efecto al martillo para que vuelvan a enderezarse y a entrar rectos en la madera.

Así que a partir de aquel día Interventor empezó a estudiar un poco menos.

Sólo un poco menos.

A veces los planes se tuercen. Quizás entonces sea cuando ha llegado el momento de hacerse unos nuevos.

O tal vez sea que, cuando se sabe manejar un martillo, todo son clavos.

Grasa

Inmediaciones de la ecoaldea, 2014

Uno de los hombres de color gris hizo un extraño movimiento con su antorcha y, a un lado del camino, se encendieron nuevos fuegos: un camino de tierra que serpenteaba adentrándose en las montañas se iluminó de repente, quedando flanqueado por sendas columnas de antorchas que prendieron progresivamente, a medida que la mecha que las recorría hacía que entraran en ignición.

El camino se había desvelado.

El cañón golpeó suave pero autoritariamente la nuca de Destral. Raúl tenía prisa por regresar a su casa.

—Sal del coche, vamos.

Destral obedeció, sin quitarle la mirada de encima al espectáculo que se desplegaba frente al coche.

—Vale, me habéis cazado. Toma mis cosas, nena —le dijo Destral a Verónica, al tiempo que le entregaba su mochila, su arco y su carcaj—, y cuidado con mi macuto. Verás que huele que apesta, pero te aseguro que contiene algo importante.

Entonces se volvió hacia él.

—Y tú no hace falta que me encañones tanto, Raúl. Sé que me quieres vivo. Me habéis traído hasta aquí para algo;

así que no, no vas a dispararme ahora. Es tu jefe quien tiene que matarme, tú sólo eres un mandado. El chico de los recados, supongo.

Raúl le propinó a Destral un brutal golpe en la nuca con la culata del kalashnikov, luego le dio un empujón que lo lanzó de bruces al suelo, donde se clavó en el pecho las placas que conformaban su chaleco antibalas. Huy. Eso duele.

—¿Para qué iba yo a querer matarte si puedo molerte a palos?

Destral se puso en pie con dificultad, palpándose el tórax al tiempo que un rictus de dolor se dibujaba en su rostro.

—Chico, no vuelvas a hacerme eso —le espetó.

—Cierra la boca y ponte a andar —dijo Verónica, cogiendo a Destral del brazo y tirando de él hacia los dos centinelas—. Máximo quiere verte.

—Máximo —dijo Destral, al tiempo que echaba a andar—. No conozco a ningún Máximo, ni entre las cuadrillas de bandidos ni al mando de ninguna tribu local. ¿Para quién trabajáis?

—Hay muchas cosas que no sabes, pedazo de idiota —contestó Raúl.

Se plantaron frente a los centinelas. Dos enormes tiarrones embadurnados en un extraño potingue gris. Sus tobillos envueltos por sendos grilletes conectados entre sí

por enormes cadenas. Argollas en sus muñecas, tal vez para sujetarlos en otras circunstancias. Un enorme aro de acero negro alrededor de sus cuellos. Tuerto uno de ellos, profundamente idiota el otro, a juzgar por sus ojos, achinados y distraídos.

Destral se aproximó al tuerto y le pasó los dedos índice y corazón por el tórax.

El gigante calvo gruñó, sin saber cómo debía de responder a aquello, pero una mirada de Verónica bastó para mantenerlo a raya.

Destral olfateó el ungüento gris y dijo:

—Lipotermia. Qué interesante. Un linimento de grasa animal sobre los cuerpos de estos dos gorilas, una capa de sebo bastante gruesa como para que no pierdan ni un ápice de calor corporal al moverse a plena noche por las montañas en pelota picada. Muy inteligente, si existieran las montañas nudistas.

—El desnudo es libertad y naturaleza. Cazando sin ropa nuestros hombres obtienen una libertad de movimientos total si salen de caza por la noche —dijo Verónica, hablando con reverencia—. ¿Tú cómo resuelves eso?

—Yo soy un cazador, no un exhibicionista. Yo para salir de montería en plena noche me pongo ropa interior de felpa y un puñetero chándal, niña.

Raúl bufó. Verónica negó con la cabeza. El tuerto

volvió a gruñir. Su compañero se tiró un sonoro pedo y luego rio por lo bajo.

Raúl le propinó un nuevo empujón a Destral y echaron a andar por el camino de las antorchas. El tuerto se quedó junto al coche; el retrasado, junto a Verónica. Destral no paraba de mirarlo todo sin perder la sonrisa.

—¡Vengan a mí las luces! ¡Prendedle fuego a todo el maldito monte, vamos, que Destral viene de visita! —se burló—. ¿Hacían falta tantas antorchas y tanta parafernalia para llevarme encañonado hasta vuestro poblado?

—¡Es un ritual, idiota! —le dijo Raúl, pinchándole de nuevo en la nuca con el fusil—. ¡Pensábamos que eras un líder serio! ¿Y tú no vas a dejar de mofarte de todo ni estando prisionero por gente de la que no sabes nada?

—Oye —le dijo Destral a Verónica, ignorando groseramente a Raúl—, ¿y tantos animales tenéis que vais por la vida desperdiciando algo tan importante como es la grasa? ¡Pues entonces estáis mejor surtidos que nosotros!

—No es grasa animal. Es grasa humana.

—¡Oh! —contestó él, perplejo, tras una breve pausa—. ¿Y tú te hacías aspavientos cuando os conté que en la ciudad tienen granjas de personas? ¡Sois una calamidad! Sois peores que los carniceros de por allí: vosotros empezasteis a comer carne humana por supervivencia y ahora lo habéis encuadrado dentro de vuestros ritos tribales. ¿Y por eso montáis toda esta parafernalia de

antorchas y pinturas de guerra, para quitarle hierro a la barbarie? —añadió, cada vez más enardecido al tiempo que se miraba los dedos manchados con ojos de repugnancia—. Oye, ¿tú no tendrás unas hojas de col rancia, o aquí todavía os limpiáis el culo con pañuelos de papel? ¡Ay! ¡Deja de atizarme con ese trasto, desgraciado!

—Vero, este tío me está sacando de mis casillas.

—*Vero* —dijo Destral con retintín, mientras reanudaba la marcha—. Ahora que lo pienso... ¿Por qué la grasa con la que pintáis a vuestros matones es de color gris?

—Tras preparar para el ritual a nuestros enemigos y sacrificarlos comemos su carne y luego mezclamos su grasa con las cenizas de sus huesos. El ungüento gris lo empleamos a continuación, para marcar el status social de los guerreros, que se jerarquizan por la intensidad del gris de sus cuerpos, por el número de hombres que han matado. La ceniza también ayuda a contrarrestar el olor del sebo, hace que los animales no reaccionen al paso de nuestros cazadores. La grasa humana apesta, atrae a los carroñeros y a los depredadores al tiempo que ahuyenta a los herbívoros. Deberías saberlo, pero tus estúpidas normas morales te prohíben el canibalismo lo mismo que el Islam prohibía comer cerdo a los musulmanes.

Destral asintió y guardó silencio durante unos instantes, sin perder la sonrisa ni por un instante. El

grandullón mongoloide le devolvió el gesto mostrándole unos dientes afilados, limados en punta. Una espantosa y sucia sonrisa antropófaga.

—Muy imaginativo, vuestro neotribalismo —le dijo al retrasado, respondiendo a su grosera sonrisa—. Os embadurnáis en sebo como los yamana, os recubrís de ceniza como los nuba, os afiláis la dentición como los mbuji y coméis gente lo mismo que los korowai. ¿Alguna moda neandertal?

—¿Quién es el payaso aquí, Destral? —le preguntó Raúl—. ¿Quién crees que reirá el último esta noche? ¿No ves que todo este despliegue forma parte de una ceremonia que culminará cuando nos alimentemos de tu carne y asimilemos así tus virtudes? ¿Crees que no veo que tienes miedo?

—Pues yo no veo que este imbécil tenga miedo alguno, Raúl —dijo Verónica—. ¿No te das cuenta de que vamos a ofrecerte en sacrificio? ¿Por qué estás tan tranquilo, Destral?

Destral les miró de arriba abajo, deteniendo la mirada sobre la entrepierna del hombre de gris.

—Porque la tengo más grande que vuestros gorilas. Y esta noche me la vais a comer todos.

La nariz de Verónica se puso a aletear de la indignación.

—Vete a la mierda. Tú no eres un gran jefe, ni eres un

hombre despierto ni eres un visionario. Tú lo que eres es un iconoclasta provocador al que las circunstancias han encumbrado. Esta noche el jefe de nuestra tribu te dará el tratamiento que te corresponde.

—Tú eres quien se está equivocando aquí, niña —le dijo Destral, negando con la cabeza y ya hablando con toda la seriedad de la que era capaz—: a ti te confunden las apariencias. Yo sí que soy lo que vosotros consideráis un *líder tribal* y no vuestro jefe. Guiar a un pueblo es algo cuyo significado no entenderéis vosotros ni aunque me devoréis un millón de veces. La humanidad es lo que convierte en líderes a los hombres de carne y hueso, y la humanidad es lo primero que se pierde con la antropofagia.

Para comprender quién era, hay que retroceder a otros tiempos, cuando el mundo funcionaba a base del combustible negro y de los desiertos surgían grandes ciudades de tuberías y acero. Ciudades desaparecidas, barridas…

Por razones olvidadas hace largo tiempo, dos poderosas tribus guerreras se declararon la guerra, provocando un incendio que devoró las ciudades. Sin combustible, ya no eran nada. Construyeron una casa de paja. Las máquinas rugientes jadearon y se detuvieron.

Los líderes hablaron… Y hablaron… Y hablaron. Pero nada pudo detener la avalancha. El mundo se tambaleó. Las ciudades estallaron en un vendaval de pillaje, en una tormenta de miedo. Los hombres se comieron a los hombres. Los caminos eran pesadillas interminables. Sólo sobrevivían los que se adaptaban a vivir de los desechos o eran tan brutales como para

dedicarse al pillaje. Bandas de malhechores se adueñaron de las carreteras, listas para entablar combate por un tanque de gasolina.

Y, en medio de este caos de ruina, los hombres normales sucumbían aplastados.

MAD MAX

Asedio

Historia de la ecoaldea, 2012

Fueron días duros, los del asedio. Tal vez la fase más cruda del Hundimiento, quizás porque fueron los momentos en los que se vio claro cuáles iban a ser los valores que iban a garantizar la supervivencia a partir de entonces.

Durante aquellos aciagos meses, el proyecto de Destral perdió a la mitad de sus fundadores; algunos de ellos, casi irreemplazables. Como Dofa y Claygo, los amigos de Agro, o como 4x21, el último zapatero.

Los aldeanos abandonaron los campos para centrarse en la defensa del lugar y aglomerarse a lo largo del cerco perimetral de la muralla. Las almenas devinieron en trincheras, la barbarie se quitó los gallumbos y nadie se sorprendió al ver lo empalmada que iba. Los hombros se arrimaron tras las aspilleras, los aldeanos espabilaron, aprendieron a producir y a compartir la munición, a cubrirse, relevarse y a coordinar sus disparos. Aun así, muchos de ellos cayeron durante el asedio del poblado, porque la aldea sostuvo el fuego y los embates humanos durante semanas. Semanas en las que, a poco que se enfriaran las armas, llegaban a Cenital los últimos

refugiados, los últimos seres humanos a la deriva, bramando de hambre y rabia, sin comprender ni reaccionar como cupiera esperar. Destral y la muerte se repartieron a todos aquellos desgraciados, de modo que los que no murieron frente a los muros de Cenital, lo hicieron tras ellos.

«El que no está conmigo, está contra mí», dijo Destral. Y así se hizo.

M1guel se rendía ante las evidencias, rescataba el recuerdo de aquel marcador en el GPS y ponía rumbo al solar donde aquellos «cuatro guarros» lo habían amedrentado, sólo que ahora M1guel venía en compañía de su familia. Teo decidía encomendarse definitivamente a la divina providencia y optaba, ante el desaliento, por vagar por algunas de las montañas menos frecuentadas de la península con la vana esperanza de ver si Dios iba a guiar sus pasos hasta Cenital, o algo que se le pareciera remotamente. Simsim emprendía la huida hacia ninguna parte hasta dar, sin papeles, con las murallas de Destral. Interventor comenzó a pasar horas muertas mirando sus temarios sin que sus ojos sobrevolaran mucho los textos. Braqui decidía apear su minifalda de diseño de aquel Kia Cerato de color adolescente, para entonces buscar ayuda por las inmediaciones de Morella, justo antes de que se la tiraran entre doce, hasta matarla bastante. Y muchos otros seres anónimos quemaron también sus últimos cartuchos

hasta terminar muriendo acribillados frente a los muros, zanjas y alambradas que defendían aquella enorme y horrible finca. De cuando en cuando, Destral daba la orden de acallar los disparos y alguno de los desgraciados frente a los muros era premiado con un alzamiento de portalón y una fría y distante bienvenida al interior de la comunidad. Con el pretexto de la selección estratégica fue como Destral consiguió mantener la población, siempre desbordante, de Cenital.

Las bajas pierden importancia cuando cualquier enemigo se uniría a tus tropas si pudiera. Si tienes «sitio y autoabastecimiento sostenible justo para cien colonos», no hagas la guerra contra el mundo con sólo noventa y nueve pobladores. Eso no sería inteligente.

El emplazamiento de la aldea era secreto y recóndito, su posición exacta se había estado comunicando por correo electrónico cifrado y sólo a quienes contactaban con Destral y conseguían despertar su interés. Por aquel entonces, los militares que no habían perdido a todos sus efectivos trataban de mantener el orden en las ciudades *y* la gente huía despavorida de los uniformes. De todos los uniformes.

Pese al secretismo, muchos de aquellos uniformes se las ingeniaron para dar con Destral y trataron de atravesar los muros de acceso al poblado. Alcanzaron el lugar efectivos de la Guardia Civil, Bomberos, Policía, Ejército,

organizaciones paramilitares de origen desconocido, crimen organizado. Y todo era repelido a fuego de escopetas de caza. Al principio, con gran dificultad; al final, con inusitada sencillez, a medida que los aldeanos se convertían en máquinas de matar más y más profesionalizadas y adaptadas.

Tras las trincheras, Agro abría fuego con desidia y dejadez, al principio; con precisión y hastío, al final. Primero se comportaba como el que juega al tiro al blanco contra su voluntad, luego resolvía los tiroteos disparando exactamente con la misma actitud con la que solía bajar la basura en sus tiempos de estudiante, sin paliativos, sin ambages. Primero con una escopeta de postas, luego con un fusil de asalto dirigido por un puntero láser, a medida que caían frente a aquel muro cada vez más y mejores representantes de la fuerza bruta para dejar sus armas abandonadas y sus cuerpos rotos frente a los muros.

Cuando el ejército profesional dio con fuerzas efectivas frente a las puertas de Cenital, los aldeanos de aquel sitio habían dejado de ser apátridas del sistema para convertirse en náufragos de la industrialización, en advenedizos del *survivalismo*. Iriña ya hablaba de fuego de cobertura como cuando en su anterior empleo hablaba de la cobertura de un seguro médico. Destral se pasaba más tiempo elaborando explosivos caseros que coordinando la defensa de los muros. Saig'o ya mataba por inercia y sin

reparar mucho en riesgos y costes.

En una de las batallas más cruentas, un batallón de soldados regulares consiguió poner frente a los muros del lugar un par de blindados ligeros, cierta instrucción en tácticas de combate modernas y algo de fuego de mortero. Saig'o pasó un miedo y un asco terribles. Destral hizo llover cócteles molotov y bombas de nitrocelulosa caliente sobre los vehículos, después detonó varias cargas de clorato de potasio bajo las botas de aquellas tropas. Aun así, cinco de los soldados vadearon el río hasta acceder al interior de la aldea y pasaron entonces a la guerra casa por casa para descubrir que tras los muros de Cenital había gente dispuesta a emboscarles empleando azadones, piedras y utensilios de cocina. Dieron muerte a la familia de M1guel antes de caer.

Porque cayeron. Vaya si lo hicieron.

Los cuerpos de aquellos cinco hombres terminaron siendo pasto de los gusanos de las compostadoras. Saig'o los hizo arrojar a los fosos sépticos, ya estuvieran muertos o malheridos. Sus restos tardaron pocos meses en convertirse en abono para las huertas.

Se dio la orden de alfombrar el camino a Cenital con los cuerpos de los otros soldados de aquella malograda compañía, pero eso hizo que los buitres señalizaran el lugar, atrayendo a todo tipo de caníbales, que apenas parecían impresionados por el rastro de soldados muertos.

El hambre lo hacía todo irrelevante.

Guiado por los buitres como el náufrago que bracea hacia la luz de un faro, apareció un enorme alemán, vestido con porquería y hambre a partes iguales. Marko. Tan hambriento. Tan harto. Tan indiferente a los disparos de advertencia y a los dos impactos de bala que Saig’o le puso en tríceps y trapecio. Destral quedó tan impresionado por la frialdad, resolución, fortaleza física y desesperación autodestructiva del teutón que optó por pedirle a Sapote que le sacara el plomo del cuerpo y a Saig'o que lo incorporara a su proyecto. Y Marko, hombre buey, se convirtió en uno de los mejores refuerzos que cabía obtener en aquel momento. «Willkommen im Nichts, Marko». ¿Dices que sabes trabajar el hierro?

Al final, Simsim dejó de protestar, Teo de rezar, Agro de disparar, Saig'o de comandar y Destral de arengar. Sólo Interventor siguió con lo suyo, más o menos. Las inmediaciones del poblado devinieron en verdaderos campos de exterminio. El trabajo de defender los muros se convirtió en un proceso industrializado, semiautomático. Se deshincharon los egos, desmotivaron los instintos, deformaron los modales, deshumanizaron las actitudes, descontaron las bajas y terminaron las latas de conserva. Para cuando todas las posibilidades de supervivencia a largo plazo estaban ya depositadas en los campos de cultivo y comenzaron a enmudecer las armas, habían nacido

algunos niños, encanecido algunas cabezas y amargado algunas miradas, para siempre. Nadie estaba cómodo en su posición en el panorama social inmediato. Todos se odiaban a sí mismos. Animalizados. Asqueados, tal vez mucho más asqueados que los caníbales a los que solían derribar a balazos.

Entonces, el asedio terminó, los animales volvieron a parecer hombres y el sol volvió a brillar por las mañanas. La guerra había terminado. Las armas de asalto se habían popularizado entre los pobladores de Cenital y los recuerdos se habían convertido en una cadena perpetua para casi todos los supervivientes al asedio.

Muchos de ellos abandonaron sus fusiles junto a las murallas de la ciudad y jamás volvieron a empuñarlos. Agro masticó un enorme hongo podrido y después juró jamás volver a disparar un arma de fuego. Nimpho se suicidó, lo mismo que su hermana y su esposa. M1guel se quedó sordo. Saig'o estuvo a punto de ponerse a llorar y ya no parar hasta morir de hambre. Simsim prendió fuego a las buitreras, Teo olvidó varias oraciones, Interventor reforzó sus palizas frente a los temarios y Destral volvió a salir de caza casi todas las noches.

Las montañas recuperaron su silencio. Su paz.

Las detonaciones dieron paso a la oscuridad. Las luces de la civilización murieron a fogonazos.

La pólvora fue lo último en brillar y lo último en


tronar.

Circo

Inmediaciones de la ecoaldea, *2014*

El tendido de antorchas que cercaba el sendero se prolongó por las laderas de un par de montañas hasta descender a un enorme trigal surcado por una carretera secundaria. A un lado del asfalto se había improvisado, aprovechando una parcela en barbecho, un precario asentamiento rodeado del preciado cereal. Desde donde avanzaban Destral y sus captores se divisaba buena parte de la estructura del campamento, hecha a partir de camiones, remolques, toldos, una enorme carpa de color verde chillón y caravanas. ¿Un asentamiento ambulante?

No. Colores llamativos. Vehículos enormes en los que habían pintado animales salvajes.

¡Por los clavos de Cristo!

Un circo. Aquello estaba hecho con los elementos de un antiguo circo itinerante. Aquella horda de cabrones había aprehendido los medios de vida de lo que antes del Hundimiento fue un circo. Un circo de los de toda la vida, con sus artistas y sus fieras. Casetas de feria adaptadas. *Roulottes* llenas de letreros, decoración festiva decolorándose y sin repintar, iluminación eléctrica por encender que atestiguaba con sus restos el relumbrón de

tiempos mejores. Todo aderezado con enormes antorchas por doquier.

Destral empezó a hablar en su habitual tono de guasa, mostrando su sonrisa descolmillada al hablar:

—Raúl, dime una cosa. Tu jefe..., euuuhhh... ¿Máximo? Sí, Máximo. ¿Su casa es el enorme toldo verde chillón en el que se ha pintado un elefante a la pata coja o el camionazo ese donde pone «Peppo the clown»? ¿Quién es el payaso entonces? ¡Jo, jo, jo! ¿Quién vive en un maldito circo?

Raúl explotó.

—¡Cállate! ¡Cállate de una vez por todas o te meto un tiro en la mejilla y te dejo sin dientes ni boca!

—Tranquilo, vaquero. Vamos a relajarnos, venga. Hablemos de cosas más agradables. Contadme ahora qué demonios hacéis acampados en medio de ninguna parte, sin agua. ¿Se os acabó aquí el carburante, o qué?

—Hay una fuente a escasos quinientos metros de aquí —dijo Verónica, tratando de recuperar el control de la conversación—. Aunque mi gente no tiene que ir a por ella: nosotros tenemos esclavos que nos la traen.

—Ya veo. Muy eficiente. ¿Y tú eras saltimbanqui o titiritera, antes del colapso, monada?

—Evidentemente, el circo no era nuestro —le respondió ella, con desdén—. Máximo lo *requisó*, lo mismo que los campos de trigo. ¿Para qué vas a diseñar tu

propio campamento cuando hay nómadas que ya lo tienen todo preparado y adaptado a la vida itinerante desde tiempos inmemoriales? Nosotros no somos un asentamiento sedentario, sino una tribu migratoria, lo mismo que los gitanos a los que les tuvimos que confiscar todo esto que ves.

—Ajá. De modo que estáis de paso —dijo Destral mientras salían del sendero para incorporarse a la carretera mal asfaltada que los llevaba directos al circo más siniestro de la historia de la humanidad.

Si es que aquello era humanidad.

Apretaron la marcha al andar. Habían estado descendiendo en curva, doblando recodo tras recodo a lo largo del serpenteante camino, y ahora emprendían la recta final.

—Pues claro que estamos de paso —dijo Verónica—. Nosotros no defendemos ningún territorio porque no dependemos del suelo. Segaremos el grano y luego iremos a vuestro poblado. Y cuando hayamos terminado con vosotros, nos marcharemos rumbo al norte de la península.

—Mira qué eficiente. ¿Y cómo vais a mover todo esto? ¿Remolcareis vuestros camiones haciendo pedalear a los esclavos?

—No. Lo de ir en bicicleta os lo dejamos a vosotros, chusma decadente, niñatos —cortó Raúl, con acritud.

—Gracias a Raúl, nuestra tribu ha adaptado todos sus

vehículos a la combustión por gasógeno —dijo ella caminando con dificultad al tiempo que se trataba de acomodar en la espalda el pesado macuto de Destral, su enorme arco de poleas y su carcaj repleto de flechas—. Nos basta con reunir un par de toneladas de leña para llevarnos toda esta maravilla a cien kilómetros de aquí. Aunque, como has podido comprobar, también tenemos otros combustibles y vehículos. Somos una tribu muy avanzada, nosotros no renegamos de ninguna tecnología. No somos la involución.

Avanzaron por el arcén y, al final, llegaron a las jaulas.

Había una grúa, junto a las jaulas. La grúa que solía despejar las carreteras ante ellos. La tenían aparcada junto a las jaulas.

Lo que habían sido las jaulas de las fieras.

Estructuras rectangulares, desmontables de enrejados laminares que se plegaban y desplegaban rápidamente. Armazones fáciles de ensamblar con los que se podía vallar el suelo firmemente. Barrotes de Ikea. Se diseñaron para acomodar a las bestias sobre tierra firme y no sobre ruedas durante las estancias prolongadas. Permitían descargar a los leones y a los elefantes de los camiones para instalarlos en habitáculos al aire libre, más amplios y fáciles de limpiar.

Ahora eran granjas humanas.

Destral pudo contar en el interior de las jaulas a casi

un centenar de esclavos.

Si es que aquello todavía eran personas.

El horror extremo estaba tatuado en tinta negra para siempre en las pupilas de los ojos de aquellos desgraciados. Auschwitz les habría parecido un destino turístico a muchos de ellos.

Enfermos unos cuantos, enloquecidos otros, desnudos todos. Los había musitando incoherencias, golpeándose contra los barrotes, bramando aullidos inarticulados, inconscientes, masturbándose con saña como los monos de un zoo. La mayoría de ellos, los que conseguían razonar, parecían mirar a Destral con miedo, incapaces de hacer o decir nada a su paso. No sabían quién era. No sabían qué podían esperar de aquel recién llegado. Muchos creyeron que pronto se uniría a ellos.

Y, en parte, así iba a ser. Porque la ceremonia de las antorchas no presagiaba el sacrificio de ninguno de los esclavos de la granja humana, aquella noche. Sino el de Destral.

Uno suplicó que lo mataran, otro vomitó, un tercero rompió a llorar y a balbucear algo en rumano. Los había a medio comer: mujeres a las que habían cortado los pechos, hombres a los que habían fileteado las nalgas, niños con brazos y piernas amputados. Los había fuertes y sanos, los más adaptados, de estómagos acostumbrados a alimentarse de los cuerpos de sus homólogos y a obedecer. Alguno de

ellos conservaba, tras los barrotes, un brillo fiero en la mirada. Eso podía resultar muy útil, debidamente espoleado.

Estaban sucios, recubiertos de inmundicia, escuálidos, cosificados. A Destral se le agotó de golpe y porrazo todo su repertorio de ironías, sarcasmos, mofas, pullas, befas, insultos y guasas. Algo dentro de él se hartó.

Un guerrero de color gris se les aproximó.

Llevaba el atuendo habitual entre los suyos, con todo el cuerpo escrupulosamente rasurado, embadurnado de linimento y libre de ataduras *y* vestiduras. Parecía distinguirse de los demás en que no llevaba grilletes ni en las muñecas ni en el cuello ni en los tobillos. De su cuello pendía, asida a un sucio cordel, una enorme llave de plata. Una llave que servía para abrir las puertas del infierno y, a la vez, las de la libertad.

La llave de las jaulas. O eso parecía, a juzgar por su diseño circense, tan estridente, tan similar al de los candados de las rejas.

El guerrero saludó y se detuvo frente a Destral.

—¿Es él? —preguntó a Verónica señalando las rastas del recién llegado con su antorcha.

—Sí.

—Pues no se ve el león tan fiero como lo pintan.

—¿Todavía no ha vuelto Máximo? —le preguntó Raúl.

—Anoche también alargaron sus cacerías hasta el alba

—respondió el hombre del traje gris—. Se ve que en este territorio las buenas capturas escasean.

—Entonces, aguardaremos junto a la carpa principal —zanjó Verónica, sacando una pistola de bengalas del bolsillo de su cazadora.

Verónica alzó el brazo y apretó el gatillo. El cohete fue disparado hacia el cielo donde brilló con una espantosa luz roja durante unos breves instantes.

Y así fue como aquel lucero guió a los reyes hasta el Cristo, lo mismo que la Estrella de Belén. Máximo y sus hombres vieron la bengala y emprendieron el camino de regreso al campamento circense.

Su plan marchaba sobre ruedas lo mismo que sus casas. Iban a dar buena cuenta del líder tribal con mayor solera y renombre del mundo que conocían.

Sonríe cuando te vayas a fosilizar,
que no piensen luego que lo has pasado mal.
Procura extinguirte con clase y dignidad,
piensa en el museo de historia natural.

SINIESTRO TOTAL

Dispo

Historia de la ecoaldea, 2012

Dispo era el sobrino de Saig'o. Ahora es una planta.

Llegó a Cenital muerto de miedo tras ver morir a sus padres ante las cámaras, durante los primeros disturbios, tras las caceroladas, antes de que se desplegaran las moscas. Su tío, el soldado que lo había acogido como a un hijo, optó por seguirle hasta aquel sitio que juraba haber encontrado en Internet, con gente decidida a prepararse justo para lo que estaba pasando.

Llevó a su tío a Cenital y lo vio ascender allí hasta hacerse cargo de la defensa de las fortificaciones.

Los aldeanos también lo acogieron a él, le pusieron Dispo por todo nombre de guerra; tal vez porque en la pizarra en la que se organizaban las milicias siempre había escrito un escueto «disponible» en su recuadro, cuando se solicitaban voluntarios para las rondas, las patrullas y las guardias.

Dispo tenía dieciséis años. Tardó dos días en comprender cómo eran las cosas tras los muros de la ecoaldea y dos semanas en terminar su instrucción como tirador. Traía consigo una sonrisa fea y una bonita maleta, pequeña, equipaje de mano. Dentro, muchos discos

compactos con música rock alternativa y un enorme fajo de tebeos japoneses.

Un brote de tuberculosis hizo sitio por toda la ecoaldea y Dispo aprovechó la ocasión para heredar una caravana desvencijada junto a la casa de Saig'o. Al poco de instalarse aprendió a emplear los paneles solares para cargar las baterías de un equipo de sonido portátil, un Radio-CD. Pasaron unas pocas semanas y Dispo, armado con el reproductor de discos y con una escopeta de postas, se habituó a formar guardia junto a su tío y a abrir un fuego certero y decidido sobre todo lo que oliera a amenaza y que se atreviera a aproximarse a él.

La primera vez que Dispo mató a un hombre, lo primero que hizo al verlo caer y convulsionarse hasta morir fue recargar su arma, echarle un trago largo al botijo y cambiar el disco de Metallica por uno de Linkin Park. Saig'o no supo si sentirse orgulloso o preocupado por él.

Fueron pasando los días y Dispo fue viendo caer los cuerpos frente al fuego de su arma. Su repertorio de álbumes de rap y rock se fue contrayendo, a medida que distribuir muerte le fue dejando de parecer adaptación para convertirse en su rutina. Para cuando las cosas se pusieron verdaderamente feas, Dispo ya sólo se traía a los parapetos dos o tres discos con los que hacer la guerra durante tardes y noches enteras.

Un día vino sólo con un CD de Linkin Park. Cuarenta *y*

tantos minutos de música para quince horas seguidas de guardia y disparos.

—¿No nos vas a cambiar ese disco, chavalote? —le preguntó Agro, cuando vio que volvía a ponerlo tras haberlo escuchado cuatro veces seguidas.

—Me gusta éste.

—Es todo rato lo mismo de enfadado —dijo Simsim llevándose el dedo índice a la sien.

—Es música para disparar, ¿qué quieres que te diga?

—¿Seguro que no prefieres que traiga mi CD de Janis Joplin, Dispo? —le dijo Iriña, tratando de ser amable—. ¡Apuesto a que te gusta!

—Paso.

Otra vez.

Lo puso otra vez.

Cayeron cuatro personas. Una familia entera. Dispo se estaba acostumbrando a rematar a sus víctimas con un segundo o tercer disparo, a menudo innecesario. Saig'o ya no sabía qué decirle.

Al día siguiente, lo mismo. El mismo disco. Los mismos ojos. Los mismos disparos. Distintos muertos.

Tras sostener un tiroteo con unos bandidos durante el cual se terminó la música, Saig'o se aproximó al estéreo con la intención de...

—Tío, vuelve a ponerlo. Pon las pistas tres, siete y nueve. Deja, ya lo programo yo.

Lo programó. Luego, puso el *repeat*.

I am a little bit of loneliness, *a little bit of disregard / Handful of complaints but I can't help the fact that everyone can see these scars*.

Siguió disparando. Movía la cabeza al ritmo de la música al escanear el carrascal con sus prismáticos de infrarrojos. Zarandeaba el puntero láser sobre los cuerpos haciéndolo bailar al compás de la percusión. Los disparos de advertencia ya no los efectuaba hasta que terminaban las estrofas.

Estaba bailando con las balas.

Poco después, tras las cuatro troneras del muro norte, ya sólo Saig'o y Dispo mantenían la posición, el resto de la gente había huido de aquello. Sapote habló de alguna compulsión. Teo habló de algún demonio. Interventor dijo que tenía que estudiar. Y, en algún momento de la noche, Dispo puso la pista siete del disco y luego puso el *repeat*. La canción sonó cuarenta y siete veces, hasta el amanecer, sonó machaconamente al tiempo que se diseminaban frente a su punto de mira los cuerpos aullantes que llegaban a Cenital buscando asilo. Dos niñas, un viejo borracho, tres pistoleros, una familia de gitanos. Un buitre.

I am what I want you to want, *what I want you to feel / But it's like no matter what I do*, *I can't convince you*, *to just believe this is real*.

—Te veo agobiado de esto, nene —le dijo Saig'o,

incapaz de concederle más tiempo ya—. Creo que tendrías que ir a dormir un poco. Date un chapuzón en el río, tómate un par de días, come algo dulce, cambia de música.

—Paso. Estoy bien.

—No. No lo estás. Estás alienado. Tengo que relevarte, nene, lo siento.

—No hace falta. Estoy bien, de verdad.

—Soy tu padrino y tú eres menor de edad. Estoy a cargo de ti y a cargo de defender estos muros. Tienes que dejar de disparar así, estás asustando a los demás y ya no sé si esto que estás haciendo le conviene a nadie. Obedece y lárgate, recluta. Es una orden.

Obedeció y se largó.

Era una orden.

Se metió en su caravana, puso aquella maldita canción.

Time won't heal this damage anymore / Don't turn your back on me / I won't be ignored.

La puso otra vez.

Cause you don't understand I do what I can, *but sometimes I don't make sense /I am what you never wanna say*, *but I've never had a doubt*.

Y otra.

La puso dos días enteros. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared de la caravana y la puso hasta que su cabeza dejó de moverse al ritmo de la música y empezó a balancearse en un espantoso tic que ya no parecía

proceder de aquella canción, sino de algo mucho más profundo.

La puso hasta quedarse sin baterías, luego empezó a canturrearla. Siguió columpiando su cabeza machaconamente hasta enmudecer. Dejó de comer, sus ojos se vaciaron, la mirada se le extravió. Se puso el pulgar en la boca. Succionó. Se cagó encima.

I can't feel the way I did before / Don't turn your back on me / I won't be ignored.

Dos años después, Dispo sigue cantando en voz baja y meciendo su cuerpo al tiempo que golpea con la nuca la pared de su caravana. No responde a estímulos que procedan del mundo real. No responde a nada, sólo se acuna en una eterna posición fetal de la que no es posible sacarlo. Saig'o lo alimenta con un embudo.

But I'll be here cause you're all that I've got.

Epitafio

www.cenital.net, 2011

Voy a cerrar definitivamente este blog.

Porque, cuando estemos matando piojos en nuestros corrales a la luz de un candil, se hablará de los años en los que nos estuvimos repartiendo los billetes del Monopoly del mismo modo en que hoy se habla del día en que el hombre pisó la luna en directo.

Logros que vio una generación y jamás comprendió la siguiente. Daguerrotipos deslustrados e irrepetibles. Material de archivo para becarios amargados. Las revistas porno del abuelo. Relumbrones de los minutos de gloria que la historia nos ha reservado. Batallitas de hombres finiquitados, de jubilados del empleo de la vida que vieron pasar el tren de la gloria de largo y con todos sus vagones vacíos como planes de pensiones. Y YouTube nos mirará devorar a nuestras mascotas justo antes de cerrar sus mil ojos para siempre.

Daremos la espalda a la esperanza y volveremos la mirada al suelo, donde podremos hurgar en interminables huertas cubiertas de compost apestoso, sobre las que el pan se ganará, apretando las azadas y apartando las moscas, como se hacía antes de que

comenzaran a apilarse las mentiras y las hipotecas. Entonces, llegarán a nuestras casas los inviernos interminables en los que mondaremos patatas para nuestros hijos enfermos y guardaremos las pieles para nosotros mientras les hablamos a los churumbeles de los días de gloria, sabiéndonos viejos a los cuarenta y tantos. Patéticos como estrellas de cine que han sido olvidadas y ahora beben para olvidar lo que han sido.

Un día moriremos y la historia recordará a los senadores romanos como a unos civilizados hijos de puta, a los soldados nazis como a unos despiadados hijos de puta y a nosotros como a unos descerebrados hijos de puta.

El tiempo nos pondrá a todos en el sitio que nos corresponde.

Nuestra historia languidecerá inconclusa hasta perder todo su discurso, como un blog abandonado.

Quizá la única lección que nos enseña la historia es que los seres humanos no aprendemos nada de las lecciones de la historia.

ALDOUS HUXLEY

Máximo

Circus Máximus, *2014*

Éste es Máximo. Hola, Máximo. Ahora es cuando tendríamos que contar la historia de su vida y el caso es que su historia se cuenta a partir del momento en que conoce a Destral.

Máximo llegó de vuelta al circo azotando a su enorme yegua con muy malas maneras. Tras él, otros cuatro hombres de color gris. Pasaron junto a las jaulas levantando más polvareda que un helicóptero y sin apenas mirar el ganado que palpitaba prisionero a un lado del camino, tras los barrotes. Hacía un par de horas que Destral los aguardaba, junto a la carpa principal de color verde chillón que solía hacer las veces de epicentro del circo.

Aguardaba en pie, las manos en los bolsillos de su enorme gabardina de piel, la mirada al suelo yermo. A su alrededor, un radio de dos o tres metros de vacío en el que nadie se atrevía a entrar: ése es Destral, no os acerquéis mucho, limitaos a hacer corro a su alrededor. Podría ser peligroso.

Por doquier, los ojos de las mujeres y los vástagos bastardos de aquellos hombres grises, mirándolo con ojos tristes y vacíos, quizás incapaces de creer que lo que

estaban viendo era un icono del *survivalismo* postcenital. A su espalda, le apuntaba el fusil de asalto que Saig'o le había confiado a Raúl. Detrás del fusil, un Raúl cada vez más cansado y enfadado, junto a Verónica. Detrás de Verónica, los campos de cultivo, donde se mecían las espigas de trigo, acunadas por una suave brisa nocturna.

En medio de todo, Destral, ya sin ganas de bromear. También enfadado, cada vez más. Harto de todo. Dispuesto a todo.

La yegua de Máximo galopó tangencialmente al corro que se cerraba sobre el prisionero, haciendo que parte del gentío rompiera filas a su paso. Destral llevaba esperando aquello desde la madrugada, y pronto iba a amanecer. Lo cierto era que no estaba acostumbrado a esperar a nada ni a nadie que no hiciera un buen trofeo de caza o tuviera la talla del clima o de los astros. Un hombre que únicamente ha atesorado libertad durante los años más duros para su especie puede aguantarlo todo, salvo sentirse cautivo y retenido, por nada.

Por nadie.

Máximo desmontó y caminó hasta el prisionero. Máximo era un enorme animal rasurado de cejas mil veces partidas y labios mal remendados, que tenía el aspecto de un portero de discoteca, de un actor porno, de un legionario sobrio, de un boxeador poco sonado. Embadurnado en aquella porquería grisácea no parecía

distinguirse ni destacar por encima del resto de sus guerreros. Nada en su indumentaria, si es que cabía hablar de indumentaria alguna, lo hacía parecer mejor que los demás.

Nada salvo una sutil oscuridad que lo hacía más gris, y más triste, que a ninguno de sus hombres.

Porque Máximo había matado a dos o tres docenas más de pobres desgraciados que el resto de los guerreros de su tribu. Eso le ponía dos sutiles tonos de color ceniza por encima del vecindario. Algo imperceptible, para ojos desentrenados. Todo su orgullo *y* ostentación se hacían de un color insignificante desde donde alcanzaban a distinguir sus enemigos. Su mediocridad era un bochorno que jamás alcanzaría a entender, víctima de su propia indigencia humanitaria.

Se detuvo, orgulloso, a un metro escaso de Destral y se cruzó de brazos, poniendo en relieve con el gesto buena parte de su musculatura. Destral y él intercambiaron sendas miradas veloces, pero que empezaban en los pies descalzos *y* terminaban en los ojos. Ninguno de los dos pareció especialmente complacido con lo que veía.

—Me decepcionas —dijo Máximo, al fin.

—Lo lamento profundamente. Mi fuerte era salir cagándome en todo por Internet y cazar lechuzas —le contestó Destral.

Se hizo un silencio incómodo.

—Siempre supe que eras poco más que un pobre diablo —dijo Máximo al fin, con una fea mueca de rechazo —. ¿Fundaste un colectivo para darle la espalda al progreso y buscar refugio en formas de vida que fueron superadas hace varios siglos? ¡Tú *no* puedes ser el líder más señalado entre los supervivientes! ¡Tú *no* puedes seguir al frente de nada!

—¿Llamas progreso a esto? —le replicó, airado pero sin alterar demasiado el tono de su voz—. ¿A este poblado? ¿Esto es lo que espera a los que decidan perpetuar la vida predatoria y de alto consumo de recursos?

Destral negó con la cabeza y barrió con la mirada los ojos de las gentes del lugar.

—Mi tribu —les dijo, levantándose el sombrero panamá para que todos pudieran mirarle a los ojos— está proyectando la bioconstrucción de un dique, preparamos un embalse orgánico que nos proveerá de agua de forma constante y nos permitirá abrirnos a la piscicultura sostenible. Estamos mejorando nuestros métodos de cultivo mediante técnicas hidropónicas y vamos a desplegar varias redes de comercio muy pronto. Nosotros no involucionamos, no somos una secta, no somos cavernícolas. Nosotros sólo hemos dado un par de pasos atrás para poder dar un importante salto adelante muy pronto. Salvajismo es lo vuestro.

—¿Sí, Destral? ¿Te crees mejor que nosotros porque

en tu ecoaldea no se come carne humana? ¡Nosotros tenemos máquinas, caballos y tropas de asalto! ¡Tomamos lo que queremos de la tierra, como siempre ha hecho el hombre!

Un murmullo recorrió al gentío. Destral no supo si era un murmullo de aprobación. No se paró a escucharlo mucho, únicamente quiso responder:

—Vosotros sois un pueblo con una economía basada en el perpetuo consumo, otra civilización insostenible que sólo puede durar mientras dure la fiesta —dijo Destral, ignorando a Máximo para ponerse a hablar mirando al tendido; la arenga iba en camino—: en algún momento del futuro inmediato se os acabará la leña para el gasógeno, o los recambios para vuestras máquinas o los campos de cultivo que saquear. Tal vez no encontréis caza en el Norte, tal vez no haya gente a la que comerse por allí, o tal vez la gente que encontréis ya no tenga ni un ápice de grasa corporal. Al final, más tarde o más temprano, tendréis que dejar de huir hacia adelante y deteneros para morir cuando se termine la música, lo mismo que los que no comprendieron cuáles iban a ser las reglas del juego durante el último colapso societal que vivisteis, hace pocas estaciones, en los tiempos del Hundimiento. ¡La de vuestro circo es la última hipoteca basura!

Un niño lloró, se desplegaron algunos susurros. El gentío miró a los guerreros. Los guerreros miraron a

Máximo. Varias miradas se cruzaron. La tribu se sentía cuestionada por su cena. ¿Puedes imaginar la cara de un norteamericano medio viéndose increpado por los cereales de su desayuno?

—Si estás tratando de convertir a mi gente a tu causa es porque no los conoces. Ellos no aspiran a convertirse en otro perro bueno. Mi tribu es de lobos, los perros sois nuestras víctimas.

Dicho lo cual se volvió a las mujeres y los niños de su tribu para remachar su discurso pronunciando una de sus cuatro frases hechas:

—No necesita trabajar con sus propias manos el hombre que es capaz de emplearlas para tomar el fruto del esfuerzo de los demás. Siempre habrá arrastrados como tú, en esta tierra, Destral. Eso lo puede hacer cualquiera, basta con ponerse a plantar patatas. Lo que ya no resulta tan fácil es echarle dos cojones y hacer de la guerra y la fuerza una economía dominante.

—Me pregunto —le respondió Destral, con una sonrisa asqueada— cuántos de los miembros de tu tribu se creen tus teorías y cuántos se ven obligados a hacerlo para poder seguir con vida, porque todo esto que estás defendiendo se suele implantar en las mentes del pueblo a garrotazos.

La multitud guardó un peligroso silencio. Nadie miró a nadie ni dijo nada en absoluto. Todo pareció detenerse

por un instante. El tiempo se paró. El trigo dejó de bambolearse. Algo se había profanado.

—Muy bien. Veamos entonces si tú crees realmente en todas tus pamplinas anarquistas. Yo puedo hacerte matar sin preámbulos —dijo Máximo—, sea con una muerte lenta y terrible, sea con una rápida y piadosa. También puedo ofrecerte un trato, si te unes a mi tribu.

—¿Tú sabes cuántas veces en esta vida me han recomendado por mi bien que me rinda y que me venda?

—Esta vez te apunta un fusil de asalto —le dijo Raúl, hablándole a la nuca—. Y te esperan un juego de herramientas de carnicero y un final espantoso.

—Raúl, hijo. ¿Por qué no cierras la boca o pruebas a apretar el gatillo? —dijo Destral, harto ya—. ¿Por qué no disparas, si tanto te apetece?

Raúl y Máximo cruzaron una mirada fugaz.

—¿Quieres morir aquí y ahora? ¿Eso es todo? —le preguntó Máximo, con una sonrisa de desprecio en los labios.

—Sólo quiero ver si el imbécil que enviaste para capturarme es capaz de apretar el gatillo —respondió Destral, girando noventa grados su cabeza para mirar a Raúl por el rabillo del ojo—. Con suerte lo será y el arma inutilizada que hice que le dieran le estallará en las manos.

Un coro de susurros se desplegó lo mismo que el rumor del trigo bajo la brisa.

—¿Dices que hiciste que me dieran un arma inutilizada? —preguntó Raúl, incapaz de creer aquello.

—Digo eso y que lo que Verónica lleva dentro de mi macuto es un regalo que traigo para ti, Máximo —respondió Destral, mirando al jefe de la tribu con el semblante cada vez más tenso, luego se volvió hacia ella—. Vero, cariño, ¿quieres volcar mi bolsa a los pies de tu jefe?

Verónica puso el saco boca abajo y tiró de la cuerda que lo mantenía cerrado, haciendo caer al suelo su contenido.

Cuatro cabezas rapadas y pintadas de color gris. Sus rictus espantosos y sus ojos muertos rodaron por el suelo apestando y escandalizando a la multitud. Dos de ellas estaban atravesadas por sendas flechas.

El gemido de dolor de Verónica se apoderó de todo por un instante. La cabeza cercenada del que fue su marido la estaba mirando desde el suelo.

Los ojos de Verónica se anegaron y apretaron, los de su marido siguieron congelados y nublados en una escena de terror post mortem.

—Tres de vuestros jinetes cometieron el error de acampar junto a una de mis reservas de caza favoritas —dijo Destral—. Al otro tuve que mandarlo a buscar al día siguiente, porque lo cierto es que casi nadie en mi tribu pudo verlo sobrevolarnos en globo.

—¡Esto lo vas a pagar muy caro, desgraciado! —

bramó Máximo. Luego, le cruzó la cara de un demoledor bofetón que estuvo a punto de mandarlo al suelo—. ¿Y ahora qué? ¿Qué? ¿Qué crees que vamos a hacer contigo después de esto, infeliz?

—Ahora —dijo Destral, tratando de reponerse a la vez que se desabrochaba la gabardina— vas a escucharme con atención y vas a asegurarte de que haces lo que yo te diga, o te juro que nadie saldrá vivo de aquí.

Y Destral dejó caer su gabardina al suelo.

Dejó que todos vieran lo que llevaba debajo.

Porque lo que tenía pegado al cuerpo no era un chaleco antibalas.

Era un enorme conglomerado de cartuchos de dinamita.

Tremendo contraste entre el crepitar del fuego y la paz de su ceniza.

JOSÉ LUIS COLL.

Destral

Historia de la ecoaldea, 2007 — 2014

Éste es Destral. A Destral ya lo conoces. Todo el mundo cree conocerlo, pero pocos saben quién es.

Todos sabrán quién fue.

Destral. Treinta y tres años, la edad para el martirio. Antes conocido por el nombre de expósito que le pusieron los sacerdotes: Jesús de la Iglesia. Jesucristo, superestrella. Terrorista suicida. Destral nunca se molestó en ocultarle al medio social su condición de huérfano, de niño abandonado, criado en una casa colegio. Nadie fue su padre, todos sus hijos. Destral; es un hacha. Hijo de una zorra, crecido en un gallinero. Nada de pluma, todo espolones. Supo ponerse a la cabeza del corral desde el principio del principio hasta el final del final. Aunque nadie lo quiso nunca, él siempre pudo hacerse querer, encabezar la pandilla en el hogar social, ser el delegado de la clase en la casa escuela, el jefe de aulas del instituto, el representante de estudiantes en la facultad, el vocal de la junta, el portavoz de la asamblea, el presidente del comité, el portavoz de la acampada, el fundador de la revolución. Hizo de sus amigos toda la familia que nunca necesitó, consiguió que lo adoraran a un lado y al otro de los

pupitres. Alumno brillante, becario estrella, fichaje deslumbrante. Se sintió como pez en el agua a lo ancho y largo de todo el sistema educativo.

Entonces llegaron la universidad y la adultez y algo se rompió.

Su gente se fue. Se disgregaron sus grupos.

Algunos de sus «hermanos de sangre» abandonaron o terminaron los estudios y se incorporaron al aislamiento en solitario del mercado laboral, o matrimonial. Las aulas se disipan cuando se accede a las últimas etapas de la enseñanza superior, las orlas dejan de ser un escuadrón para convertirse en protocolo, las cenas de clase dejan de aglutinar a la manada, de condensar al rebaño en torno a sus líderes. Una universidad y su consiguiente mercado laboral no es buen sitio para el chico más popular, es el lugar donde, a la hora de la verdad, todo el mundo termina yendo a su aire, la fase de tu desarrollo personal en la que empiezas a quedarte verdaderamente solo.

Y el individualismo no es escenario para el animal social que gusta de rodearse de aduladores, de familias improvisadas. Destral nunca maduró socialmente, siempre añoró los tiempos en los que los amigos hacían piña y eran inseparables, los días del hogar para niños huérfanos de Valencia en el que creció. La realidad del tejido social de los adultos superó a Destral. Le amargó sus últimos años universitarios. Le hizo abandonar primero la residencia y

luego el piso de estudiantes, para darle la patada en el culo y decirle: ahora ya eres mayorcito, *xiquet*.

Búscate la vida.

Los que iban a ser los mejores de su vida se convirtieron en los años en los que volvió a sentirse abandonado por todo y por todos.

Solo.

Aun así, Destral trató de imponerse. Terminó la carrera siendo el primero de su promoción, pero eso sólo pareció importarles a los catedráticos. Le ofrecieron excelentes perspectivas académicas, pero él optó por volverlo a intentar, cursando otra carrera. No le sirvió de nada. Se puso a servir copas en bares y discotecas, ganó pasta. Terminó otra ingeniería, se puso a trabajar para el gobierno. Compró un Volkswagen Golf usado, ropa de diseños nuevos. Se echó un par de novias bonitas, sacó mil fotos desde las estrellas, pero ninguna le salió bien.

Algo fallaba. Destral era un rey sin corona, un pastor sin rebaño. Un líder sin grupo. Seguía sintiendo la necesidad de verse rodeado de iguales desahuciados a los que comandar.

Tenía mono de orfanato.

Entonces descubrió una serie de sociedades alternativas en las que el sentimiento comunal y colectivo sí parecía importar: los grupos antisistema, el altermundismo, los casales de okupas, los ateneos

libertarios, los indignados. Escenarios repletos de seres abandonados, de descartes ávidos de líderes carismáticos. Se hizo con un púlpito y desplegó su oratoria y su demagogia populista hasta verse rodeado de turiferarios. Y ahí fue donde Destral se sintió cómodo de nuevo, donde aprendió a defender el camino que lleva hacia el anarcoprimitivismo, donde conoció a Agro, donde encontró de nuevo el ambiente estanco, malsano y sectario en el que sí que sabía manejarse. En el que podía sublimarse.

Una vez dentro del movimiento, volvió a echarse un par de novias bonitas, pero no era lo suyo. No quería ser el mundo para alguien, sino ser alguien para el mundo. Ninguna mujer lo hizo feliz, ningún hombre lo pudo sacar del armario. Ni Agro, su mejor amigo, actual pareja y compañero sentimental en Cenital.

El problema es que, tras varios años de relación afectiva, algo no termina de cuajar entre Agro y Destral. Cenital no se ha convertido en el nidito de amor que esperaban, ni siquiera les sirve de picadero. Y eso es porque Destral no se ve ni homosexual, aunque lo es, hasta la médula. Lo que pasa es que Destral no se ve formando una pareja estable, se siente más cómodo estando rodeado de admiradores embelesados y distantes, quiere que lo dejen a solas y en paz con todos esos niños grandes que lo mantienen conectado a su trastornado ambiente gregario,

familiar. Quiere ser Ralph en *El señor de las moscas*. Quiere que nunca llegue un barco a rescatar a su ecoaldea de la cerrazón y el aislamiento. Que lo dejen a solas con sus pequeños pobladores, con su ecoaldea de hombres abandonados por su madre civilización. Dejad que los niños se acerquen a mí, dijo Jesús.

Y así se hizo. Por eso Destral no quiere madurar. Por eso sigue siendo demasiado irreverente ante las normas, demasiado normal para las reverencias.

Por eso sigue siendo infantil, inacabado.

En el fondo, muy en el fondo, se sabe brillante, inteligente y excepcional. También se sabe manipulador, demagogo, tramposo, amargado y enfermizo; pero consigue que nadie repare en eso. Porque, ahora que tiene todo cuanto quiere, ya sólo piensa en una cosa.

Piensa en los libros de historia que se escribirán cuando se vuelva a escribir historia. Aspira a dejar huellas. A fundar una nueva humanidad. Sueña con ser el terrorista que salió de la nada para cambiarlo todo, con morir mártir, con ser leyenda.

Sabe que la esperanza de vida en su ecoaldea queda por debajo de los cincuenta años, que ahora que el progreso se ha detenido el tiempo corre despacio y ya poco le queda por ver. Sabe que siempre será el poblador de Cenital más solitario de todos, tan rodeado de gente, todos follando y fundando familias a su alrededor mientras él caza mil

lechuzas a la luz de la luna y el hombre de su vida se destroza el cerebro evadiéndose con todo tipo de drogas.

Destral sabe todo y no quiere saber nada.

Pedalea cuesta abajo sobre una bicicleta sin frenos, como un niño lelo.

Desaparecido el hombre de la faz de la Tierra, en ella reinarán todavía los lagartos, los berberechos, el bacilo de Koch y otras criaturas que resistan hasta el final la adversidad del universo. Tal vez, el último superviviente será una bacteria semejante a aquélla mediante la cual se inició la vida en una charca africana. [...] *Entre estas dos bacterias hermanas, el tiempo se habrá constreñido a un punto inmaterial en cuyo interior se hallará la historia de la humanidad como un episodio secundario de la bioquímica.*

A pesar de esto, hay gente que saca pecho y dice: " Usted no sabe con quién está hablando."

Amanecer

Circus Máximus, *2014*

Cuando todas las piezas ocupan sus posiciones en el tablero de juego, todo sucede muy deprisa. Fíjate en el ajedrez, en lo lentamente que se pone en marcha la tensión de una partida y en lo abrupto e inesperado de sus finales, si se han urdido bien. Hay miles de libros escritos sobre eso, manuales que documentan las tácticas teóricas: aperturas y finales que sólo los maestros de los escaques pueden contrarrestar. Lo mismo sucede con los momentos decisivos de un partido de fútbol, cuando se ponen en marcha jugadas ensayadas.

Así las cosas, lo que viene ahora es una sucesión de movimientos precisos que ocurren prácticamente al mismo tiempo para saldar esta historia en sólo unos pocos segundos en los que muchos de sus personajes se verán incapaces de reaccionar antes de perder la vida.

Veámoslo. Pedaleemos.

El sol estira los brazos. Amanece justo en ese preciso instante y...

Teo.

Teo pulsa el intercomunicador de su radioteléfono

para decir:

—Amén.

Su voz se escucha desde el cinturón de herramientas de Destral, donde pende su *walkie-talkie*. Máximo escucha la señal y apenas tiene tiempo de levantar sus cejas partidas y abrir los ojos como platos.

Entonces, se escuchan los shofar de muchos de los aldeanos de Cenital bramando al unísono desde el interior de los campos de cultivo, el cuerno de chivo de Teo, el de Ogre, hecho con el asta de una cabra montés; el de Iriña es de toro y el de Simsim, de arruí. Acto seguido, brotan llamas hambrientas por todo el trigal. El horizonte se vuelve anaranjado por completo cuando Iriña, M1guel, Simsim, Teo y otros diez deciden prender fuego a los campos, antes de atacar.

Braqui.

Braqui hace rato que ha llegado. Vino pedaleando sobre su triciclo de madera, moviéndose en sigilo absoluto a la luz de la luna. Trae consigo sus cosas, las lleva en el remolque, porque nunca recuerda haber estado tan lejos de su cueva y teme perder su tesoro.

Su tesoro, sus dos sacos de cuero llenos de pequeñas cositas brillantes.

Braqui no ha pedaleado hasta aquí siguiendo el rastro de Destral, como planearon el resto de los aldeanos del

pueblo. Braqui ha venido por su cuenta, ocultándose y rezagándose, silente como un ladrón. Nadie sabe que está aquí.

Porque Braqui no ha venido siguiendo a Destral. Braqui ha venido siguiendo los ojos del hijo de puta que la violó y luego le aplastó la cabeza con una enorme piedra.

Un ojo marrón, el otro azul.

Esas cosas no las borra de la memoria ninguna lesión cerebral. Puedes perder dos centímetros de tu masa encefálica antes de perder dos de tus peores recuerdos. Sobre todo cuando uno es marrón y el otro azul.

Por eso Braqui baja del triciclo cuando suenan las trompetas de guerra y saca de su bolsa del tesoro la llave de plata.

La llave de las jaulas.

Se la dieron a ella, como siempre que algo brillante y reluciente era encontrado en Cenital, ya fuera durante el desguace de un ordenador, ya fuera al decapitar al hombre del globo aerostático.

Braqui ve las enormes cerraduras de las jaulas y comprende enseguida.

Comprende para qué es la llave. Es una llave que sirve para abrir las puertas del infierno y, a la vez, las de la libertad. Tiene motivos circenses, lo mismo que los cerrojos.

Braqui abre las jaulas. Todas las jaulas. Moviéndose

como un ratón y sin que nadie tenga tiempo de reaccionar, la venganza de Braqui es ahora una espantosa jauría humana embrutecida que embiste los barrotes con un bramido capaz de hacer retroceder a una estampida de búfalos.

Los prisioneros de la granja humana arrancan las antorchas del suelo y corren en todas direcciones. Muchos de ellos, hacia Máximo.

Agro.

Agro aparece vociferando algo inteligible cuando se abre el trigal a su paso. Su cara es el rostro del horror más absoluto: está terriblemente desfigurada por el abuso de estupefacientes. Esta noche, Agro se ha metido alucinógenos como para tumbar a un elefante, por eso su semblante es el de una bestia trastornada, recubierto de pinturas de guerra de color ocre y carmesí. Desprende espumarajos por la boca y mientras brama, su cordura se desmorona. Agro se ha vestido con un poncho de color negro y porta en sus manos una enorme guadaña de segar centeno. Sale del trigal blandiendo el falce a ambos lados y, a su paso, los cuerpos de mujeres, guerreros, niños y esclavos caen por igual. Agro no se detiene ante nada ni ante nadie porque aquello ya no es Agro. No razonará. No dejará de segar vidas hasta que los cuerpos dejen de aparecer ante él.

Simsim lo sigue, berreando cosas en árabe. Lleva una

antorcha en una mano y un enorme cuchillo en la otra. Tras él, vienen los demás, empuñando hoces, tridentes, dallas, garrotes, azadas.

Saig'o.

Saig'o lleva puesto un micrófono de solapa y va dando instrucciones. Cerca de él, se atrincheran docena y media de francotiradores, en las montañas frente al trigal.

Saig'o va marcando el tempo. A sus órdenes, un enjambre de punteros láser y miras telescópicas barre a los hombres pintados de gris, aplastando el ejército de Máximo como a la hierba.

La cabeza de Máximo estalla en una nube roja y Máximo ya no existe. La de Raúl se abre como un melón y cae al suelo en tres trozos, salpicando a Destral de la cabeza a los pies.

Pero Destral ya se ha dado la vuelta.

Verónica.

Verónica sigue de rodillas sin dejar de llorar desde que vio la cabeza de su marido rodar por el suelo junto a las de los otros jinetes que Destral mató en la noche anterior.

Entonces, saca un revólver de su abrigo y apunta a Destral.

Destral.

Destral ha reparado en que Verónica ya no tiene nada que perder y sabe lo que puede pasar. Sabe lo que hace la gente cuando ya nada le importa en absoluto.

Por eso, reacciona a tiempo. Sujeta a Verónica por las muñecas y le aplasta la nariz de un cabezazo.

A su alrededor, la barbarie y la muerte se expenden como en cualquier otro campo de batalla. Los gritos, el fuego, las balas y los tajos y los cadáveres se suceden y se amontonan. Destral comprende enseguida que las bajas entre los suyos no se harán esperar. Tendrán que ser reemplazados.

Le quita el revólver a Verónica y la encañona.

—Tú vendrás conmigo —le dice—. Te quiero en mi ecoaldea. Quiero que te unas a mi proyecto, que seas uno de los nuestros.

—¡Eres un hijo de puta!

—Soy pescador de hombres. Pescador en las mareas.

La coge por los cabellos y la arrastra al interior de la enorme carpa de color verde chillón frente a ellos.

Pretende ponerse a cubierto, mientras la atrocidad se despacha por doquier. Lleva adheridos a su cuerpo cartuchos de dinamita como para volar todo el valle y no quiere que una bala perdida lo alcance.

El interior de la carpa es un gigantesco almacén. Hay

barriles de combustible, pilas de leña, sacos de grano, productos químicos. Riquezas. El fruto de los saqueos de Máximo.

Destral deja a Verónica llorando en el suelo y camina hacia los sacos de trigo. Saca, con la mano libre, la hoz de su cinturón de herramientas y abre uno de ellos. Lo siega, dejando que el grano se escampe.

—Me llevaré a Cenital uno de éstos —le dice a Verónica, señalándola con el revólver—. Tú coge este otro y llénalo.

Ella lo mira sin decir nada. No entiende.

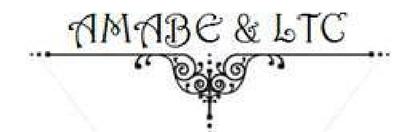
Destral barre con la mirada a su alrededor pero no encuentra lo que busca. Vuelve los ojos hacia Verónica y dice:

—Te he dicho que llenes ese saco, ¿me oyes? ¿Quieres vivir?

—Al final, lo vuestro ha terminado siendo otro maldito saqueo —le responde ella, en un sollozo. Y luego añade con desprecio—: ¿Qué va a ser, quieres que lo llene de soja, de fenogreco, de centeno?

—Ya tengo yo todo el grano que necesito. Ahora lo que quiero es que tu saco lo llenes con condones. Sí, condones. Mete dentro todos los que tengáis.

FIN



---

notes

Notas a pie de página

[1] En la jerga habitual de Internet, un picolero (del inglés, peak oiler) es un partidario de las teorías de Hubbert sobre el cénit del petróleo. Los primeros picoleros ya predijeron en 1971 la catástrofe maltusiana.

[2] Peak Oil Aware. Dícese de la persona consciente de los aspectos energéticos y económicos de la crisis en ciernes, así como de algunas de sus posibles consecuencias.

[3] Un «pepito» es el suscriptor de una hipoteca basura, en el argot de los aldeanos de Cenital. El término también se empleó desde 2003 en adelante a lo largo de casi todos los portales de Internet que analizaban la situación económica e inmobiliaria de España.

Table of Contents